

EL MISTERIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

AVISO A LOS LECTORES

Las páginas de este libro reproducen en substancia una serie de pláticas espirituales grabadas que Monseñor Lefebvre dio a los seminaristas del Seminario San Pío X de Ecône entre el 28 de noviembre de 1977 y el 29 de marzo de 1979. Monseñor Lefebvre mismo les dio el título de «El misterio de Nuestro Señor Jesucristo». Era la continuación de otra serie de pláticas preparatorias que trataban de la llamada a la santidad y las disposiciones para adelantar en la vida espiritual.

Es fácil comprender, desde un punto de vista muy práctico, que estas conferencias sobre el misterio de Cristo se interrumpieron muy a menudo a causa de los viajes incesantes de Monseñor y estuvieron salpicadas por comentarios relativos a la actualidad y a otros temas. Esta es una de las razones de las numerosas repeticiones con las que el prelado volvía a tomar el hilo de su exposición interrumpida. Estas reiteraciones no son, sin embargo, inútiles ni desagradables a la lectura, porque siempre proporcionan un nuevo enfoque del misterio, como mirar un diamante en sus diferentes facetas nos hace admirar su brillo variado sin agotarlo nunca. Este modo de exponer por medio de reiteraciones y nuevas aportaciones cuadra además con la forma de espíritu contemplativo que tenía Monseñor Lefebvre.

Santo Tomas enseñaba que la contemplación, según San Dionisio, se divide en tres movimientos: el movimiento circular, el movimiento oblicuo y el movimiento recto. Este último, como el del búho que sube y baja alrededor de su nido, es el procedimiento de la inteligencia que pasa de las cosas sensibles a las espirituales y al revés, para ilustrar las cosas divinas con la ayuda de las terrenas. El movimiento oblicuo es el del espíritu que usa de las divinas iluminaciones para razonar sobre las cosas de la fe, pasando de los principios a las conclusiones e inversamente, como una paloma que pasa de una rama de un árbol a una rama de otro árbol, más baja o más alta. Por último, el movimiento circular, uniforme alrededor del mismo centro, abraza de un solo golpe de vista varios aspectos de las cosas divinas que se engloban mutuamente y, de este modo sucesivamente sin principio ni fin, circunscribe el misterio, como el águila que se desliza en las alturas describiendo un amplio círculo y que tiene una vista panorámica del conjunto sin perder de vista el centro¹.

Sin duda, es el movimiento de la “contemplación circular” el que le permite a Monseñor Lefebvre contemplar sucesivamente todos los aspectos del misterio del Verbo encarnado, como un águila contempla en detalle y en general toda la región por la que vuela al mismo tiempo que la continuidad de los diversos paisajes parcialmente superpuestos en una sucesión insensible. Monseñor Lefebvre ve de una manera extraordinaria la implicación de las procesiones divinas en las misiones divinas y la conexión del misterio de la Santísima Trinidad con el de la Encarnación, conexión que resume con esas palabras que, quienes le escuchaban oyeron tantas veces de sus labios, las conservan en la memoria: «¡Nuestro único Dios es Nuestro Señor Jesucristo!».

Si el modo de proceder del búho o de la paloma es el propio del teólogo, el del águila es el del contemplativo, y los dos primeros se ordenan al del último, como lo enseña el Padre Garrigou-Lagrange siguiendo a Santo Tomás², diciendo que «la teología es una ciencia subalterna a la ciencia de Dios y de los bienaventurados». Esto implica que el mejor teólogo es el que sea más contemplativo. Sin descuidar la argumentación teológica, Monseñor Lefebvre prefería a menudo el atajo, que descubre la intuición del contemplativo, o la mirada admirativa o, finalmente, el simple silencio del que no encuentra palabras para expresar lo que ve. Estando ante el Santo de los Santos sólo se calla y nos dice: «Es un misterio», «ese es todo el misterio». Nuestros espíritus, propensos a racionalizar las cosas, puede que se sientan insatisfechos, pero lo contrario es la verdad: ¡qué purificación!

La exposición de Monseñor Lefebvre no es un tratado completo de cristología ya que no trata ciertos aspectos del misterio, como por ejemplo la plenitud de gracia de Cristo o las consecuencias de la gracia capital de Jesucristo para la doctrina del Cuerpo Místico o incluso el sacerdocio de Cristo. Estos aspectos no están totalmente ausentes pero sin cesar suelen reducirse a la verdad central de la unión hipostática y al dogma de la divinidad de Cristo, que es lo esencial del tema. El gran mérito de estas

¹ Cf. Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II^a II^{ae}, cuest. 180, art. 6.

² *Suma Teológica*, I^a, cuest. 1, art. 2.

pláticas es precisamente que compendian todo a unos principios esenciales que el autor repite con gusto, podríamos decir que hasta la saciedad, como el apóstol san Juan recordaba sin cesar a sus discípulos el precepto del amor fraterno, «porque es el precepto del Señor y a quien lo observa, le basta». Precisamente lo propio de los grandes maestros es saber recapitular todo en unos pocos principios, sencillísimos, muy luminosos en sí y de la máxima elevación.

Como san Pablo y San Pío X, a Monseñor Lefebvre le gusta «recapitularlo todo en Cristo» (Efes. 1, 10) y más concretamente, resumirlo todo en esta verdad capital, *la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo*. Esta verdad, que supone todo el misterio de la Santísima Trinidad con las procesiones y las misiones de las personas divinas, nunca está separado de sus implicaciones concretas. Al contrario, como hombre de acción, Monseñor Lefebvre insiste en las consecuencias prácticas de la divinidad de Jesucristo: su realeza universal y su reinado social contra el que hoy lucha el liberalismo; al mismo tiempo, como misionero lleno de fe, ve en la persona del Hombre Dios al único Salvador, al fundador de la única verdadera religión, a la cabeza de su único Cuerpo místico que es la Iglesia Católica, el capitán de la única arca «fuera de la cual no hay salvación»³. Ve en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo la aniquilación del ecumenismo y de la libertad religiosa, contra los que no pierde una sola ocasión de dirigir sus aceradas palabras.

Pastor de almas, Monseñor Lefebvre no deja de escrutar todos las consecuencias espirituales del dogma. La contemplación del alma de Jesucristo, al ser por sus virtudes el modelo de nuestra vida espiritual y, por su plenitud de gracia, la causa de nuestra salvación, es el mejor medio de santificación. Nos muestra en el Hombre Dios, no al ser singular que constituye una excepción, sino al hombre normal, al hombre perfecto a cuyo ejemplo hemos sido creados y recreados en la justicia. El simple hecho de que tengamos la misma gracia santificante que Nuestro Señor Jesucristo (aunque, por supuesto, no en su plenitud) debería movernos a una admiración no del hombre, del hombre abstracto y trascendental⁴, sino del hombre nuevo «creado según Dios en la justicia y la santidad verdaderas» (Efes. 4, 24) según el modelo de Cristo. Si el misterio de la Encarnación se ordena a la Redención, como Monseñor Lefebvre dice siguiendo a Santo Tomás, esto no significa que esté subordinado al bien del hombre, pues en definitiva, está ordenado a la manifestación del Cristo total, a la glorificación del Hombre Dios en los miembros de su Cuerpo místico, como lo enseña san Pablo. «Todo ha sido creado por El y para El» dice de Nuestro Señor (Col. 1, 16). Es «el Alfa y la Omega, el principio y el fin» de todas las cosas en su misterio mismo de Hombre Dios (Apoc. 1, 8). Lejos de ser antropocéntrico como la falsa espiritualidad modernista, nuestra espiritualidad es cristocéntrica, totalmente centrada en la adorable Persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Por causa de necesidad, nos hemos visto obligados a hacer, sin deformar el estilo hablado, ciertos retoques al original para guardar lo mejor que se puede la propiedad de las palabras exigida en un texto escrito, lo cual no es tan necesario cuando la entonación y suspensión de la voz dan a las expresiones habladas su significado propio. De igual modo, nos hemos esforzado en expresar con más orden las ideas que el orador, en el fuego de la inspiración, no siempre ha podido resaltar. A veces hemos completado las citas abundantes que Monseñor Lefebvre hace de autores que apreciaba: Don Marmion, el Padre Bonsirven, etc. Por este medio, esperamos no traicionar ni el pensamiento ni la expresión de Monseñor, persuadidos de que él mismo habría corregido el texto escrito de sus conferencias de haberlo podido hacer en vistas a su publicación. Hemos dividido la exposición en capítulos breves que no equivalen, en cuanto a su duración, al tiempo de cada conferencia, pero se suceden en el orden exacto de éstas. Finalmente, hemos colocado en el texto abundantes notas, de las cuales la mayor parte son de autores aprobados, que suelen ser de santo Tomás de Aquino y de san Agustín, para ilustrar lo mejor que se pueda el pensamiento, demasiado intenso para nosotros, de Monseñor Lefebvre y mostrar así lo profundamente enraizado que está en la Tradición de la Iglesia.

Ya no nos queda sino decir unas palabras sobre las fuentes que ha usado el autor. Además de santo Tomás de Aquino, su maestro preferido, Monseñor Lefebvre se inspira del Padre José Bonsirven, S.J., en su obra *Les enseignements de Jésus-Christ*⁵; pero esto no quita la parte esencial que le corresponde

³ Cf. la carta del Santo Oficio, del 8 de agosto de 1949, en *El Magisterio de la Iglesia*, Ed. Herder 1963, nº 2319 y ss. (En adelante, Dz.).

⁴ Es el hombre según la “nueva teología” de Lubac, Rahner y Juan Pablo II, ¡el hombre al cual estaría ordenado el misterio del Verbo encarnado para manifestar la dignidad de la persona humana!

⁵ Colección *Verbum Salutis*, Beauchesne, París, 1946.

en estas pláticas a la reflexión, al trabajo personal, a la construcción original, fundado constantemente en las sagradas Escrituras, y finalmente, como ya hemos dicho, a una contemplación incesante del misterio de Nuestro Señor Jesucristo.

Hay otra fuente más remota y difusa, aunque no menos presente e importante en estas pláticas. Se puede incluso decir que el *origen* de estas pláticas es la lectura, seguramente atenta y fructuosa, que en otro tiempo hizo el seminarista Marcel Lefebvre en su seminario. Se trata de una obra que no tenía ya en sus manos cuando preparó sus pláticas en Ecône: librito en dos tomos titulado *La Psychologie du Christ (La psicología de Cristo)*, por el canónigo Jean Arthur Chollet, doctor en teología, profesor en la facultad de teología de Lille, publicado por Lethielleux en 1903, de 215 y 179 páginas.

Tan sólo un año antes de la muerte de Monseñor Lefebvre uno de sus amigos epistolares, el señor Paul del Perugia, le sugirió la reedición de la obra, de la que poseía un ejemplar. He aquí lo que le contestó Monseñor Lefebvre:

+ *Ecône, 13 de marzo de 1990.*

Estimado Señor:

La Providencia tiene la bondad de animarle a que me hable de este tesoro que es el libro de Monseñor Chollet sobre *La Psicología de Cristo*.

Como yo lo aprecié mucho cuando estaba en el seminario de Roma, entre 1923 y 1930, lo he buscado frecuentemente en las bibliotecas. Ya no se puede encontrar.

Por eso le digo que su carta me ha alegrado mucho y que vuelvo a tener la esperanza de poder reeditarlo (...)

Yo conocí a Monseñor Chollet, que fue una gran inteligencia al servicio de la fe católica sin compromisos.

Le agradezco mucho por su envío (...), etc.

El parentesco de alma que existía entre el seminarista romano y el profesor de teología de Lille se completó años más tarde cuando Monseñor Chollet, ya obispo de Verdun y luego arzobispo de Cambrai, consagró a Monseñor Quillet, el cual consagró a Monseñor Lecomte, quien a su vez consagró a Monseñor Liénart, de quien Monseñor Lefebvre recibió la plenitud del sacerdocio, convirtiéndose así en uno de los biznietos de Monseñor Collet en el episcopado.

Le pedimos a Dios por la lectura de esta obra muchas gracias y alegrías espirituales, pues si san Pablo mismo le pedía al Señor las gracias necesarias que le permitiesen explicar el misterio de Nuestro Señor Jesucristo «en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col. 2, 3), con mayor razón necesitamos nosotros abundantes gracias para recibir esta enseñanza y penetrar también en «las insondables riquezas de Cristo» (Efes. 3, 8).

Menzingen, 22 de febrero de 1995
fiesta de la Cátedra de San Pedro
+ Bernard TISSIER DE MALLERAI

INTRODUCCION

Yo quisiera, en la medida que Dios me lo permita y me dé los medios para hablarlos, ¡oh! no con tanta elocuencia como lo hizo san Pablo ni con tanta elocuencia como lo hicieron oradores como san Juan Crisóstomo y los grandes doctores de la Iglesia, intentar someter vuestra inteligencia, someter vuestro corazón y someter vuestra alma al *Misterio de Nuestro Señor Jesucristo*. Pues, en definitiva, Nuestro Señor Jesucristo siempre es el centro y el corazón de toda nuestra vida y lo será para la eternidad. Por El y en El podemos vivir de la gracia, podemos vivir de la caridad, y vivir y preparar nuestra eternidad. No hay otro camino.

Cuando consideramos lo que somos, pobres pecadores tentados de favorecer siempre más el desorden que el orden, por todas las tentaciones y por nuestras debilidades, como ya os he dicho, por las heridas que nos ha hecho el pecado original, tenemos la necesidad de encontrar no sólo a nuestro modelo sino también al que es la *causa* del orden que tenemos que restablecer en nosotros. Nuestro Señor Jesucristo no sólo es nuestro modelo sino también la causa de nuestra resurrección, y la causa de nuestra santificación, y en El hallamos realmente todo lo que necesitamos para nuestra santificación.

La Iglesia Católica nos presenta a este hombre perfecto en Nuestro Señor Jesucristo. De este modo, cuanto más meditemos sobre la persona de Nuestro Señor Jesucristo más nos acercaremos a Nuestro Señor por todos los medios que Nuestro Señor ha puesto a nuestra disposición: la Santa Iglesia, el santo sacrificio de la Misa, los sacramentos y toda la liturgia, y particularmente la sagrada Eucaristía. Cuanto más usemos de estos medios más penetraremos en este misterio de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Se trata, pues, de un gran misterio! San Pablo lo repite constantemente. Es lo que enseña de un modo particular a todos los que había sido enviado. En su epístola a los Efesios, en el capítulo 3º dice así:

«A causa de esto, yo Pablo, el prisionero de Cristo por amor a vosotros los gentiles... puesto que habéis oído la dispensación de la gracia de Dios a mí conferida en beneficio vuestro cuando por una revelación me fue dado a conocer el misterio que brevemente antes os dejo expuesto. Por su lectura podéis conocer mi inteligencia en el misterio de Cristo (*potestis legentes intelligere prudentiam meam in mysterio Christi*), que no fue dado a conocer a otras generaciones, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: Que son los gentiles coherederos y miembros de un mismo cuerpo, copartícipes de las promesas en Cristo Jesús mediante el Evangelio, cuyo ministro fui hecho yo por don de la gracia de Dios a mí otorgada por la acción de su poder. A mí, el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo e iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos, conforme al plan eterno que El ha realizado en Cristo Jesús, Nuestro Señor» (*Efes. 3, 1-11*).

Para San Pablo, como podéis ver, la gran preocupación es la de hacer conocer a los Gentiles el misterio de Cristo. En efecto, todos sabemos, por supuesto, y lo profesamos en nuestra fe, que Nuestro Señor Jesucristo es hombre y que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, es el Hombre Dios. En el misterio de esta unión de Dios con la naturaleza humana es evidente que hallamos muchas cosas para meditar. Este hombre, pues, que andaba por Palestina, que vivió en Nazaret durante 30 años, este hombre, pues, era Dios. Parece evidentemente extraordinario. Difícilmente podemos imaginar lo que podía ser. Porque en definitiva, ¿cómo puede estar Dios en el cuerpo de un hombre, en una simple alma humana limitada? ¿Es algo evidente que Dios pueda pasarse de la persona humana y asumir directamente por sí mismo un alma y un cuerpo? Se trata, por supuesto, de un misterio, porque nunca llegaremos a comprender con exactitud esta realidad absolutamente asombrosa, la Encarnación de Dios. Sin embargo es este el misterio en el que se halla contenida nuestra salvación. ¡En este misterio se halla incluso contenida toda la razón de ser de la creación! Vamos a procurar, en la medida que se pueda, hablar del misterio de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO I: HIJO DE DIOS

El mismo San Pablo dice que le pide a Dios que le inspire las palabras adecuadas para hablar de este misterio, de modo que no cabe duda que vamos a tratar un tema verdaderamente misterioso pero tan

real y tan importante que, en definitiva, constituye el corazón de nuestra vida, el tema de nuestras meditaciones y la fuente de nuestra santificación.

Por la fe creemos en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y asimismo en su humanidad. Creemos y afirmamos que es Dios y hombre. Así que resulta provechoso leer algunos textos de la Sagrada Escritura que tratan de este tema de una manera muy explícita para penetrarnos bien de este pensamiento que Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente Dios y Hombre. Son textos tan hermosos y conmovedores que merecen ser leídos.

En primer lugar, es Nuestro Señor Jesucristo mismo quien lo afirma. Es cierto que Nuestro Señor no reveló desde el principio de su vida pública que era el Hijo de Dios, pero no es correcto decir, como dicen ahora los modernistas, que no tenía conciencia de que era verdadero Hijo de Dios, consustancial con el Padre y con el Espíritu Santo, sino simplemente de su calidad particular de hijo de Dios y esto sólo al final de su vida pública, por una especie de toma de conciencia de sí mismo. Evidentemente, esto es totalmente falso⁶. Demos algunos ejemplos en san Mateo, capítulo 26. No cabe duda de que al final de su vida es cuando Nuestro Señor proclamó su divinidad, ante Caifás.

«Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarle a muerte, pero no los hallaban, aunque se habían presentado muchos falsos testigos» (*versículos 59-60*).

«Al fin se presentaron dos, que dijeron: Este ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios y en tres días reedificarlo. Levantándose el Pontífice, le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué dices a lo que estos testifican contra ti?» (*versículos 61-62*).

«Jesús callaba y el pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo a que me digas si Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». (*versículo 63*).

«Jesús le dijo: Tú lo has dicho. Y yo os digo que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo» (*versículo 64*).

«Ellos respondieron: Reo es de muerte» (*versículo 66*).

Está claro: cuando Nuestro Señor proclamó públicamente su divinidad, el sumo sacerdote juzgó que se trataba de una blasfemia y que este hombre que se hacía Dios merecía la muerte.

Es una afirmación solemne por parte de Nuestro Señor, que dijo que El es verdaderamente el Hijo de Dios y que un día se le verá venir sobre las nubes del cielo.

En el capítulo 17 hay otro pasaje, no menos significativo, que es el de la Transfiguración.

«Seis días después, *escribe san Mateo*, tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto y se transfiguró ante ellos».

Tenemos que pensar y creer que la Transfiguración tendría que haber sido un estado normal para Nuestro Señor. Lo anormal es que no estuviese transfigurado de manera habitual, ya que Nuestro Señor tenía la visión beatífica. Tenía la visión beatífica desde el momento de su nacimiento y desde que su alma había sido creada. Así que las consecuencias de la visión beatífica tendrían que haberse manifestado en su cuerpo y en su ser, como en los elegidos. Los elegidos son gloriosos en este momento (por lo menos para el cuerpo de la Santísima Virgen: cuando los cuerpos se reúnan a las almas bienaventuradas, serán transfigurados). Estos cuerpos tendrán todas las propiedades de los cuerpos resucitados: serán luminosos y brillarán como el sol. Esta es una de las consecuencias de la visión beatífica y de la gloria de Dios en las almas. Gozando de la visión beatífica, Nuestro Señor normalmente hubiese tenido que tener un cuerpo transfigurado. Pero, por un milagro, Nuestro Señor quiso vivir como los demás hombres y no tener habitualmente un cuerpo transfigurado.

«Se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra

⁶ ¡Ya san Fulgencio, obispo de Ruspe (468-533) denunciaba esta herejía, en la cual reinciden los modernistas! Así escribía: «Es totalmente imposible y ajeno a la fe decir que el alma de Cristo no tuvo conocimiento pleno de su divinidad, con la cual creemos que no formaba naturalmente más que una persona» (*Carta 12*, cap. 3, nº 26).

«Mientras que la divinidad se conocía como tal por ser naturalmente tal, el alma conocía toda la divinidad sin ser ella misma la divinidad. Así pues, la divinidad naturalmente es su propio conocimiento, mientras que, por el contrario, el alma de Cristo recibió de la divinidad el conocimiento de la divinidad que conoció» (*Carta 14*, cap. 3, nº 31).

para Elías. Aún estaba él hablando cuando los cubrió una nube resplandeciente y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia: escuchadle. Al oírla, los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Jesús se acercó y tocándolos dijo: Levantaos, no temáis. Alzando ellos los ojos, no vieron a nadie sino sólo a Jesús. Al bajar del monte les mandó Jesús diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos» (S. Mt. 17, 2-9).

Aquí tenemos otra prueba de la divinidad de Nuestro Señor. Es Dios mismo quien afirma la divinidad de Nuestro Señor: Nuestro Señor es su Hijo en quien ha puesto todas sus complacencias.

Pero antes de esto, durante la vida pública de Nuestro Señor, también en san Mateo, hallamos este pasaje en el capítulo 8, versículo 28 y siguientes:

«Llegando a la otra orilla, a la región de los gadarenos, le vinieron al encuentro, saliendo de los sepulcros, dos endemoniados tan furiosos que nadie podía pasar por aquel camino. Y le gritaron diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios?».

Son los mismos demonios los que afirman la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y luego, expresando su temor: «¿Has venido aquí antes de tiempo para atormentarnos?». Los demonios le piden a Jesús: «Si has de echarnos, échanos a la pira de puercos».

Y Jesús se lo concede. Este testimonio de los demonios, ¿significa que creían en su divinidad? Santo Tomás (III^a, cuest. 44, art. 1) responde en sustancia: «Cristo se dio a conocer a los demonios no por su vida eterna sino por ciertos efectos temporales de su poder. Primero, viendo que Cristo tenía hambre después de su ayuno, creyeron que no era el Hijo de Dios. Pero luego, al ver sus milagros, por ciertas conjeturas empezaron a creer que era el Hijo de Dios, aunque sin tener una certeza de ello. Si al final el demonio excitó a los judíos a que crucificasen a Cristo no fue por desconocer su divinidad sino porque no pudo prever que por su muerte Cristo le iba a vencer definitivamente».

Esto es lo que concierne al testimonio de los demonios. Por supuesto, podríamos multiplicar los ejemplos. Así que, los Evangelios nos proporcionan la mayor prueba de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y de su humanidad.

CAPITULO II: EL VERBO ENCARNADO

San Juan, en su Evangelio, afirma la divinidad de Nuestro Señor e insiste de un modo más particular que los otros evangelistas sobre ella. Basta con leer el primer capítulo del Evangelio de San Juan, que nunca leeremos bastante, tan hermosa, tan profunda y tan llena de consolación es esta página.

En otro tiempo, el sacerdote o el obispo rezaban este evangelio al regresar a la sacristía después de la Misa. Era su modo de hacer la acción de gracias. Después, la Iglesia dispuso que el sacerdote lo rece en el altar ante los fieles.

«Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por El y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas y las tinieblas no lo acogieron».

De este modo nos presenta san Juan la eternidad de Dios, la creación y también el pecado.

«Hubo un hombre enviado de Dios, de nombre Juan. Vino éste a dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos creyeran por él. No era él la luz, sino que vino a dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo y por El fue hecho el mundo, pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos pero los suyos no le recibieron».

Evidentemente esto se dice de un modo general, pues en seguida distingue san Juan a “cuantos le recibieron”. Pero no olvidemos esta afirmación: *Omnia per ipsum facta sunt*, que será reafirmada en el *Credo*.

No tenemos que olvidar ni debemos disociar esta omnipotencia de Nuestro Señor, el Creador.

Nuestro Señor es Dios y sólo hay un Dios; no hay tres dioses sino uno solo. Por eso, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo han creado el mundo. El Verbo ha creado el mundo: “por El fue hecho el mundo”, es decir, por Nuestro Señor. No hay, pues, dos personas en Nuestro Señor sino una sola y esta persona es la Persona del Verbo de Dios, la Persona del Hijo de Dios.

Siempre tenemos que tener presente esto.

«Mas a cuantos le recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre; que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria».

Sin duda san Juan hace alusión también a la Transfiguración cuando escribe:

«Hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad».

Nos relata luego el testimonio de san Juan Bautista, que clamaba:

«Este es de quien os dije: El que viene detrás de mí ha pasado delante de mí porque era primero que Yo».

Estas palabras del Bautista constituyen una afirmación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Señor —decía— “era primero que yo”. Existía antes que él porque es El quien lo creó.

«Pues de su plenitud recibimos todos: *et de plenitudine eius omnes nos accepimus*, gracia sobre gracia: *et gratiam pro gratia*» (S. Jn. 1, 16).

No hay, pues, ninguna gracia que no nos venga de Nuestro Señor Jesucristo.

Todas estas palabras son de capital importancia porque constituyen las bases de nuestra fe y los principios de nuestra acción y de nuestra vida de cada día.

Todos los errores que se difunden ahora y que intentan hacer creer que hay otro camino de salvación distinto de Nuestro Señor Jesucristo y fuera de la religión católica se oponen a las afirmaciones del Evangelio y son explícitamente contrarios a Nuestro Señor Jesucristo.

En algunos documentos de la conferencia episcopal de Holanda se hablaba de medios de salvación en las religiones no cristianas. ¡Es una locura! No existen medios de salvación fuera de la religión católica fundada por Nuestro Señor Jesucristo⁷. No hay salvación fuera de la Iglesia. Es un dogma de nuestra fe. ¿Por qué? Porque no hay ninguna gracia sobrenatural que no provenga de la Iglesia. Incluso aquellas gracias que podrían ser distribuidas en otras religiones vienen de Nuestro Señor Jesucristo y, por consiguiente, de su Iglesia, gracias a las plegarias de su Iglesia, la esposa mística de Nuestro Señor, que está unida a El y no puede separarse de El. Los que reciben gracias fuera de la Iglesia católica, las reciben a través de Ella como intermediaria.

No cabe duda de que hay almas que se salvan sin formar parte de la estructura visible de la Iglesia, pero forman parte invisiblemente de la Iglesia, del cuerpo místico de Cristo; los papas lo han afirmado. Sin embargo, no suele ser frecuente. La Iglesia tiene que ser misionera para llevar las gracias a los que no las han recibido. Si todo el mundo recibiese la gracia fuera de la Iglesia, aunque fuese a través de Ella, ya no serían necesarios los misioneros. Nadie puede salvarse por la práctica de las falsas religiones o por medio de creencias contrarias a la doctrina de la Iglesia. Es imposible lograr la salvación por medio del error, a través de un camino opuesto al Espíritu Santo y a la Sabiduría de Dios y al medio que Dios ha escogido para salvarnos y que es esencialmente su Encarnación.

«La gracia y la Verdad, *dice san Juan*, vino por Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, Ese le ha dado a conocer» (S. Jn. 1, 17-18).

Evidentemente este Hombre Dios constituye un gran misterio, pero es absolutamente necesario meditarlo, y conocer su realidad y su verdad, porque es toda nuestra fe, toda nuestra vida y la vida del mundo.

Nada sucede en el mundo que no esté dirigido a Nuestro Señor Jesucristo, sea en pro o en contra suya, con o sin El. Nuestro Señor es la clave de todos los problemas, pues no hay uno solo al que Nuestro Señor sea indiferente. Los hombres pueden intentar hacer las cosas sin Nuestro Señor, pero les resulta imposible, pues Nuestro Señor está en todas partes⁸. Está en todo, puesto que El lo ha creado todo. Todo está en sus manos. Todo es suyo, no hay nada fuera de El. Los hombres quieren evadirse de El, pero no pueden, porque todo es suyo.

⁷ «Todo lo que lleva el nombre de *religiones*, fuera de la única religión verdadera revelada por Dios, son invenciones de hombres y desviaciones de la Verdad, de las cuales algunas conservan ciertos vestigios pero unidos con mentiras y absurdos» (*Catecismo de San Pío X*).

⁸ Por su naturaleza divina.

No podemos comprender nada de la historia de los hombres sin Nuestro Señor Jesucristo. Es absurdo pretender construir una historia de la humanidad sin El. Nuestro Señor se halla en el centro de la historia. Todo ha sido hecho por El y para El ⁹ y la única felicidad de los hombres y de la humanidad es la de unirse a Nuestro Señor Jesucristo y vivir de Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo, ya que El es Dios. El nos ha dado los medios y vino para esto.

San Juan lo dice también en su primera epístola, que es también muy hermosa:

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos...»

San Juan no puede separar su espíritu de los momentos en los que tocó a Nuestro Señor, en los que reposó la cabeza sobre su pecho durante la última Cena. Está grabado en su vida y nunca olvidará esos instantes. Vivió hasta el fin de sus días pensando que había tenido el gozo extraordinario de tocar al Verbo de Dios ¹⁰.

«...porque la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna que estaba en el Padre y se nos manifestó».

Es maravilloso, en pocas palabras san Juan nos coloca ante la realidad: esta vida eterna, yo la he visto, la he tocado y os la comunico.

«Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea colmado» (*I Jn. 1, 3-4*).

Sin duda, los Apóstoles fueron tomando conciencia de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo de modo progresivo. En el momento de su Ascensión todavía se preguntaban cuándo iba a llegar el reino temporal de Nuestro Señor. ¿Qué idea se hacían de esta Persona que tenían enfrente? De hecho, no comprendieron el misterio de Nuestro Señor Jesucristo sino después de Pentecostés, después de la efusión del Espíritu Santo sobre ellos. En ese momento dedujeron las consecuencias, como aparece en sus escritos. Esto es lo admirable.

Así se comprende lo que escribió san Juan en su primera epístola, en el 2º capítulo:

«No os escribo porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis y sabéis que la mentira no procede de la verdad. ¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es Cristo? Ese es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre. Lo que desde el principio habéis oído, procurad que permanezca en vosotros. Si en vosotros permanece lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y ésta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna» (*I Jn. 2, 21-25*).

Y añade un poquito después:

«Todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ese no es de Dios...»

Está claro.

«...Es del anticristo, de quien habéis oído que está para llegar y que al presente se halla ya en el mundo» (*I Jn. 4, 2-3*).

Las afirmaciones de los apóstoles y de los evangelistas son muy precisas: los que afirman la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo son de Dios; los que la niegan, no son de Dios.

Las consecuencias son terribles. Pensemos en este mundo que nos rodea, en toda la humanidad que vive hoy como en la que vivió ayer. En relación con Nuestro Señor Jesucristo y con su divinidad se decide todo para los hombres y como consecuencia su vida eterna.

⁹ Cf. Col. 1, 16.

¹⁰ Por la naturaleza humana asumida por el Verbo, pero eso no impide que se trata de la Persona del Verbo.

CAPITULO III: UNA PERSONA DIVINA

San Pablo es el que más ha ensalzado la grandeza de Nuestro Señor Jesucristo, su poder y su divinidad, principalmente en los primeros capítulos de su epístola a los Hebreos y de la epístola a los Colosenses.

Leamos a menudo este primer capítulo de la epístola a los Hebreos:

«Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos, que, siendo la irradiación de su gloria y la impronta de su substancia y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mayor que los ángeles cuanto que heredó un nombre más excelente que ellos».

Sin lugar a duda se trata del Hijo, de Aquel que nos ha purificado de nuestros pecados, de Nuestro Señor Jesucristo y no solamente del Verbo. No podemos hacer una distinción entre Nuestro Señor Jesucristo y el Verbo. Jesucristo es el Verbo de Dios. No hay otra persona en El.

Sin duda, puede ser que nos cueste comprender esto, pero precisamente este es el misterio de Nuestro Señor Jesucristo: que su Persona misma, la Persona de este hombre que vivió en Palestina, es el Verbo de Dios por quien todo ha sido hecho.

Esta misma Persona divina es la que asume esta naturaleza humana, este alma que piensa, reflexiona y quiere de modo humano, ya que Nuestro Señor era un hombre perfecto. Por eso poseía su alma humana. Sus pensamientos se le atribuían a Dios porque el único sujeto de atribución en Nuestro Señor Jesucristo es el Verbo de Dios, Dios mismo.

Todos los actos que llevó a cabo Nuestro Señor, sean los que sean, eran actos divinos, dada su atribución a la Persona, pero El poseía verdaderamente todas las facultades humanas, todo su cuerpo humano y todos sus dones humanos.

En su epístola a los Hebreos, en el capítulo 1º, san Pablo nos dice:

«¿A cuál de los ángeles dijo alguna vez: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (*Sal. 2, 7*)?»

Y luego: “Yo seré para El Padre y el será Hijo para mí” (*II Sam. 7, 14*). Y cuando de nuevo introduce a su Primogénito en el mundo, dice: “Adórenle todos los ángeles de Dios” (*Sal. 96, 7*).

De los ángeles dice: “El que hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llamas de fuego” (*Sal. 103, 4*). Pero al Hijo: “Tu trono, ¡oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos, cetro de equidad es el cetro de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios con óleo de alegría sobre tus compañeros” (*Sal. 44, 7-8*). Y: “Tú, Señor, al principio fundaste la tierra y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán pero tú permaneces y todos, como un vestido, envejecerán, y como un manto los envolverás, y como un vestido se mudarán; pero Tú permaneces el mismo y tus años no se acabarán” (*Sal. 101, 26-28*). ¿Y a cuál de los ángeles dijo alguna vez: “Siéntate a mi diestra mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies” (*Sal. 109, 1*).

¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud?» (*Heb. 1, 5-14*).

San Pablo insiste, pues, sobre la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y sobre su perfección infinitamente mayor que la de los ángeles, que evidentemente no son más que criaturas.

Con nuestra pobre imaginación humana, nos cuesta comprender bien que Aquel con quien trataron los apóstoles, al que la Santísima Virgen llevó en su seno, y al que llevó en sus brazos, este Niño Jesús, es Aquel por quien todo ha sido hecho.

«Tú, Señor, al principio fundaste la tierra y los cielos son obra de tus manos».

Al evocar al Niño Jesús en su cuna algunos podrían decir: no es posible que haya fundado la tierra, pues acaba de nacer. San Pablo nos da la respuesta: acaba de nacer, pero su Persona es una Persona divina y esta Persona es Dios, el Verbo de Dios.

Se trata, pues, del Verbo de Dios, que está presente y que asume este cuerpo y esta alma. Es el Verbo de Dios y a esta Persona es a quien nos dirigimos. Cuando se habla con alguien se habla con la persona. Esta Persona que se hallaba ahí era la del Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho y por quien todo ha sido creado.

¿Cómo podríamos decir que esta Persona que es el Verbo de Dios hecho hombre no fuese el Salvador, el Sacerdote y el Rey, los tres grandes atributos que esta Persona le da a esta criatura de Dios por medio de la unión hipostática y la gracia de unión? ¹¹

¿Cómo pensar así que un solo hombre pueda ser indiferente a la presencia del Verbo de Dios entre nosotros? No es posible: Dios ha querido venir entre nosotros. ¿Quién puede decir: “A mí me es igual; vivo mi vida; no tengo ninguna necesidad de Nuestro Señor Jesucristo para vivir”? ¿Podrá permanecer indiferente ante el hecho de que Dios haya venido, haya tomado un alma y un cuerpo como el nuestro y haya venido entre nosotros? No lo podemos imaginar, y esto tanto más cuanto que ha venido entre nosotros para rescatarnos de nuestros pecados. Así, este hecho nos concierne a todos, pues todos somos pecadores. Ha venido para morir en la Cruz, para redimirnos ¿cómo podría ser algo indiferente para los hombres! ¿Cómo puede alguien atreverse ahora a comparar a esta Persona, que es Cristo, Nuestro Señor Jesucristo, con Mahoma, Buda, Lutero, etc.?...

Un católico que tenga fe, ¿cómo puede decir cosas semejantes? ¿Cómo se puede hablar aún de *religiones, todas las religiones y todos los cultos*?

El Papa Pío VII se indignó ante la Constitución de Francia, en la que se mencionaba la libertad de todos los cultos. Se levantó contra estas palabras: “todos los cultos”. Se ponía la Sagrada religión de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo, en pie de igualdad con las herejías y cismas. Se sintió muy ofendido y escribió al obispo de Troyes, Monseñor de Boulogne: vaya a ver al rey y dígame que es inadmisibles para una realeza católica, para un rey que se dice católico, que admita la libertad como se dice entre comillas “de todos los cultos”, sin distinción. Estaba indignado y ese debe ser el sentimiento de todo católico.

No se puede ser católico y no indignarse cuando se habla de “todos los cultos”, poniendo así a Nuestro Señor Jesucristo en pie de igualdad con Buda y los demás, pues en ese momento ya no se cree que Nuestro Señor sea Dios y ya no se cree que nos encontramos ante la Persona de Dios. Ya digo, es imposible. ¿Ha habido acaso varias encarnaciones de Dios? ¿En Buda? ¿En Mahoma? ¿En Lutero? ¡No! Sólo hay una: en Nuestro Señor Jesucristo.

Esto tiene consecuencias enormes y tenemos que darnos cuenta de ello en la medida en que creemos en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Como ya hemos visto, es muy importante, sobre este tema, lo que dice san Juan y puede resumirse así: El que afirma que Jesucristo es Dios, éste es de Dios; el que niega que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, es el anticristo (Cf. I Jn. 2, 22). ¡El anticristo!, por consiguiente, el demonio. San Juan tenía la fe católica y es preciso sacar las consecuencias.

Hoy en día nos podemos preguntar si entre los católicos los hay que aún lo son, porque todo el mundo ve normal que se diga: la libertad religiosa, la libertad de todas las religiones y la libertad de cultos. Ahora bien: eso no puede ser, pues es contrario a la dignidad de Nuestro Señor Jesucristo. Se nos objeta: “lo que pasa es que sois intolerantes”. Cuántos católicos piensan esto, incluso en nuestras familias cristianas.

Basta con decir que sólo hay una religión verdadera, la religión de Nuestro Señor Jesucristo, y que las demás vienen del diablo y son el anticristo porque niegan la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y ya se nos trata de intolerantes: «¿Que queréis? ¿Volver a la edad media?». Lo que nosotros queremos es, sencillamente, volver a la realidad: Nuestro Señor es Rey. El día que venga, de repente, sobre las nubes del Cielo, todos dirán: «Ah, pues sí, El es Rey, no creíamos que fuera posible».

Sí, Nuestro Señor es Rey y será el único, no hay otro. La gente no acaba de convencerse, vive en un liberalismo y en un laicismo que ataca a muchos. Ya no se pone a Nuestro Señor Jesucristo en el lugar que le corresponde.

Es preciso que se restablezca su realeza en la tierra como en el Cielo. El mismo nos lo dijo en la oración que nos enseñó, el Padrenuestro: «*adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra*». Este debe ser el objeto de nuestras plegarias, del ofrecimiento de nuestros sufrimientos y el objeto de nuestra vida. No debemos cesar hasta que se establezca el reinado de Nuestro Señor. Un

¹¹ La unión de las dos naturalezas, la divina y la humana, de Jesucristo en una única persona, la Persona del Verbo divino. Dado que este hombre, Jesucristo, es Dios, es necesariamente Salvador, Sacerdote y Rey.

católico cuyo corazón no esté animado por este sentimiento profundo no puede ser católico ni fiel de Nuestro Señor Jesucristo. Basta con leer estas líneas:

«Dios últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos» (*Heb. 1, 2*).

Jesucristo es Dios por quien todo ha sido creado. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son conjuntamente el Creador del mundo¹². El Padre ha creado el mundo por el Verbo en el Espíritu Santo.

No es necesario que recurramos a la apologética ni que citeamos todas las pruebas de la divinidad y de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo de modo exhaustivo. Lo que necesitamos sobre todo en nuestra vida espiritual es afirmar nuestra fe y no tanto probarla, porque se apoya en la autoridad divina y en las palabras de Nuestro Señor.

Puede ser que tengamos una tendencia exagerada por querer racionalizar siempre nuestra fe y por hallar cosas que la prueben. No cabe duda que nuestra fe es razonable y por eso podemos hallar motivos suficientes, pero tenemos la fe, creemos en Dios Nuestro Señor y lo que tenemos que hacer es afirmar esta fe (cf. II Cor. 4, 13).

CAPITULO IV: JESUCRISTO, CONSUSTANCIAL CON EL PADRE

Después de habernos referido a los testimonios de las Escrituras: de san Mateo, de san Juan y de san Pablo, podemos también leer lo que la Iglesia, principalmente en los primeros tiempos, ha querido afirmar acerca de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, en particular en las tres grandes profesiones de fe que son el Símbolo de los Apóstoles, el Símbolo de Nicea y el Símbolo de San Atanasio, que constituyen una memoria del fundamento de nuestra fe.

La lectura de los dos primeros Símbolos de nuestra fe nos permite medir la importancia que los apóstoles le dieron al misterio de la Encarnación, al misterio de Nuestro Señor Jesucristo, que, en definitiva, es el objeto principal de nuestro *Credo*. Como Jesús es Dios, todo lo que se dice de Dios se le aplica necesariamente a El.

En primer lugar el SIMBOLO DE LOS APOSTOLES:

«Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra...».

Y después el *Credo* afirma la Encarnación de Nuestro Señor:

«...y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor; que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».

Todo lo que se dice del Espíritu Santo se dice también de Nuestro Señor puesto que es su Espíritu y que El ha anunciado a los apóstoles que les enviaría su Espíritu, Espíritu que procede de El.

«Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica (*que El fundó*), la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, y la vida perdurable».

Advirtamos en este texto la importancia que se le da a la vida de Nuestro Señor y en particular a su Pasión. Dios ha querido realizar su Encarnación y su obra a través de su vida en Palestina, es decir, por su vida oculta durante treinta años y luego por su vida pública, su Pasión, su Muerte, su Resurrección y su Ascensión. Todo esto ha sido querido por Dios desde toda la eternidad y, por eso, querido por El mismo, puesto que Jesús es Dios.

Tenemos que recordar con gusto toda la vida de Nuestro Señor para comprender mejor ese gran misterio que constituye Nuestro Señor, que reúne en Sí los tres grandes misterios de la Trinidad, la Encarnación y la Redención. El *Credo* es un alimento espiritual fecundo. No busquemos un tema difícil y complicado para meditar, el *Credo* nos brinda uno muy lleno de frutos, que nos inicia en los grandes misterios que deben ser nuestro consuelo en esta vida y nuestro gozo en el cielo.

El SIMBOLO DE NICEA es aún más explícito:

¹² «*Et in unum Dominum Jesum Christum... per quem omnia facta sunt*»: y por El todo ha sido hecho. *Símbolo de Nicea*.

«Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios. Nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Engendrado, no hecho, consubstancial al Padre»...

Se trata de la naturaleza divina de Nuestro Señor, por quien todo ha sido hecho. Luego viene su Encarnación:

«... quien por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó de los cielos. Y tomó carne, por obra del Espíritu Santo, de María Virgen, y se hizo hombre. Crucificado también por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y subió al cielo y está sentado a la diestra del Padre. Y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a vivos y muertos y su reino no tendrá fin».

Todos los fragmentos de estas frases tienen una importancia considerable. El *Credo* es corto, se lee o reza rápidamente, pero todos los hombres deberían conocerlo y meditarlo durante toda su vida. Conocer lo que Dios ha hecho por ellos es sin lugar a duda lo más esencial.

Se afirma claramente que Dios es Creador de todas las cosas: Nuestro Señor, que es Dios, es nuestro Creador. Es el Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho, por lo que es al mismo tiempo nuestro Principio y nuestro fin. Ha querido hacerse nuestro camino, el que conduce al fin, y no sólo nuestro camino sino también nuestro alimento y también nuestro hermano y comunicarnos la vida divina. Es una historia admirable. Nuestro Señor es el criterio del valor de las personas y de las cosas: tienen valor, el verdadero valor, en la medida en que están más cerca de Nuestro Señor, y así, en primer lugar, evidentemente, la Santísima Virgen y también san José.

En espiritualidad, puede haber una tendencia a darle poca importancia al lugar y papel de san José. Sin embargo él tuvo un lugar extraordinario en la economía de la Encarnación y en la economía de la Redención. A él le fue confiada la Madre de Jesús y Jesús mismo y, por lo tanto, Dios mismo. Desde luego que recibió gracias de luz enteramente singulares sobre el misterio de la Encarnación.

Los hombres se transforman en Nuestro Señor y viven de El en la medida en que estén cerca de Nuestro Señor. En la historia de la Iglesia hemos visto que las familias, comunidades, pueblos y ciudades se han constituido alrededor de Nuestro Señor. Todo vivía realmente alrededor de Nuestro Señor. Incluso las asociaciones profesionales tenían sus patronos y sus fiestas en el año, en la profesión y en la sociedad. Nuestro Señor estaba presente en la familia y en todo el ámbito de la vida. Tenemos que esforzarnos por volver a crear este ambiente e introducir la presencia de Nuestro Señor Jesucristo y de su realeza en la vida de cada día y en la sociedad. Tenemos que volver a ser realmente cristianos.

Tenemos que meditar el misterio de Nuestro Señor Jesucristo y creer en su divinidad, puesto que es Dios.

El Símbolo de Nicea continúa:

«Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado, que habló por medio de los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos. Y la vida del siglo venidero. Amén».

Advirtamos que el Símbolo de Nicea empieza con esta frase: «Creo en un solo Dios», luego, no hay varios dioses. Cuando la máxima autoridad de la Iglesia y los obispos llegan a decir que: «Tenemos la misma fe en Dios» o «Tenemos un mismo Dios» dirigiéndose a los musulmanes, es inimaginable, puesto que ellos no creen en la Santísima Trinidad y no tienen la misma fe que nosotros. Dicen que el dios que adoran les dará cien veces los bienes materiales que tengan en esta vida. Cuanto más sean ricos, más lo serán, cuantas más mujeres tienen más van a tener, según la imagen que se hacen del cielo... ¡Ese es el dios de los musulmanes, del que se nos dice que es el mismo que adoramos nosotros!

Son palabras insensatas y blasfemas.

CAPITULO V: EL CANTO DEL AMOR DE DIOS

Leamos también el magnífico SIMBOLO DE SAN ATANASIO, que se rezaba hasta hace poco tiempo a la hora de Prima cada domingo.

«Todo el que quiera salvarse, ante todo es menester que mantenga la fe católica; y el que no la guarde íntegra e inviolada, sin duda perecerá para siempre».

Nadie se puede salvar sin la fe católica. Está claro, ¡pero id a decir esto hoy en día!...

«Ahora bien, la fe católica es que veneremos a un solo Dios en la Trinidad y a la Trinidad en la unidad.

Sin confundir las personas ni separar las sustancias.

Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo.

Pero el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad.

Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

Y sin embargo no son tres eternos sino un solo Eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo Increado y un solo Inmenso.

Igualmente, Omnipotente el Padre, Omnipotente el Hijo, Omnipotente el Espíritu Santo.

Y sin embargo no son tres omnipotentes, sino un solo Omnipotente».

Esta formulación tan clara de nuestra fe, tan nítida y tan exacta provoca nuestra admiración.

«Así Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es el Espíritu Santo.

Y sin embargo no son tres dioses, sino un solo Dios.

Así, Señor es el Padre, Señor el Hijo y Señor el Espíritu Santo.

Y sin embargo no son tres señores, sino un solo Señor.

Porque así como por la cristiana verdad somos compelidos a confesar como Dios y Señor a cada persona en particular; así la religión católica nos prohíbe decir tres dioses y señores.

El Padre, por nadie fue hecho ni creado ni engendrado.

El Hijo fue por solo el Padre, no hecho ni creado, sino engendrado.

El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho ni creado ni engendrado, sino que procede».

Los términos escogidos por san Atanasio son perfectamente claros y expresan de modo definitivo, se puede decir, las verdades de nuestra fe.

No se puede cambiar el *Credo*. No hay cambio posible.

Las expresiones que se han empleado y que han sido confirmadas por la Iglesia no permiten que nadie se entregue a interpretaciones que modifiquen su sentido.

Pero eso no lo quieren aceptar ni los modernistas ni los teólogos modernos. Ya no quieren aceptar que las fórmulas de nuestra fe son definitivas, pues según ellos, la fe se tiene que poder expresar siempre en función de la evolución de los tiempos modernos y de la época en la que vivimos.

Si tuviéramos que emplear ahora otros términos para expresar estas mismas verdades con el pretexto de usar palabras o definiciones más adaptadas a la filosofía moderna, a la inteligencia moderna y a la ciencia de nuestro tiempo, no lograríamos más que expresiones y definiciones carentes del significado exacto que siempre han tenido, tal como han sido explicadas durante siglos por los teólogos para expresar exactamente lo que quieren decir en la fe católica.

Es imposible hacer esos cambios.

«Hay, consiguientemente, un solo Padre, no tres padres; un solo Hijo, no tres hijos; un solo Espíritu Santo, no tres espíritus santos.

Y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor, sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales.

De suerte que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad.

El que quiera, pues, salvarse, así ha de sentir de la Trinidad».

Está claro y es indiscutible.

«Pero es necesario para la eterna salvación creer también fielmente en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

Es, pues, la fe recta que creemos y confesamos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre.

Es Dios engendrado de la sustancia del Padre antes de los siglos, y es hombre nacido de la madre en el siglo.

Perfecto Dios, perfecto hombre, subsistente de alma racional y de carne humana.

Igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad».

Esta expresión de nuestra fe es admirable y con una gran claridad aniquila todas las herejías que se refieren a la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo hecho hombre.

«Mas aun cuando sea Dios y hombre, no son dos, sino un solo Cristo.

Uno solo no por la conversión de la divinidad en la carne, sino por la asunción de la humanidad en Dios.

Uno absolutamente, no por confusión de la sustancia, sino por la unidad de la persona.

Porque a la manera que el alma racional y la carne es un solo hombre; así Dios y el hombre son un solo Cristo.

El cual padeció por nuestra salvación, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos.

Subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre omnipotente, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

A su venida todos los hombres han de resucitar con sus cuerpos y dar cuenta de sus propios actos.

Los que obraron bien irán a la vida eterna; los que mal, al fuego eterno.

Esta es la fe católica y el que no la creyere fiel y firmemente, no podrá salvarse».

Por eso es muy importante que conozcamos lo que expresan estos tres Símbolos y vivir de ellos. Hagamos un esfuerzo para que cada vez que recemos o cantemos el *Credo* seamos verdaderamente conscientes de que las palabras que pronunciamos son el resumen de todo lo que tenemos que creer y amar. Es lo más profundo y lo que más queremos en nuestra vida temporal, porque expresa todo lo que Nuestro Señor y todo lo que Dios ha hecho para amarnos. Es la realización del canto del amor de Dios por nosotros. Este es el verdadero *Credo*: el resumen de la caridad de Dios por nosotros. Es maravilloso.

Sic nos amantem quis non redamaret?, dice la sagrada liturgia en el *Adeste fideles* de Navidad, siguiendo a san Agustín: «¿cómo no vamos a amar a quien tanto nos ha amado?».

Cada vez que recemos o cantemos el Credo, acordémonos de este llamamiento a nuestro amor y a esta caridad que le debemos a Dios. Esforcémosnos en sentir este llamamiento a orientarnos siempre con mayor profundidad a amar verdaderamente a Dios, a agradecerle, a darle gracias y a hacer todas las cosas para que su amor por nosotros no sea en vano.

Es terrible pensar que todo lo que Nuestro Señor hizo, todo lo que Dios hizo por nosotros pueda ser en vano y que no haya respuesta a este amor.

De este modo comprendemos que la justicia de Dios permite y quiere que quienes rechazan este amor no gozarán de El en la eternidad. Es una perspectiva espantosa contra la que Dios no puede hacer nada, porque es el hombre mismo el que cierra el camino al amor de Dios, al no querer conocer a Nuestro Señor Jesucristo, Dios creador de todas las cosas, y al encerrarse en su egoísmo y en su orgullo, rechazando toda luz.

Como escribía san Juan, «*la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas lo rechazaron*» (S. Jn. 1, 5). Dios ha venido a su propia familia y los suyos lo han rechazado, salvo aquellos a los que Dios les ha dado la gracia de ser hijos de Dios (Cf. S. Jn. 1, 11-12).

CAPITULO VI: JESUCRISTO, LA SABIDURIA ETERNA

¿Dónde, además de la Sagrada Escritura y del Magisterio de la Iglesia, podemos hallar también esta afirmación tan consoladora y confortadora de la divinidad de Nuestro Señor, de su vida y de su caridad para nosotros?

En la liturgia, pues toda la liturgia canta a Nuestro Señor Jesucristo, canta el amor de Dios por nosotros, de todas las maneras y en todas las expresiones.

Hoy la liturgia tiene que desaparecer precisamente porque canta la divinidad de Nuestro Señor y porque su realeza se manifiesta en todo momento en las palabras, en la acción y en la adoración.

Ya no se quiere oír hablar de la realeza de Nuestro Señor expresada públicamente por todos los hombres y por la sociedad. La liturgia se ha convertido en un acto público de alabanza dada a la humanidad y al hombre. La publicidad a la realeza de Nuestro Señor y de su divinidad se ha vuelto intolerable.

Cuando nos dicen que los musulmanes y los judíos tienen el mismo Dios que los católicos, no está de más leer algunos párrafos de un libro titulado *Portrait d'un juif (Retrato de un judío)*, publicado en 1962 por Albert Memmi, un judío de Túnez, de donde fue expulsado después de asentarse en Francia:

«¿Se dan cuenta, los cristianos, de lo que puede significar el nombre de Jesús, su Dios, para un judío?... Para un judío que no ha dejado de creer y practicar su propia religión, el cristianismo es la mayor usurpación teológica y metafísica de la historia, es una blasfemia, un escándalo espiritual y una subversión. Para todos los judíos, aunque sean ateos, el nombre de Jesús es el símbolo de una amenaza, de esa gran amenaza que pesa sobre su cabeza desde hace siglos y que siempre les desafía con catástrofes, sin que sepan por qué ni cómo prevenirlas. Este nombre forma parte de una acusación absurda y delirante, pero de una crueldad eficaz que les asfixia la vida social. Finalmente, este nombre ha terminado siendo uno de los signos y uno de los nombres del inmenso aparato que los rodea, los condena y los excluye. Que me perdonen mis amigos cristianos, pero para que me comprendan mejor y empleando su propio lenguaje, yo diría que para los judíos su Dios es un poco como el demonio, si el diablo es, como dicen, el símbolo y el resumen del mal en la tierra, inicuo y omnipotente, incomprendible y obstinado en aplastar a los hombres desamparados...»

Esto es lo que piensa de Nuestro Señor Jesucristo un judío. No hay que hacerse ilusiones, nos encontramos ante una gente que lleva en su corazón el odio a Jesús.

Si los adversarios de Nuestro Señor Jesucristo le tienen un verdadero odio, uno odio diabólico, al revés, nosotros los cristianos tenemos que tener el deseo de que El sea realmente el centro de nuestros pensamientos, de nuestro afecto, de nuestra alma y de toda nuestra actividad.

San Luis María Grignon de Montfort ha empleado un lenguaje muy sencillo, pero al mismo tiempo muy profundo en su libro *La Sabiduría eterna*:

«¿Puede amarse lo que no se conoce? ¿Es posible amar ardientemente lo que sólo se conoce imperfectamente? ¿Por qué se ama tan poco a la Sabiduría eterna y encarnada, al adorable Jesús, sino porque o no se tiene conocimiento alguno de él o se tiene un conocimiento muy escaso? Apenas hay nadie que estudie como es debido, con el apóstol, esta sobreeminente ciencia de Jesús, que es la más noble, la más dulce y la más necesaria de todas las ciencias y conocimientos del cielo y de la tierra»¹³.

San Juan Crisóstomo decía que Nuestro Señor es un compendio de las obras de Dios, un cuadro resumido de todas sus perfecciones, de todas las que están en sus criaturas.

San Luis María Grignon de Montfort continúa:

«Jesucristo, la Sabiduría eterna: he aquí cuanto podéis y debéis desear. Deseadlo, buscadlo, porque El es la única y preciosa perla por cuya adquisición debierais vender todo cuanto poseéis.

Nada hay tan dulce como el conocimiento de la Sabiduría divina. Felices lo que la escuchan. Más felices aún los que la desean y la buscan. Pero más felices aún los que guardan sus caminos y saborean en su corazón esa dulzura infinita que es el gozo y la felicidad del Eterno Padre y la gloria de los ángeles. (nº 9 y 10).

Este conocimiento de la Sabiduría eterna es no solamente el más noble y el más dulce, sino además el más útil y el más necesario, porque la vida eterna consiste en conocer a Dios y a Jesucristo, su Hijo:

¹³ Capítulo 1, nº 8 («Obras Completas», B.A.C., Madrid 1954, pág. 134).

*Haec est autem vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum...*¹⁴
Si queremos llegar a la perfección de la santidad en este mundo, conozcamos la Sabiduría; si queremos tener en nuestro corazón la raíz de la inmortalidad, tengamos en nuestro espíritu el conocimiento de la Sabiduría». (nº 11)

Aquí San Luis María Grignon de Montfort resume en pocas palabras las sentencias que ya se encontraban en los Padres de la Iglesia:

«Saber a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saberlo todo.

Saberlo todo y no saber a Cristo, es no saber nada».

El que conoce a Cristo ya sabe bastante aunque no supiese otra cosa. El que no conoce a Cristo, no sabe nada, aunque conozca todo lo demás¹⁵.

Tenemos que repetir y meditar a menudo estas palabras.

A los sabios del mundo, que apenas conocen a Nuestro Señor y que no han estudiado lo que es Nuestro Señor les cuesta mucho admitir esto. No pueden comprenderlo porque no tienen la fe. Es la fe la que nos enseña que todo se halla en Nuestro Señor Jesucristo.

¿Por qué todo se halla en Nuestro Señor Jesucristo? Porque Nuestro Señor es Dios y todo está en Dios. La respuesta es sencilla y accesible, aunque a algunos les cueste creer que este hombre sea Dios.

San Luis María Grignon de Montfort prosigue:

«¿De qué sirve al arquero saber tirar flechas a los lados del blanco a que apunta si no sabe tirar derecho al centro?

¿Para qué nos servirían las demás ciencias necesarias a la salvación si ignoramos la ciencia de Cristo, única necesaria, centro y fin de todas ellas?». (nº 12)

San Pablo, seguro en tantas cosas y tan versado en las ciencias humanas, decía sin embargo «que no creía saber otra cosa más que a Jesús crucificado»: «*Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum et hunc crucifixum*» (I Cor. 2, 2).

Es todo el resumen de nuestra fe y lo que en definitiva apasiona a todos los hombres, a pesar de lo que se diga y a pesar de lo que se piense.

Aunque nuestra civilización sea cada vez menos cristiana, vivimos sin embargo en un ambiente acostumbrado a estas verdades cristianas. Pero ya no estamos lo bastante sensibilizados a lo que Nuestro Señor Jesucristo ha aportado a nuestra sociedad y a nuestras familias, todo eso lo vemos como natural. Nos decepcionamos, desde luego, al ver como poco a poco la santidad de la familia, la santidad del hogar, el orden público y todo esto se va degradando y desapareciendo.

Quizás sea necesario haber estado en contacto con poblaciones paganas para medir todo lo que Nuestro Señor ha favorecido a nuestra sociedad.

De los trece años que pasé en Gabón, siete estuve en la selva. Tuve así la oportunidad de hablar con estos paganos, en su lengua, para enseñarles el Evangelio y para hacerles descubrir y acercarse a Nuestro Señor. No os podéis imaginar el impacto que puede tener en estas almas totalmente incultas, pues no saben ni leer ni escribir, el hecho de hablarles de Nuestro Señor Jesucristo y de hablarles de la Cruz de Nuestro Señor. Es exactamente lo que dice san Pablo: es lo que necesitaban y lo que esperaban.

De modo semejante, durante mis visitas en los oasis del Sahara, tuve contacto con poblaciones musulmanas. Fui a las escuelas organizadas por los Padres Blancos y por las Hermanas Blancas. ¿Qué les interesaba a los niños? Que les hablase de la religión y de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando trataba otros temas, se distraían, pero desde que se les hablaba de religión, sus ojitos se despertaban y se ponían atentos.

Esto podría parecer extraño, pero a mí me parece que es bastante natural. Nuestro Señor Jesucristo es su Dios y su Creador, y no puede dejar de existir una afinidad entre Quien los ha creado y Quien los ha redimido, entre su Creador y sus almas. Por eso el hecho de hablarles de Nuestro Señor los cautivaba inmediatamente.

¹⁴ «*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo*» (S. Jn. 17, 3)

¹⁵ *Qui Christum nescit, sat scit, si caetera nescit; qui Christum nescit, nil scit, si caetera nescit.*

Unos 15 años antes del concilio se inventaron los catecismos progresivos con el pretexto de que no había que enseñar a los niños las verdades de la fe, ya que no podían comprender nada. Era preciso explicarles en primer lugar las verdades naturales, probarles la existencia de Dios y así poco a poco conducirlos a una verdad religiosa. Cuando hayan comprendido la existencia de Dios se les podrá empezar a hablar de la Revelación y de Jesucristo.

¡Qué aberrante! ¡Es una locura! Es olvidar que Nuestro Señor Jesucristo es también el Creador. Al contrario, nada puede transformar sus almas, incluso las de los niños, como el hablarles de Nuestro Señor Jesucristo y contarles su vida. Es un error grave pensar que se necesite esperar a que conozcan las verdades naturales para hablarles a los niños de Nuestro Señor Jesucristo.

Los hay que pretenden, y suele ser frecuente, que los misioneros, cuando llegan a una misión no tienen que predicar la religión a los infieles antes de darles por lo menos un mínimo nivel de vida. ¿De qué sirve, dicen, predicarles el Evangelio a personas que viven en un estado social, o incluso físico, totalmente deficiente?

Pero este razonamiento es absurdo y diríamos que casi diabólico, porque es privar a esas personas y niños de lo más grato y hermoso que pueden recibir. En definitiva, es privarlos de aquello a lo que se pueden adaptar más rápido y quizás más fácilmente que las personas que tienen todo y que viven confortablemente.

En su admirable *Magnificat* la Santísima Virgen dice:

«*Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes*» (S. Lc. 1, 53).

«A los hambrientos los llenó de bienes y a los ricos los despidió vacíos».

De este modo quieren hacer rica según el mundo a esa gente que está dispuesta a recibir la verdad de Nuestro Señor y privarla de lo que le da la vida feliz, pues de la riqueza no viene una vida verdaderamente feliz.

Cuando se les enseñaba el Evangelio y la fe, se podía ver como esos pueblos se hacían cristianos y se transformaban. Casi se podía leer en sus rostros quiénes eran cristianos y quiénes no. Los cristianos tenían un rostro apacible y radiante de paz, mientras que los demás solían tener temor y miedo, una especie de terror continuo a los espíritus que los rodeaban, siempre listos a hacer el mal, con un rostro que no reflejaba felicidad. El cristiano que se libera de las creencias paganas y que pone su esperanza en Dios tiene un rostro apacible, alegre y está en paz.

Con estas evocaciones sólo deseo oponerme a esos falsos principios de los que pretenden que no se debe dar a Nuestro Señor Jesucristo a los que lo buscan, tienen necesidad de El y lo esperan.

La caridad no consiste en decir: tenemos que darles a estos pobres un nivel de vida más humano y después les predicaremos el Evangelio. La verdadera caridad consiste en darles en seguida lo esencial, es decir, el fundamento de su alegría, de su felicidad y de su transformación interior.

Es falso pretender que predicar el Evangelio es sencillamente incitar a esa gente a que soporte las injurias y las pruebas sin darles la alegría ni procurar disminuir las injusticias.

Las injusticias van a desaparecer con la predicación de Nuestro Señor Jesucristo. La gente procurará practicar la caridad y dar a cada quien lo que le debe en la medida en que crea en Nuestro Señor y se sujete a El y, por consiguiente, a sus leyes de caridad.

Así, inmediatamente, se restablecerán las relaciones humanas y la justicia. Es el único medio, y no hay más, ya que Nuestro Señor es la fuente de todos los bienes. La justicia no se restablecerá por medio de la lucha de clases sino por la predicación del reino de Nuestro Señor Jesucristo. No existe mejor medio para favorecer a las almas y conducir las a su salvación.

No hay ninguna fuente de bien social, de bien cívico ni de bien familiar mejor que Nuestro Señor Jesucristo. Los buenos cristianos fundan buenas familias cristianas que saben soportar sus pruebas y soportarse mutuamente. Al conservar la familia cristiana, obedecen a la ley de Dios.

Hoy en día se buscan métodos y medios para mejorar el nivel de vida y eso es lo único que cuenta pero, finalmente, nos damos cuenta de que las injusticias continúan siendo más o menos grandes porque se rechaza la ley de Nuestro Señor Jesucristo. Entonces estallan los grandes escándalos financieros o contra la justicia, porque la gente ha perdido las nociones de la caridad y de la justicia.

No escuchemos a esos profetas malvados que quieren impedirnos hablar de Nuestro Señor y obligarnos a emplear otros medios para agradar a los hombres y salvarlos. Todo eso es falso.

Inspirándose en la epístola de san Pablo a los Filipenses (3, 7-8), san Luis María Grignon de Montfort expresa su elección:

«Veo y experimento ahora que esta ciencia es tan excelente, tan deliciosa, tan provechosa y tan admirable, que ya ningún caso hago de todas las demás que en otro tiempo tanto me habían gustado, pero que hoy me parecen tan vacías y tan ridículas, que entretenerse en ellas es perder el tiempo».

Comentando de nuevo a san Pablo cuando se dirigía a los Colosenses (2, 4-8), san Luis María Grignon de Montfort prosigue:

«Os digo que Cristo es el abismo de toda ciencia, a fin de que no os dejéis engañar por los agradables y magníficos discursos de los oradores ni por los engañosos sofismas de los filósofos, a fin de que todos crezcamos en la gracia y conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, la Sabiduría encarnada».

En este libro *La Sabiduría eterna*, hablando precisamente del Verbo encarnado que es la Sabiduría eterna, nos dice cómo podemos llegar a ella, cómo conocerla y cómo imitarla. El camino más corto para llegar a ella es la Santísima Virgen, que es el camino que nos conduce a la perfección. Tal es la espiritualidad de san Luis María Grignon de Montfort. Su primera devoción se dirigía precisamente a la Sabiduría eterna, a Nuestro Señor Jesucristo, como nos lo dice también:

«Cristo es nuestra doctrina, a El sólo estudiamos. Cristo es nuestro Maestro de quien aprendemos. Cristo es nuestra escuela, es en El en quien aprendemos. Porque Cristo es el mensajero, porque El es el mensajero único, la luz de todas las cosas, la clave de todos los problemas humanos. El mundo tiene que volver a conocer a Quien le debe todo. Es preciso decirlo y volverlo a decir, a Nuestro Señor Jesucristo, sin cansarse nunca. Si lo conoce en su doctrina y en sus obras, volverá a ver en El al Señor y al Maestro que los falsos maestros del pensamiento y los pastores indignos le han hecho olvidar. Con esta ayuda para subir hacia las fuentes del bien, volverá a encontrar el Camino, la Verdad y la Vida».

CAPITULO VII: LA LITURGIA, JESUCRISTO COMUNICADO

Después de haber examinado las profesiones de fe, la actitud de los enemigos de la Iglesia contra Nuestro Señor y las manifestaciones de su divinidad, veamos cuál es el lugar que ocupa Nuestro Señor en la liturgia y en la vida de la Iglesia.

En la liturgia se expresa de una manera perfecta lo que la Iglesia piensa de Nuestro Señor Jesucristo y lo que nos pide que consideremos en su persona. Sería un error considerar la liturgia sólo como una hermosa página de historia que se nos cuenta a lo largo del año. Considerar la liturgia únicamente bajo este aspecto, sería comprenderla muy mal.

La liturgia no sólo es el recuerdo de los acontecimientos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, de sus acciones y de todo lo que nos enseñó, sino que, antes que nada, es una vida. Por la liturgia, Nuestro Señor nos comunica no sólo la fe sino también la santificación, nos comunica su gracia, su gracia santificante.

Para la Iglesia, es evidente que el punto central de esta acción saludable que nos comunica la gracia es el santo Sacrificio de la Misa. Para que participemos mejor al santo Sacrificio de la Misa, la Iglesia ha querido colocarlo en medio de un conjunto de fiestas y de recuerdos de la vida de Nuestro Señor y de la vida de los santos. Cada acontecimiento de la vida de Nuestro Señor nos da una gracia particular. Desgraciadamente, ya no podemos comprender solos la profundidad y la grandeza del misterio de Nuestro Señor y por eso la Iglesia lo pone a nuestro alcance de manera muy materna. Nos distribuye las gracias a lo largo de todo el año por medio de las fiestas de Nuestro Señor y particularmente con los dos grandes ciclos del año litúrgico: el ciclo de Navidad y el ciclo pascual.

Nos comenta el Padre Pius Parsch en su *Guía del año litúrgico*:

«¿Qué debemos esperar del año litúrgico?»

La vida divina, la vida en abundancia.

La vida divina, cuyo germen puso el bautismo en nuestra alma, debe desarrollarse durante este año eclesial y tender a su perfección por medio de la oración litúrgica.

La liturgia se parece a un anillo precioso cuyo diamante es la Eucaristía y el Sacrificio eucarístico y cuyo engaste lo componen las fiestas y los tiempos eclesiásticos.

El viaje a través del año eclesiástico se parece a una excursión a la montaña. Tenemos que subir a dos cimas: la primera cumbre es la montaña de Navidad y la otra y principal, es la de Pascua. En ambos casos hay una subida, el tiempo de la preparación, Adviento para Navidad y Cuaresma para Pascua, y un camino en las alturas, de una cumbre a otra, desde Navidad a la Epifanía y de Pascua hasta Pentecostés».

Esta imagen que nos da el Padre Parsch nos ayuda a comprender mejor lo que es el año litúrgico.

«Por eso tenemos que recorrer dos ciclos de fiestas; en ambos, las consideraciones particulares tienen, en su conjunto, por objeto el reino de Dios en el alma y en la Iglesia. Dos veces al año buscamos el reino de Dios, lo hallamos y lo edificamos. La Iglesia nos enseña en este año eclesiástico. Es una escuela de fe.

Durante el año litúrgico, se nos van presentando y recordando las verdades de la fe. El año litúrgico es una educación celosa: no sólo quiere comunicarnos las verdades de la fe sino que nos quiere hacer mejores y educarnos para el Cielo. A través de todos los días del año litúrgico se nos dirige el mismo llamamiento al corazón: “dejad el hombre viejo y revestíos del hombre nuevo”».

Eso también nos lo recuerda Dom Gaspar Lefebvre.

Hay que reconocer que, desde principios de siglo, ha tenido lugar un esfuerzo considerable para que los fieles comprendan mejor la liturgia y ellos se han interesado mucho.

El Año litúrgico de Dom Guéranger, por ejemplo, tuvo un éxito extraordinario. En otro tiempo, solían verse personas que asistían a la santa Misa con el libro del año litúrgico o que por lo menos lo tenían en su biblioteca y tenían la costumbre de prepararse a la Misa leyendo esos libros.

Si queremos realmente penetrar en el misterio de Nuestro Señor, conocerlo verdaderamente, amarlo como tenemos que hacerlo, unirnos a El y recibir sus gracias, es del todo necesario que conozcamos la liturgia, la estudiemos y la apreciemos. Es, desde luego, un gran medio de santificación.

«El culto público, los ritos, sacramentos, oraciones oficiales y los días y fiestas del año litúrgico son medios de los que ella se sirve para unirnos a Cristo y transformar nuestras almas a imagen de la suya.

Cada año, del Adviento a Pentecostés, nos hace celebrar los principales acontecimientos de la vida del Salvador, no como un simple recuerdo...»

Es lo que dicen los protestantes. Para ellos la liturgia (si puede aún llamarse así la liturgia protestante) es sólo un recuerdo, una historia que trata de Nuestro Señor pero que no tiene este sentido vital, que no es fuente de vida y de santificación, capital para todos los católicos. Nuestro Señor ha querido que su vida, la vida de la gracia, pase a través de sus sacramentos y de su liturgia.

«...para renovarnos por la aplicación de gracias particulares que nos da en cada celebración. La comunicación tan viva de los misterios de Cristo impregna nuestras almas de una vida cristiana auténtica, íntimamente vinculada a la de la Iglesia. La Iglesia misma nos inculca el sentido y el espíritu de estas celebraciones litúrgicas. Basta con dejarse guiar por ella para penetrar en el corazón del misterio cristiano y sacar pleno provecho de su eficacia sobrenatural».

Dom Marmion dice lo mismo de una manera admirable:

«La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, que es el Espíritu del mismo Jesucristo, descubre ante la vista de todos sus hijos, desde Navidad a la Ascensión, el ciclo completo de los misterios de Jesucristo, unas veces resumiéndolos y proponiéndoles otras en perfecto orden cronológico, como ocurre en Semana Santa y en el Tiempo Pascual. Y así es como hace revivir ante nosotros, no de una manera cualquiera, sino de modo animado y dramático, todos y cada uno de los misterios de su divino Esposo; merced a Ella, podemos recorrer las diversas etapas de su vida mortal y gloriosa. Y si no abandonamos a guía tan buena, infaliblemente llegaremos a conocer los misterios de Jesucristo, y lo que es más, penetraremos en los sentimientos de su divino Corazón»¹⁶.

Los misterios de Cristo, dice Dom Marmion, no son sólo cuadros para mirar o modelos para imitar, sino también fuentes de gracias, de modo que hay una gracia para cada misterio de Nuestro Señor en la

¹⁶ *Jesucristo en sus misterios* (Cómo nos asimilamos el fruto de los misterios de Jesucristo), E.L.E., Barcelona 1959, pág. 40.

liturgia: renacimiento espiritual (Navidad), muerte al pecado (Pasión), libertad del alma, vida para Dios (Pascua) y vida en el cielo por la fe (Ascensión).

«Siguiendo, de este modo, a Jesucristo en todos sus misterios, y uniéndonos a El, vamos teniendo parte lentamente, pero de un modo seguro y cada vez en mayor escala, y con una intensidad más profunda, en su vida divina. San Agustín expresa esta bella idea: “Lo que un día se realizó en Cristo, se va renovando espiritualmente en nuestras almas por la reiterada celebración de sus misterios”: “*Quod semel factum est in rebus veritas indicat, hoc saepius celebrandum in cordibus piis solemnitas renovat*” (Sermo 220, in vigil. Paschae II)»¹⁷.

CAPITULO VIII: PER DOMINUM NOSTRUM JESUM CHRISTUM

La Iglesia ha compuesto, además de la parte común de la Misa, la parte propia, que siempre contiene una lección particular de la fiesta del día. Estas oraciones, muy cortas pero muy hermosas, nos ofrecen cada vez un verdadero tema de meditación. Es sorprendente darse cuenta de la profundidad con la que la Iglesia ha pensado en estas oraciones, poniendo a nuestra disposición cada día una verdad de la fe.

La riqueza de la liturgia es maravillosa, ya sea en los Intrositos o los Graduales: ¡cuántas cosas profundas y conmovedoras encontramos: los llamamientos a la misericordia, a la bondad de Dios y a su alabanza!

En todas estas oraciones podemos hallar siempre los cuatro fines del santo Sacrificio de la Misa.

El primer fin, denominado latréutico, es el culto de latría, el culto de adoración y alabanza.

El segundo, el fin eucarístico, que es la acción de gracias, el agradecimiento por todas las gracias con las que Dios nos gratifica.

Luego, el fin propiciatorio o expiatorio que, desde el punto de vista católico, es esencial. Este es precisamente el que niegan los protestantes. No aceptan que el Sacrificio de la Misa sea un sacrificio expiatorio. En último término aceptan que sea un sacrificio eucarístico. No niegan la fórmula, pero niegan absolutamente el carácter de “sacrificio expiatorio”. Pretenden que todo se cumplió en el momento del Calvario y que ya no queda nada por hacer. No hay una aplicación individual, a menos que se trate del sentimiento interior de confianza en Dios.

La fe protestante no es para nada la fe católica. Es un sentimiento natural de confianza en Dios. No es para nada la adhesión de la inteligencia a las verdades reveladas a causa de la autoridad de Dios que revela, aunque esta es la definición de la fe católica: la sumisión de nuestra inteligencia a las verdades objetivas que nos da la revelación divina. Para los protestantes, sólo es un sentimiento de confianza en Nuestro Señor; no hay que preocuparse de la salvación, que viene por sí sola, y por esto rechazan el fin propiciatorio.

En la nueva misa, se han borrado todos los textos cuya finalidad era afirmar con gran claridad y precisión el fin propiciatorio del Sacrificio de la Misa, y sólo quedan una o dos alusiones.

Finalmente, en cuarto lugar, el fin impetratorio, que es el fin de petición, es decir, la expresión de las diferentes súplicas que le hacemos a Dios, para nuestro bien espiritual, el de nuestro prójimo o incluso gracias temporales que necesitamos.

Para los católicos estos cuatro fines del Sacrificio de la Misa son esenciales: latréutico, eucarístico, propiciatorio e impetratorio, y nos damos cuenta de que podemos reducir todos los textos de la liturgia a uno u otro de estos fines: todos los textos. Unas veces predomina la adoración, otras veces la acción de gracias, a veces se exponen nuestras miserias y pecados o se recurre a la misericordia de Dios y finalmente, las súplicas por los bienes que necesitamos.

Todo esto la Iglesia lo hace con tal arte y con tal cuidado materno para despertar en nuestros corazones sentimientos hacia Nuestro Señor, que la liturgia es una verdadera maravilla.

Ya hemos visto el esmero de Dom Guéranger en proteger, con todo lo que hizo, esta fuente extraordinaria de gracias que es la liturgia, fuente fundamental de la vida de la Iglesia¹⁸. Con todas las

¹⁷ Op. Cit. pág. 44.

¹⁸ «Fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano» dijo San Pío X en su *Motu proprio* del 23 de noviembre de 1903.

desviaciones que, por desgracia, ahora se han difundido en todas partes, los fieles ya no reciben las gracias a las que tienen derecho y necesidad.

En toda la liturgia, la conclusión de las oraciones es siempre ésta ¹⁹: «*Por Nuestro Señor Jesucristo*», «*Con Nuestro Señor Jesucristo*», «*En Nuestro Señor Jesucristo*»...

La Iglesia procura evitar darnos una religión puramente teísta, en la que no intervenga Nuestro Señor. Para Ella, Nuestro Señor es Todo. Es su Esposo místico y la Iglesia no lo olvida sino que siempre ora *per Christum Dominum nostrum*, «por Nuestro Señor Jesucristo». Le es impensable pedir algo sin pasar por Nuestro Señor Jesucristo.

En el nuevo canon de la misa, ¿se ha suprimido *per Christum Dominum nostrum*? ¿Cómo puede ser eso? Nos podemos preguntar: ¿con qué aberración o con qué malicia han podido los reformadores borrar estas palabras al final de las oraciones del Canon? La Iglesia, al contrario, quiere insistir: todas las gracias nos vienen por Nuestro Señor. El es realmente el mediador y no hay más. Estamos obligados a pasar por El, sea para recibir o para dar, si es que podemos dar algo, a Dios: dar nuestras alabanzas, dar nuestra oblación y nuestras acciones de gracias a Dios, sólo por Nuestro Señor Jesucristo. Así es como se ahonda nuestra fe, por medio de la insistencia que la Iglesia le da sin cesar a la mediación de Nuestro Señor Jesucristo. El es el único Salvador. El es nuestra salvación. Esta es una verdad de fe capital y esencial.

Si pudiéramos de lado a Nuestro Señor Jesucristo, nuestra vida no tendría ningún sentido. No se trata sólo de nuestra vida personal espiritual e interior, sino de nuestra vida entera, profesional y familiar, y de la vida misma de la sociedad. La vida de los hombres no tiene sentido si quitamos a Nuestro Señor Jesucristo. La liturgia, precisamente, nos acostumbra a pedirlo todo por Nuestro Señor Jesucristo, incluso los beneficios que necesitamos para la sociedad.

Después de haber examinado la importancia que Nuestro Señor Jesucristo debe tener en nuestra vida y después de las afirmaciones de la Iglesia sobre su divinidad, la liturgia nos muestra a Nuestro Señor como el centro, el objeto y el fin de nuestras plegarias.

En otro tiempo, en Roma realmente se podía sentir esta convicción. Roma era realmente una escuela de fe, como la liturgia es también una escuela de fe. Hace unos cincuenta años, esta ciudad respiraba la fe en Nuestro Señor. En la basílica de san Pedro, en la que tuve la alegría de asistir a la canonización de santa Teresita del Niño Jesús y a la del santo Cura de Ars, se tenía la impresión de no estar en la tierra. Todo respiraba fe en Nuestro Señor, y fe en Dios y en la Santísima Trinidad. Era realmente la Iglesia viva que cantaba las alabanzas de Dios, exaltando a Nuestro Señor Jesucristo en sus santos. Si alguien permanecía en Roma y no aumentaba la vivacidad, la firmeza y el fervor de su fe no habría comprendido nada a la ciudad de Roma en que estaba.

Ahora, desgraciadamente, eso ha cambiado mucho, y los problemas diplomáticos y los problemas humanos han tomado una importancia mayor que los problemas de fe. Es un perjuicio inmenso para la Iglesia y para los fieles, pero finalmente la Iglesia continúa viviendo bajo ese aspecto, aunque por desgracia, demasiado humano. No ha muerto ni puede morir. El verdadero rostro de la Iglesia permanece en la Roma que conserva la fe, aunque no sea tan visible como en otro tiempo. En Roma, la Iglesia puede estar en verdaderas catacumbas, pero la Iglesia, por supuesto, no es sólo Roma sino todos los que permanecen unidos a Nuestro Señor, que le sirven, viven de El y pertenecen al Cuerpo místico de Nuestro Señor Jesucristo.

Nuestro Señor es una verdadera realidad: vive, tiene que vivir, tiene que reinar, tenemos que estar a su servicio para que venga su reino, y para esto es indispensable tener una fe profunda en Nuestro Señor, y sobre todo en su divinidad.

CAPITULO IX: UNO DE LA SANTISIMA TRINIDAD

Para comprender mejor que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, entremos, en cierto modo, en su intimidad y ahí, necesariamente, encontramos la Santísima Trinidad. Nuestro Señor tenía la visión beatífica en su inteligencia humana y por consiguiente vivía de la gloria de la Santísima Trinidad y, siendo Dios mismo, Hijo de Dios, con mayor razón, vivía en su naturaleza divina de la vida de la Santísima Trinidad.

¹⁹ Salvo en el Adviento, en que la Iglesia espera a su Mediador, y en algunas otras ocasiones.

La vida íntima de la Santísima Trinidad es el primero de nuestros dogmas, el dogma de base y esencial de nuestra fe. Es imposible ser católico y cristiano si no se tiene fe en Nuestro Señor y, por consiguiente, en la Santísima Trinidad. ¿Quién es Nuestro Señor sino una de las Personas de la Santísima Trinidad? No podemos tener fe sólo en Nuestro Señor sin tenerla en la Santísima Trinidad y por eso mismo, no creer en la Santísima Trinidad es no creer en Nuestro Señor.

Todo esto está íntimamente relacionado. Se trata, evidentemente, de un misterio incomprensible para nosotros, pero que sin embargo, podemos procurar entender un poco, en la medida en que Nuestro Señor mismo nos lo ha revelado, no por la razón sino por la fe.

El catecismo del concilio de Trento es un pequeño resumen que nos da, en la medida de lo posible, una vista general de lo que la fe nos enseña sobre el tema.

Creemos que Nuestro Señor es verdaderamente el Hijo de Dios y que es una de las Personas de la Santísima Trinidad, unida consustancialmente al Padre y al Espíritu Santo y que, por lo tanto, posee los atributos de Dios y todos los privilegios de Dios, siendo Dios, lo cual le da a Nuestro Señor Jesucristo su verdadera dimensión.

No veamos sólo a Nuestro Señor Jesucristo en su humanidad. Resulta más fácil, desde luego, imaginarse a Nuestro Señor Jesucristo hombre, tal como era: niño en Belén y en Nazaret, luego predicando en Palestina y Nuestro Señor en la Cruz. Podemos y tenemos que representárnoslo así.

Santo Tomás de Aquino dice que nuestra oración no puede alejarnos de Nuestro Señor Jesucristo si lo consideramos en su humanidad, porque la humanidad de Nuestro Señor nos conduce necesariamente a su divinidad.

Aunque tenemos que purificar nuestro espíritu de imágenes del mundo, porque podrían distraernos de nuestra oración, la humanidad de Nuestro Señor, al contrario, no nos puede distraer, puesto que está unida íntimamente a su divinidad.

Pero tenemos que pensar siempre que esta humanidad encierra la divinidad y que es un milagro que Nuestro Señor Jesucristo no apareciese siempre radiante como en el Tabor en el momento de la Transfiguración. Normalmente, tendría que haber estado radiante y tener un cuerpo glorioso, puesto que poseía la visión beatífica. Pero para morir por nosotros en la Cruz y para sufrir por nosotros, Nuestro Señor quiso asumir nuestra condición de hombre igual que la nuestra: capaz de sufrir y de morir²⁰.

Hablando del Símbolo de los Apóstoles, el catecismo del Concilio de Trento dice:

«Este mismo nombre del Padre nos indica que en una sola esencia de la divinidad se debe creer no una sola persona sino distintas.

Tres son las personas en la divinidad: la del Padre, que de ninguno procede, la del Hijo, que ante todos los siglos es engendrado por el Padre, y la del Espíritu Santo, que igualmente procede desde la eternidad del Padre y del Hijo. Es el Padre, en una misma esencia de la divinidad, la primera persona, quien con su Hijo unigénito y el Espíritu Santo es un solo Dios y un Señor, no en la singularidad de una persona sino en la Trinidad de una sustancia»^{20 bis}.

Por eso realmente podemos decir que no tenemos más que un solo Dios: Nuestro Señor Jesucristo, puesto que Nuestro Señor es Dios Hijo y Dios Hijo no se está nunca separado de Dios Padre ni de Dios Espíritu Santo, con quienes no forma más que un solo Dios. Lo que creemos de Dios, lo proclamamos de Nuestro Señor Jesucristo: *Tu solus sanctus, tu solus Dominus, tu solus Altissimus, Jesu Christe.*

Tú eres nuestro único Señor, que es lo que dice también san Pablo en su epístola a los Efesios (4, 5):

«*Unus Dominus, una fides, unum baptisma*»: Un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo.

No tenemos dos o tres señores, porque tenemos un solo Señor; no tenemos dos o tres dioses porque tenemos un solo Dios: Nuestro Señor Jesucristo, es decir, Dios Hijo con el Padre y el Espíritu Santo. Es un misterio: el misterio de Nuestro Señor Jesucristo.

²⁰ «El Salvador impidió libremente la irradiación de la luz de la gloria sobre la razón inferior y las facultades sensibles; no quería que esta luz y alegría que deriva de ella menguasen en algo por su irradiación el dolor físico y moral que tenía que soportar por nuestra salvación» (R. P. Garrigou-Lagrange, *El Salvador y su amor por nosotros*).

^{20 bis} *Catecismo Romano*, Parte I, capítulo II, XII (R. P. Alfonso Gubianas, E.L.E., Barcelona 1926).

Pero al mismo tiempo esta es una fuente de consuelo, porque cuando recibimos a Nuestro Señor Jesucristo en la sagrada comunión, tenemos que saber que recibimos a Dios y, por consiguiente, a las tres Personas, ya que Nuestro Señor no puede separarse de las otras dos Personas: es el Hijo de Dios consubstancial y esencialmente unido a las otras dos. Es inseparable de las otras Personas.

El catecismo del concilio de Trento precisa:

«Pero estas tres divinas personas, siendo ilícito pensar alguna semejanza o desigualdad entre ellas, sólo se entienden distintas por sus propiedades; porque el Padre no es engendrado, el Hijo engendrado por el Padre y el Espíritu Santo procede de ambos. Y así, de tal manera confesamos una misma esencia y una misma substancia en todas tres personas, que en la confesión de la verdadera y eterna Deidad, creemos deber ser adorada piadosa y santamente la propiedad en las Personas, la unidad en la esencia y la igualdad en la Trinidad.

Cuando decimos que el Padre es la primera persona, no ha de entenderse esto de tal suerte que creamos exista en la Trinidad alguna cosa primera o postrera, mayor o menor. ¡No permita Dios tal impiedad en las almas de los fieles, cuando enseña la religión cristiana una misma eternidad y una misma majestad de gloria en las tres personas! Mas, por eso afirmamos verdaderamente y sin ninguna duda, que el Padre es la primera persona...» (*ibid.*).

Evidentemente, cuando decimos primera Persona, en seguida se nos viene a la mente la impresión de que el Padre ha existido primero y luego el Hijo y el Espíritu Santo. Y nunca ha existido, ni siguiera por una milésima de segundo, un momento en el que el Padre hubiese existido sin el Hijo y el Espíritu Santo, sino que han existido siempre consubstancialmente. Es Dios y es eterno, *El es*.

Es lo que Nuestro Señor mismo respondió a los judíos que le decían: «¿No tienes todavía cincuenta años y dices que has visto a Abraham?», «Antes que Abraham naciese, Yo soy» (San Juan 8, 58). Hablando de esta manera de Sí mismo, Nuestro Señor Jesucristo afirmó su eternidad.

Pero es cierto que Nuestro Señor nació en Belén y por eso mismo, tuvo un principio. Sin embargo, como persona, Nuestro Señor, que es la Persona divina, es eterno, ha existido siempre. Como hombre, tomó un cuerpo y empezó en el tiempo. En eso mismo vemos otro misterio.

La Encarnación, ¿añadió algo a Nuestro Señor, al Verbo, y por consiguiente, a Dios, puesto que el Verbo es Dios? Desde luego que no. Es algo que nos parece incomprensible y sin embargo, es verdad, porque a Dios no se le puede añadir nada, evidentemente. Nos hallamos en presencia de unos misterios que nos sobrepasan pero que no dejan de ser una realidad.

Los misterios, sin embargo, corresponden a una necesidad. Tiene que haber misterios. De hecho, sería anormal que no hubiese misterios para nosotros, pues eso significaría que no tendríamos que aprender nada de Dios y que nuestra pobre ciencia sería igual a la de Dios, cosa totalmente imposible ya que la ciencia de Dios, como Dios mismo, es infinita, mientras que la nuestra es limitada ²¹.

CAPITULO X: EL VERBO, EN EL SENO DE LA CARIDAD DEL PADRE

Continuemos nuestro estudio sobre Nuestro Señor Jesucristo en su divinidad, es decir, en sus relaciones con la Santísima Trinidad.

Primero tenemos que intentar comprender mejor lo es para nosotros Nuestro Señor y su obra y, al mismo tiempo, su grandeza y sublimidad, para unirnos más con El, seguirlo, abandonarnos en El y para que nuestra vida sea realmente una vida cristiana, una vida como a menudo la pedía El mismo en el Evangelio.

Que viva en nosotros y que nosotros vivamos en El ²². Si queremos apreciar lo que es Nuestro Señor, tenemos que considerar todos los aspectos bajo los cuales se nos ha presentado y en particular, en primer lugar, en la Santísima Trinidad.

¿Cómo puede ayudarnos el Evangelio a comprender mejor lo que Nuestro Señor es en la Santísima Trinidad?

²¹ Pero también porque la vida íntima de Dios, la vida trinitaria, como la Encarnación de Dios Hijo, constituyen una realidad propiamente sobrenatural, como lo enseña el concilio Vaticano I en su constitución dogmática *Dei Filius* sobre la revelación. Este orden sobrenatural, el de los misterios sobrenaturales, sobrepasa la capacidad y las exigencias de toda naturaleza creada.

²² Cf. S. Juan 6, 57-58 y San Pablo: «*Para mí vivir es Cristo*» (Filip. 1, 21, y también Gal. 2, 20).

Uno de los fragmentos más significativos se halla en la primera epístola de san Juan, cuando nos habla de la caridad (I Juan 4, 12-15):

«A Dios nunca le vio nadie; si nosotros nos amamos mutuamente, Dios permanece en nosotros su amor en nosotros es perfecto. Conocemos que permanecemos en El y El en nosotros en que nos dio su Espíritu. Y hemos visto y damos de ello testimonio, que el Padre envió a su Hijo por Salvador del mundo. Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios».

En pocas frases, el apóstol que Jesús amaba precisa muy claramente cuál es el lugar de Nuestro Señor en la Santísima Trinidad y también en relación con nosotros. Por la simple confesión de la divinidad de Nuestro Señor, si se hace con una fe verdadera, Dios mora en nosotros y nosotros en Dios.

«Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene: *et nos credidimus caritati*. Dios es amor, y el que vive en amor, permanece en Dios y Dios en él» (I Juan 4, 16).

Deus caritas est. Conviene meditar este pasaje de la epístola de san Juan preguntándole a santo Tomás de Aquino qué es la caridad.

Santo Tomás define la cualidad particular de la caridad con estas palabras: *bonum est diffusivum sui*²³. Así como el bien tiende a difundirse y a comunicarse, la caridad sale, en cierto modo, de sí misma, de la persona, de sí. La caridad se da. Sería contrario a la caridad que se retuviese, puesto que es exactamente lo contrario del egoísmo. Tiende a dar lo que tiene y lo que es. Si esto es precisamente la caridad y Dios es caridad, comprendemos mejor, en cierta medida, que Dios haya engendrado al Hijo y que del Padre y del Hijo proceda el Espíritu Santo.

Puesto que Dios es caridad, es casi imposible que no se dé²⁴. Al darse, lo hace de tal manera que Dios Padre no retiene nada de sí mismo y el Hijo engendrado desde toda la eternidad es igual a El mismo, al Padre. No podemos tildar al Padre de egoísmo o de darse sólo parcialmente, no. El Padre se da de tal modo a su Hijo que desde toda la eternidad engendra un Hijo igual a sí mismo, sin ninguna diferencia y sin ninguna desigualdad. La única distinción es precisamente que el Hijo proviene, procede del Padre, pero como el Padre le da todo desde toda la eternidad, el Hijo es exactamente igual al Padre.

Evidentemente, es un misterio, pero la Escritura misma nos invita a estudiar la caridad en Dios ya que define a Dios como caridad y que lo propio de esta virtud precisamente es darse.

Dios es caridad, el Hijo es Dios y así hay caridad en El y no sería normal que no procediese nada de El, que El mismo no se dé. El Padre es caridad y si del Hijo no procediese ninguna otra Persona de la Trinidad, podríamos decir: sí, el Padre es caridad, pero el Hijo no, no es realmente caridad, a pesar de lo que dice el Evangelio.

Puesto que Dios es caridad, también el Hijo es caridad. Y del Hijo, precisamente, procede otra persona, la que representa al amor del Padre y del Hijo entre sí: la tercera Persona que es el Espíritu Santo. Realmente es el ejemplo más perfecto de la caridad entre el Padre y el Hijo. Y esta tercera Persona, que es el Espíritu Santo y que procede de las otras dos, es igual al Padre y al Hijo.

Esta es, en el interior de la Santísima Trinidad, la expresión más perfecta que se pueda imaginar de una caridad²⁵. Esta caridad trinitaria está admirablemente expresada en la liturgia de la fiesta de la Santísima Trinidad: «*Caritas Pater est, gratia Filius, communicatio Spiritus Sanctus, o beata Trinitas*»²⁶. Leamos los profundos acentos de Dom Guéranger comentando este texto:

«¡Oh complacencia del Padre en el Hijo, por quien tiene conciencia de Sí mismo; complacencia de amor íntimo que proclama a nuestros oídos mortales en la ribera del Jordán y en la cumbre del Tabor! (Cf. *San Luc. 3, 22; San Mat. 17, 5*).

»(...) ¡Oh Hijo de Dios, eres el Verbo del Padre! Palabra increada, eres tan íntimo con El como su pensamiento, y su pensamiento es su ser. En Ti este ser se expresa todo entero en su infinitud, en Ti se conoce. (...) Tú eres el esplendor de la gloria del Padre, la forma de su substancia (*Heb. 1, 3*).

²³ Cf. Dionisio, *De divinis nominibus*, cap. 4, §1, citado por santo Tomás, I^a, cuest. 5, art. 4.

²⁴ Las Procesiones en la Santísima Trinidad son absolutamente necesarias, pero sin la revelación, del hecho de que Dios es caridad no podríamos deducir que se realice en una Trinidad de Personas.

²⁵ La trinidad de las Personas divinas, que proceden unas de otras, el Hijo del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, corresponde a la naturaleza de la caridad, pero sin la revelación no podríamos conocer ni la existencia de estas procesiones ni estas Personas divinas, realización inefable de la vida íntima de Dios.

²⁶ Séptima antífona de Maitines de la fiesta de la Santísima Trinidad.

Eres el resplandor de la luz eterna, el espejo sin imperfección de la majestad de Dios, el reflejo de su eterna bondad (*Sab. 7, 26*).

»(...) ¡Gloria a Ti, oh Espíritu Santo, que emanas por siempre del Padre y del Hijo en la unidad de la substancia divina! El acto eterno por el que el Padre se conoce a sí mismo, produce al Hijo, que es la imagen infinita del Padre, y este Padre se complace amorosamente en este esplendor salido de El antes de todos los siglos. El Hijo, al contemplar el principio de que emana eternamente, concibe para con ese principio un amor igual a aquel del que es objeto. ¡Qué lengua podrá describir este ardor, esta aspiración mutua, cual es la atracción y el movimiento de una persona hacia la otra en la inmovilidad eterna de la esencia! Tú eres este amor, oh Espíritu divino, que sales del Padre y del Hijo como de un solo principio, distinto del uno y del otro, pero formando el lazo que los une en las inefables delicias de la divinidad: Amor viviente, personal, que procede del Padre por el Hijo, último término que completa la naturaleza divina y consume eternamente la Trinidad»²⁷.

CAPITULO XI: LA MISION DEL VERBO ENVIADO POR LA CARIDAD DEL PADRE

Estas consideraciones basadas en el mismo Evangelio y en la simple noción de lo que es la caridad, nos dan a entender que toda la misión que se le da al Hijo y al Espíritu Santo es una misión de caridad. Si Dios es caridad, ¿qué puede hacer sino difundir la caridad que está en El, no sólo *ad intra*, al interior de sí mismo, sino también en la operación *ad extra*, al exterior, es decir, en toda la creación y con la creación, en la Encarnación y la Redención?

Todo lo que Dios ha dado a sus criaturas no puede ser sino expresión de la caridad. Sería incomprensible que la creación no fuese la obra de la caridad y que las criaturas, y sobre todo las criaturas espirituales que Dios ha creado, no estuviesen también en esta realidad de la caridad²⁸.

Así pues, si queremos realmente ser semejantes a la Santísima Trinidad, estar más cerca de la Santísima Trinidad, sólo seremos más semejantes a Dios en la medida en la que nosotros mismos seamos caritativos, en que seamos caridad y en que se nos pueda definir como caridad.

Es sencillo, pero es todo un programa y por esto nuestra ley fundamental y esencial es una ley de caridad. Es la ley que Dios ha inscrito en nuestros corazones y en nuestra naturaleza; es una ley de caridad que nos ha enseñado Nuestro Señor.

Todos los mandamientos se resumen en dos: amar a Dios y amar al prójimo²⁹.

Eso es la caridad. En la medida en que cumplamos con esta ley de caridad que se halla en nosotros seremos realmente una imagen de la Santísima Trinidad, que es Dios y que es caridad.

Es lo que Nuestro Señor mismo dijo en la oración sacerdotal, que es una plegaria admirable y que tendríamos que leer a menudo. Cuando estuvo solo con sus apóstoles, Nuestro Señor les manifestó su caridad antes de hacerlo de una manera más concreta por su inmolación en la Cruz. La mostró en las palabras que dirigió primero a su Padre:

«Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que Tú le diste les dé El la vida eterna» (*S. Juan 17, 1-2*).

Y al final de su oración sacerdotal, dice:

«Padre justo, si el mundo no te ha conocido, Yo te conocí y estos (*hablando de los apóstoles*) conocieron que Tú me has enviado, y Yo les di a conocer tu nombre y se lo haré conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos» (*San Juan 17, 25-26*).

«El amor con que Tú me has amado», es decir, este amor eterno que engendra al Hijo mismo, este amor del Padre que es el principio mismo del Hijo, si se puede hablar así³⁰.

«Que esté en ellos y Yo en ellos»

²⁷ Dom Guéranguer, *El Año Litúrgico*, Ed. Aldecoa (Burgos 1955), Tomo IV, págs. 37 ss.

²⁸ «Sed imitadores de Dios, como hijos amados, y caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en obediencia y sacrificio de fragancia y suave olor» (Efes. 5, 1-2).

²⁹ Cf. San Mateo 22, 40: «De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas».

³⁰ El Hijo procede del Padre por vía de inteligencia, como Verbo del Padre; pero en esta distinción eterna está implicado el Espíritu Santo, Amor mutuo del Padre y del Hijo, que procede de estas dos Personas por vía de amor.

El fin mismo de este amor que Nuestro Señor siente por nosotros es hacernos a nosotros mismos caridad. En la medida en la que guardemos sus mandamientos de amor y de caridad, estaremos en El y El estará en nosotros.

¿Qué quiere decir eso?

Nuestro Señor mismo lo explica cuando promete enviar a su Espíritu Santo, cuando dice: «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros» (San Juan 14, 18).

En cierto modo, Nuestro Señor se identifica con su Espíritu que vendrá a nosotros, su Espíritu de caridad que nos enviará.

Dada la consustancialidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Nuestro Señor siempre dice: «*El Padre y Yo vendremos a vosotros*» y luego, hablando del Espíritu Santo: «*Vendré a vosotros cuando os envíe mi Espíritu*». Luego, esta obra de caridad, que es Dios mismo, opera realmente la inhabitación de la Santísima Trinidad en nosotros. Lo único que puede hacer es darnos la caridad.

En la medida en que podemos hacernos una idea de conjunto de la Santísima Trinidad, este es el lugar de Nuestro Señor y la misión que se le dará:

«Cuando la teología católica habla de las personas divinas —dice Monseñor Gaume en su “*Tratado del Espíritu Santo*”—, entiende por misión: el destino eterno de una persona de la Trinidad para cumplir una obra en el tiempo; destino que se le da por la persona de quien procede. Desde toda la eternidad estaba decretado, que el Verbo se hiciera hombre y viniera al mundo para salvarlo: he aquí su misión. Desde toda la eternidad estaba decretado que el Espíritu Santo viniera al mundo para santificarlo: he aquí la misión del Espíritu Santo. De este modo, hay en las Personas divinas tantas misiones como procesiones. El Padre no tiene misión, porque no procede de nadie. El Hijo recibe su misión del Padre solo, porque solamente de El procede. El Espíritu Santo la recibe del Padre y del Hijo, porque procede de ambos».

Estas palabras se hallan en la Sagrada Escritura. Leamos los comentarios que hace san Agustín:

«El Hijo es enviado por el Padre, porque El apareció en carne, no el Padre. Vemos también que el Espíritu Santo ha sido enviado por el Hijo: “*Cuando yo me vaya os lo enviaré*”; y por el Padre: “*El Padre os lo enviará en mi nombre*”. Por donde claramente se ve, que ni el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre han enviado al Espíritu Santo; sino que Este ha recibido su misión del uno y del otro. Sólo del Padre no se lee en parte alguna que haya sido enviado»³¹.

«La razón es que no es engendrado ni procede de nadie»³².

Sin embargo, en la Trinidad la misión no implica ninguna inferioridad en el que la recibe con relación al que se la da.

«En el dogma católico, *continúa san Agustín*, ni el Padre es superior al Hijo ni el Hijo es inferior al Padre».

El Hijo es enviado por quien lo engendra y el Padre envía a quien le comunica el Ser.

«También es fácil comprender que este calificativo de enviado se le da al Hijo no sólo porque el Verbo se encarnó, sino para que se encarnase y cumpliera los oráculos de la Escritura con su presencia corporal. En este sentido, no sólo es enviado como hombre sino que el Verbo mismo es enviado para hacerse hombre»³³.

«Hay dos clases de misión para el Hijo y el Espíritu Santo: una visible y otra invisible. Para el Hijo, la misión visible fue la Encarnación; para el Espíritu Santo, su aparición en el Bautismo de Nuestro Señor, en el Tabor y en el día de Pentecostés. En el Hijo la misión invisible tiene lugar, todas las veces que como Sabiduría infinita y Luz sobrenatural se comunica al alma bien dispuesta, en la cual habita como en su templo. En el Espíritu Santo la misión invisible se renueva siempre que como amor infinito y caridad sobrenatural se comunica al alma bien preparada, en la cual habita como en su santuario. El objeto de estas dos misiones es asimilar el alma a la Persona divina que es enviada»...³⁴

³¹ San Agustín, *De Trinitate*, Lib. II, cap. 5, n° 8. Citado por Mons. Gaume, *Tratado del Espíritu Santo*, Granada 1877, Tomo II, págs. 71-2.

³² *Tratado del Espíritu Santo*, Granada 1877, Tomo II, pág. 72.

³³ San Agustín, *De Trinitate*, Lib. IV, cap. 20, n° 27.

³⁴ *Tratado del Espíritu Santo*, Granada 1877, Tomo II, pág. 74.

«¡Oh hombre! ¡Sí comprendieras el don de Dios! En el entendimiento divino esta misión no es transitoria, sino permanente; lo es, en efecto, en tanto que el hombre no le dé fin por el pecado mortal. Y no solamente lleva al alma las luces del Hijo y los dones del Espíritu Santo; sino que el Hijo y el Espíritu Santo vienen en persona a habitar en ella»³⁵.

CAPITULO XII: PROCESION Y MISION DEL HIJO

Un libro admirable, titulado *La Habitación del Espíritu Santo en el alma de los justos*³⁶, escrito por el Padre Froget, muestra muy bien cómo el Espíritu Santo realiza la santificación de las almas de los justos.

Lo mismo *Las enseñanzas de Jesucristo*, del Padre Bonsirven, del que cito un trozo:

«Jesucristo no habla jamás directamente de su Encarnación, pero afirma varias veces que ha sido enviado por el Padre, que ha venido o salido de Dios. De los textos deducimos las ideas siguientes: Si el Hijo ha sido enviado por el Padre, es que estaba ante El y que ha como salido para venir al mundo»³⁷.

Por su parte, san Juan escribe:

«Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a Mí; porque Yo he salido y vengo de Dios, pues Yo no he venido de mí mismo, antes es El quien me ha enviado» (*S. Juan 8, 42*).

Se precisa así claramente la Misión de Nuestro Señor, que corresponde a su generación por el Padre. El Hijo no se ha enviado a Sí mismo, sino que lo ha enviado el Padre.

Sin embargo la obra general de la Encarnación y de la Redención, aunque se le apropia al Hijo, es la obra común de Dios, es decir, que participan en ella las tres Personas. No hay ninguna obra en la que las Personas divinas sean completamente independientes, aun cuando parece que haya cierta apropiación de tal Misión.

Al relatar las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, san Juan escribía:

«Vosotros me habéis amado —*dijo Jesús a sus discípulos*— y habéis creído que yo he salido de Dios» (*S. Juan 16, 27*), *añadiendo*: «Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre» (*S. Juan 16, 28*).

Los textos a los que acabamos de referirnos indican con mucha claridad que si el Hijo ha sido enviado por el Padre es que antes estaba ante El y que ha como salido para venir al mundo.

San Juan principalmente esclarece esta misión del Verbo. Es realmente el evangelista que ha penetrado más en la intimidad de la Santísima Trinidad, siendo favorecido con luces extraordinarias.

Leamos algunos fragmentos especialmente significativos:

«Conocieron verdaderamente que Yo salí de Ti y creyeron que Tú me has enviado» (*S. Juan 17, 8*).

«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (*S. Juan 18, 37*).

«Aún estaré con vosotros un poco de tiempo y me iré al que me ha enviado» (*S. Juan 7, 33*).

«¿De Aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios?» (*S. Juan 10, 36*).

Cuando se reúnen así diferentes textos de la Escritura referentes al origen de Nuestro Señor, nos llama la atención la constancia con la que El afirma que viene del Padre, que ha sido enviado por el Padre y, por lo tanto, que vive con el Padre.

Estos textos podrían hacernos pensar que el Padre se ha separado del Hijo por la misión confiada a Nuestro Señor: que lo ha enviado y que por eso, en cierto modo, se ha separado de El.

Eso no es así y tenemos que rechazar este pensamiento, pues Nuestro Señor mismo nos da todas las precisiones por la misma voz de san Juan:

³⁵ Ibid.

³⁶ Barthélemy Froget O.P., *De l'habitation du Saint-Esprit dans les âmes des justes*, Lethielleux, 1900.

³⁷ Joseph Bonsirven S.J., *Les enseignements de Jésus-Christ*, Beauchesne, París, 1946, págs. 408-409.

«Si Yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino Yo y el Padre, que me ha enviado» (S. Juan 8, 16).

Hay tres textos, también de san Juan, que citan a Nuestro Señor y que muestran que no está solo sino que está siempre con su Padre:

«El que me envió está conmigo; no me ha dejado sólo, porque Yo hago siempre lo que es de su agrado» (S. Juan 8, 29).

Queda claro: la unión consubstancial de las tres Personas divinas hace que siempre estén juntas. No pueden separarse. Es imposible imaginar que el Espíritu Santo pueda separarse del Padre y del Hijo o que el Hijo se separe del Padre, porque hay un solo Dios, no tres.

San Juan añade:

«He aquí que llega la hora y ya es llegada, en que os dispersaréis cada uno por su lado y a Mí me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (S. Juan 16, 32).

Estas frases son muy sugestivas.

Tenemos que creer y afirmar que nuestro gozo en el cielo no será mas que la contemplación de la Santísima Trinidad, en la medida en la que podamos conocerla por la luz de la gloria que nos dará Nuestro Señor.

Gracias al desarrollo en nosotros de la gracia santificante de Nuestro Señor, participaremos, en cierta medida, a su luz de gloria que, en cierto modo, hará que podamos penetrar en el seno de la Santísima Trinidad, ver y contemplar esta caridad infinita.

Sin duda, no podremos comprender, en el sentido mismo de «comprender», es decir, agotar toda la naturaleza de Dios. Es imposible. Ni siquiera la luz de gloria podrá hacernos agotar las riquezas que hay en Dios, porque en ese caso, nosotros seríamos Dios.

Pero, como nos lo enseña la Escritura, conoceremos a Dios como se conoce El mismo. Esto no quiere decir que lo conoceremos en la medida en la que se conoce El mismo, sino de la misma manera, por medio de esta luz de gloria³⁸, pero, como es evidente, en una proporción muy pequeña.

Esto lo sabemos también por san Pablo, que nos dio como ejemplo una estrella que difiere de la otra en luminosidad y claridad: «*Stella enim a stella differt in claritate*» (I Cor. 15, 41). Lo mismo sucede con los elegidos del cielo, que difieren unos de otros por la abundancia de esta luz de gloria y por el conocimiento de Dios³⁹.

CAPITULO XIII: MISIONES DE AMOR DIVINO

La creación nos parece un mundo casi infinito, pero no cambia nada en Dios ni le añade nada a Dios, que puede crear otros mundos en una medida infinita. Es imposible que nos hagamos una idea de lo que realmente es Dios, pero lo que es extraordinario es que la revelación nos permita conocer que en Dios hay tres Personas.

Dios es único como Dios pero no como Persona. Hay tres Personas en Dios.

Dios ama a alguien en la plena medida en que puede amarla y esa persona es digna de amor. Por eso, se ama a Sí mismo mucho más de lo que nos puede amar a nosotros, que somos seres limitados. Al amarse, Dios engendra una Persona semejante a El. Es realmente extraordinario. Son las procesiones en Dios.

Comprendemos mejor por qué toda la creación es, al igual que las procesiones, un efecto del amor de Dios y que la misión de Nuestro Señor y la del Espíritu Santo también son efectos del amor de Dios por nosotros.

El primer efecto del amor divino fuera de Dios, la primera misión de amor, en cierto modo, ha sido la creación. Todo ha sido creado particularmente por Nuestro Señor, por el Verbo, aunque también por el Espíritu Santo⁴⁰. Esta es la misión de caridad por la que Dios ha creado el mundo. Por eso mismo, al haber sido creados, hemos sido enviados y hemos recibido una misión. Esta misión es, ni más ni

³⁸ Participación de la ciencia divina.

³⁹ Donde hay más y menos no hay plenitud, sino sólo una mayor o menor participación a la plenitud.

⁴⁰ «El Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas» (Gen. 1, 2). «Enviaste tu Espíritu y todo fue creado» (Judit 16, 17).

menos, una parte de la misión del Verbo, infinitamente pequeña, por supuesto ⁴¹, pues somos tan poca cosa en relación con el Verbo.

Pero conscientes de que tenemos un alma, tenemos que cumplir una misión consciente, una misión de caridad. El mismo movimiento de caridad envía a Nuestro Señor y a las criaturas; las criaturas materiales de modo inconsciente y a las espirituales de modo consciente. Somos conscientes del amor que medio de Dios reside en nosotros y conforme al cual tenemos que vivir ⁴². Todos tenemos una misión en la tierra. ¡Ojalá todos los hombres pudiesen comprender que tienen una misión!

Tenemos que admirarnos al pensar que Dios nos ha creado como almas inteligentes, voluntarias y conscientes de la misión que debemos cumplir en la tierra. Incluso si se trata de una misión muy pequeña, que parece insignificante ante los ojos de los hombres, es una misión que ha sido querida de toda eternidad por Dios, en la Persona del Verbo y en la unión con Nuestro Señor Jesucristo. Es admirable.

Ahora podemos intentar definir esta misión, la del Hijo. Supone un estado anterior, o más bien, eterno, en el que el Hijo y el Padre se hallan juntos de manera tal que al mismo tiempo son distintos y están unidos consubstancialmente: «*Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*» (S. Juan 1, 1). «*Yo y el Padre somos una sola cosa*», dice Nuestro Señor.

Luego, hay que entender en sentido estricto la expresión: “Yo he salido de Dios” (S. Juan 16, 27). Significa no sólo la procesión eterna del Hijo a partir del Padre sino también la misión del Hijo en el tiempo: «*Salí del Padre y vine al mundo*» (S. Juan 16, 28). En el primer sentido, la palabra “salí” significa la relación de origen, que constituye la Persona del Hijo; en el segundo sentido, designa aquí la Encarnación, que es la misión del Hijo. Esto es lo que explica san Agustín al comentar estas palabras: «*Yo he salido de Dios*» (S. Juan 16, 27):

«Salió de Dios en tanto que Dios, como igual, como Hijo único, como Verbo del Padre, vino hasta nosotros, porque el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros. Su llegada es su humanidad, su estado permanente es su divinidad. Su divinidad es el término hacia el que nos dirigimos, su humanidad el camino que nos conduce. Por esto vino sin dejar a Dios».

La misión es tal que el Hijo no se ha separado de Dios y puede decir: «*Yo y el Padre somos una sola cosa*» (S. Juan 10, 30).

Jesucristo y el Hijo enviado son una misma Persona, como lo dice también san Agustín: «*Viene con Aquel de quien viene*».

El autor de la misión es el Padre, como hemos visto en varias afirmaciones y podemos añadir otras. Jesús suele usar la expresión: “El Padre que me ha enviado”. Esto supone que el Padre es el principio del Hijo: pero ya que el Hijo no pierde su unidad con el Padre, tiene con El una entera igualdad. Esta misión no supone una superioridad. “No más —dice san Cirilo— que el fuego no es superior al resplandor y a la luz que emana”.

Por otra parte, esta idea de misión nos da a conocer lo que es el misterio del Salvador, Jesucristo, pues procede del amor de Dios. Dios es caridad y esta misión viene del amor de Dios que por este medio quiere salvar al mundo. También es san Juan el que expresa esto de una manera admirable:

«Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo sino para que el mundo sea salvo por El» (S. Juan 3, 16-17).

¡Ah, si los hombres pudiesen comprender este plan de amor hacia ellos! Cuando se piensa qué pocos son los que viven este gran misterio del amor de Dios sin conocer el misterio de la Santísima Trinidad y la misión de amor de Nuestro Señor Jesucristo, la realidad de la Encarnación, de la Redención y de la Cruz por la que somos salvados, medimos la importancia y la inmensidad de la tarea que tienen que cumplir en primer lugar los sacerdotes y los misioneros.

⁴¹ Es la misión de cantar la gloria del Creador, como lo hacían los tres jóvenes en el horno (Dan. 3, 51-90); o mejor dicho, la misión de cantar la gloria del Padre de las misericordias: «*in laudem gloriae gratiae suae*»: «*para alabanza de la gloria de su gracia*» (Efes. 1, 6). Estas palabras humanas de alabanza divina no son sino un eco infinitamente pequeño de la Palabra divina, la única que puede expresar adecuadamente la gloria del Padre.

⁴² «Caminad en el amor, como Cristo nos amó» (Efes. 5, 2).

Por la Cruz nos unimos a Nuestro Señor para entrar de nuevo en Dios, de donde hemos salido por la creación. «*Creatio est a nihilo sui et subjecti*», dice la teología: la creación es de la nada, en sí y en el sujeto, es decir, que presupone la nada en relación a la cosa y en relación al sujeto que la puede recibir. Así, antes de la creación, no había ni mar ni tierra que la soportase: lo único que existía era Dios.

Dios existía pero de nosotros no había nada, de modo que hemos sido hechos de la nada por Dios, lo que no es el caso de Dios, que no ha sido creado. El existe siempre; El es. Es toda la diferencia entre Dios y nosotros. Pero por el hecho de haber sido creados por Dios, emanamos, en cierto modo, de sus manos, si podemos hablar así, es decir, que salimos de su amor y de la caridad de Dios.

No podemos ser nada más que caridad. Los que no son caridad están desnaturalizados⁴³. No ser caridad es contrario a la naturaleza. Obrar por egoísmo, para nuestra satisfacción, para darnos gusto, por orgullo o amor propio, es contrario al fin para el que hemos sido creados y, con mayor razón, al fin por el que hemos sido redimidos⁴⁴.

Tenemos que volver a poner constantemente la caridad en nosotros y colocarnos en la perspectiva en la que Dios ha querido crearnos. Es toda la explicación de la vida espiritual, ya que, en la medida en que no amamos a Dios suficientemente y en que no amamos suficientemente a nuestro prójimo, nos desnaturalizamos⁴⁵.

Es evidente que esto proviene del pecado, que ha puesto en nosotros el espíritu de desobediencia, de ruptura con Dios y de alejamiento de Dios.

Cuando, después de haber sido redimidos y de haber recibido el bautismo del Espíritu Santo, el amor de Dios, el sacerdote dice: «*Sal de este alma, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo*», hay que dejar el lugar a la caridad de Dios, es decir, el lugar que tiene que ocupar en el alma. Se trata, pues, de conservar esta caridad y eso es lo difícil. Esto nos da una luz verdadera de lo que somos, de dónde venimos y a dónde vamos.

Esta caridad que nos ordena hacia Dios tiene que tener por objeto darse. Darse primero a Dios e incluso, cuando nos damos a nuestro prójimo, siempre en razón de Dios, a causa de Dios. En el fondo, sólo hay una caridad. No hay dos caridades, una para Dios y otra para el prójimo. El objeto formal de la caridad es Dios y el de la caridad al prójimo es también el mismo, Dios. En cierto modo hay dos objetos materiales, Dios y el prójimo, pero un sólo mandamiento: amar a Dios. Amamos al prójimo precisamente en la medida en la que proviene de Dios, va a Dios y está unido a Dios. No podemos ni tenemos que amar más que en esta perspectiva.

No tenemos derecho a amarlo en la medida en que esté separado de Dios y se halle en pecado. No podemos amarlo sino porque es una criatura que proviene de Dios y que está destinada a Dios y *porque Dios está en ella* o para que Dios esté en ella⁴⁶ por la gracia. Por esto tenemos que amar a quienes han recibido la gracia, más que a los que no la tienen. Tenemos que amar a los demás para darles a Dios, puesto que es a Dios a quien amamos en el prójimo. No amamos al prójimo por sí mismo sino que lo amamos por Dios. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»⁴⁷. Todo está en esta corriente de caridad y de amor. Es la grandeza y la hermosura de nuestra vida.

CAPITULO XIV: CRISTO REY

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»⁴⁸.

«Yo he venido como luz al mundo, para que todo el que cree en mí no permanezca en las tinieblas. (...) No he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo»⁴⁹.

⁴³ La ausencia de la virtud sobrenatural de caridad *proviene del pecado*. Antes del pecado original, Adán y Eva tenían la caridad que acompaña a la gracia santificante que Dios les había dado gratuitamente además de la naturaleza humana.

⁴⁴ El pecado (mortal) nos priva de la caridad y de la gracia y, por consiguiente, hace que nuestra alma sea incapaz de alcanzar su fin, que es Dios, porque este fin, concretamente, es sobrenatural: es Dios Trinidad visto y poseído, lo cual es imposible sin la gracia.

⁴⁵ No hay término medio entre la naturaleza elevada al estado de gracia, que ama a Dios sobre todas las cosas y que alcanza el fin para el que ha sido creada, y la naturaleza privada de la gracia, separada de Dios e incapaz de alcanzar este fin y por consiguiente, “desnaturalizada” en este sentido.

⁴⁶ Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II^a II^{ae}, cuest. 25, art. 1 y ad 1: «La razón de amar al prójimo es Dios y tenemos que amar al prójimo para que esté en Dios... (o) por lo que hay en él de Dios».

⁴⁷ Cf. S. Luc. 10, 27; S. Mat. 19, 19.

⁴⁸ S. Juan 10, 10.

Esta venida de Nuestro Señor no indica sólo la finalidad de su ministerio sino que supone la venida a este mundo de alguien que existía por encima y antes que este mundo.

A partir de la misión de Cristo, penetramos más adentro en el misterio de su Persona. Lo importante es conocer mejor a Nuestro Señor, pues tenemos que conocer su misión, su origen y saber de dónde viene. Naturalmente tendremos más respeto por Jesucristo en la medida en que comprendamos mejor que El es Dios. Desde luego que El asumió un cuerpo de hombre, un alma humana, pero esto no lo disminuye en nada. Nuestro Señor manifestó sentimientos de humildad hacia su Padre, pero estos sentimientos tampoco lo disminuyen, porque la humildad es la verdad. Cuando el Hijo dice que le debe todo a su Padre, reconoce sencillamente la paternidad del Padre con quien está unido consubstancialmente con el Espíritu Santo desde toda la eternidad en la Santísima Trinidad.

Hacer del misterio de Nuestro Señor Jesucristo el objeto de nuestras reflexiones y de nuestras meditaciones puede parecer, en cierto modo, un poco teórico. Pero si lo examinamos de cerca, es algo perfectamente actual y concreto.

Definir, de algún modo, lo que es Nuestro Señor Jesucristo, intentar conocerlo mejor, conocer más de cerca sus relaciones con el Padre en el seno de la Trinidad, las relaciones del Padre y del Hijo, su misión eterna⁵⁰ y su misión temporal, forma parte de nuestra vida, diría yo, incluso de una manera dramática, puesto que en el mundo moderno en el que vivimos lo que se cuestiona realmente es la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Si Nuestro Señor Jesucristo es Dios, como consecuencia es el dueño de todas las cosas, de los elementos, de los individuos, de las familias y de la sociedad. Es el Creador y el fin de todas las cosas.

En una conferencia que di en Madrid, a la que asistieron casi 5000 personas, la gente no cesaba de gritar antes de escucharme: «¡Viva Cristo Rey!». Nos podemos preguntar por qué esa gente, en esta época, tenía necesidad de gritar eso en la calle. Sentían que si Cristo no era Rey en España iban a la ruina de la religión católica y a la de sus familias. Se dan cuenta todos los días de que desaparece el espíritu cristiano en las nuevas leyes, en los hábitos y en las costumbres. Sienten que Nuestro Señor Jesucristo ya no es el Rey de España.

Si no estamos convencidos de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo no tendremos bastante fuerza para mantener esta fe ante la creciente invasión de todas las religiones falsas en las que Nuestro Señor Jesucristo no es Rey ni se le afirma como Dios, con todas las consecuencias que esto significa en la moralidad general: moralidad del Estado, moralidad de las familias y moralidad de los individuos.

A causa de la libertad religiosa que se halla afirmada en los textos del concilio y que va en contra del reinado social de Nuestro Señor Jesucristo, ya que coloca todas las religiones en pie de igualdad y se otorgan los mismos derechos a la verdad y al error, ya no se considera a Nuestro Señor Jesucristo como la sola Verdad y como fuente de la Verdad.

En Alemania, el cardenal Josef Hoeffner, arzobispo de Colonia, dijo: «*Aquí somos pluralistas*». ¿Qué quiere decir “pluralistas”? Quiere decir que Nuestro Señor no es el único, que hay algo más que Nuestro Señor. Se admite a Nuestro Señor Jesucristo pero se admite también que no es Dios; se admiten todas las opiniones y todas las religiones. Cuando tales palabras salen de la boca de un cardenal arzobispo de Colonia, se trata de algo muy grave. Quiere decir que los católicos que se han acostumbrado a vivir en un medio protestante admiten en definitiva el protestantismo como una religión válida⁵¹. Han perdido el sentido de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo y, por el hecho mismo, pierden implícitamente el sentido de la divinidad de Nuestro Señor. Es una falta de fe profunda y muy grave, pues en ese caso, basta muy poco para que se alejen de la Iglesia, no practiquen su religión y su moral se vuelva deplorable.

A principios de siglo, se decía: mirad los Estados Unidos, qué progresos tan grandes hace la religión católica, porque es el país de la libertad. ¿Por qué no hacen lo mismo todos los países? Demos la libertad a todas las religiones, libertad de conciencia, libertad de la persona humana y, en definitiva, libertad de la moral. Así la religión católica tendrá libertad para desarrollarse. Esto es ignorar la influencia del error contra la verdad y de la inmoralidad contra la moralidad.

⁴⁹ S. Juan 12, 46-47.

⁵⁰ Es decir, en concreto, su procesión eterna a partir del Padre.

⁵¹ La pluralidad de religiones, en un Estado, provoca un peligro de indiferentismo; pero este peligro no ha sido nunca tan nocivo como después del ecumenismo conciliar: la pluralidad se convierte en el pluralismo.

Desde luego, el verdadero catolicismo ha progresado enormemente en los Estados Unidos, pero hay que decir que ese progreso ha sido más espectacular que profundo ⁵². Se construyeron grandes seminarios, universidades católicas, casas religiosas y escuelas católicas. Con la generosidad de los católicos americanos, hubo un florecimiento extraordinario de las congregaciones religiosas.

Pero miremos ahora. Si la Iglesia se tambalea un poco y pasa por una crisis, por cierto grave, se derrumba todo, pues no tiene una base sólida. Ningún país ha tenido tantos abandonos por parte de los sacerdotes como los Estados Unidos, en el que observamos transformaciones radicales, como por ejemplo, la de las congregaciones religiosas.

Esta idea de libertad, que es licencia y no una verdadera libertad, que se le ha dado a todas las ideologías, significa envenenarse a sí mismo poco a poco y corromper la verdad. Nuestro Señor Jesucristo es esta verdad: o se la admite o no se la admite. Si no se admite que Nuestro Señor Jesucristo es la verdad, por el hecho mismo no hay ley ni moral, todo se acaba poco a poco, aunque evidentemente toma tiempo. No se destruye una civilización cristiana en unos años, pero cuando se admite el principio de esta libertad, poco a poco la corrupción va avanzando cada vez más.

Es increíble el número de divorcios, de familias separadas y divididas que se ven afectadas por esta licencia que ataca a los Estados Unidos ⁵³. Desde que este liberalismo se ha introducido en nuestros países, por todas partes ocurre lo mismo. Los divorcios se multiplican a un ritmo increíble. Después de los divorcios viene el aborto, la anticoncepción y la unión libre. Cualquier cosa, la libertad total de costumbres.

Tenemos que reflexionar, meditar y convencernos de la necesidad de la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo y no sólo sobre nuestras personas.

Si decís: Quiero vivir según la ley de Nuestro Señor, según la moral que ha enseñado; quiero vivir según su gracia, su amor y sus sacramentos pero me veo obligado a aceptar la libertad de costumbres y la libertad de pensamiento cuando me encuentro fuera de mi hogar, estad seguros que un día u otro quedaréis contaminados. El sólo hecho de admitir esto y decir, como la declaración sobre la libertad religiosa, que es un derecho de la persona humana, que todos tienen el derecho de pensar lo que quieran, que están en su derecho, es abandonar todo espíritu de evangelización.

Si oímos decir: esa persona es libre, no piensa como yo y tiene una religión distinta de la mía, pues bien: eso no es verdad. No es libre y tenemos que decirle: lo siento, pero estás en el error y no en la verdad; un día serás juzgado sobre tus pensamientos, sobre tu comportamiento y sobre tu actitud; tienes que convertirte. Y esto no sólo por las ideas sino por las costumbres, la moral y todo.

Nuestro Señor Jesucristo tiene que reinar no sólo en nuestra casa sino incluso fuera de ella, en toda la sociedad. Todo el mundo le pertenece. Todo el mundo será juzgado por El. Ningún hombre, de ninguna religión, puede pretender que no será juzgado por Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Señor mismo dijo: «*El Padre ha entregado al Hijo todo poder de juzgar*» (S. Juan 5, 22). El tiene derecho sobre todos los hombres porque es el Verbo de Dios y porque procede del Padre. Tenemos que estar convencidos de esto.

Para los protestantes, la libertad es antes que nada. Se hace y se piensa lo que se quiere. Al haber luchado contra los católicos y querido suprimir el catolicismo, saben muy bien lo que dicen los católicos: somos la verdad y tenemos la verdad; Jesucristo, a quien poseemos en la Iglesia católica, es la verdad y no hay otra. Los protestantes no pueden soportar eso, sabiendo muy bien que ésta es nuestra fe católica. Por otra parte, no comprenden a los católicos liberales que dicen: «Mirad, todos creemos en

⁵² Cf. León XIII, encíclica *Longinqua oceani*, del 6 de enero de 1895:

«En vuestro país, en efecto, gracias a la buena constitución del Estado, la Iglesia, al estar defendida contra la violencia por el derecho común y la equidad de los juicios, a obtenido la libertad, jurídicamente garantizada, de vivir y de obrar sin obstáculos» escribe el Papa a los Estadounidenses. Y añade: «Todas estas observaciones son verdaderas, pero hay que guardarse de un error: de ahí no hay que concluir que la mejor situación para la Iglesia sea la que tiene en América o que siempre esté permitido o sea útil separar y desunir la Iglesia y el Estado como en América.

En efecto, si la religión católica está en honor en vuestro país, si prospera e incluso si crece, hay que atribuirlo enteramente a la fecundidad divina de que goza la Iglesia, que cuando nadie se le opone ni la obstaculiza, se extiende y difunde por sí misma.

Sin embargo, Ella produciría muchos más frutos si gozase no sólo de la libertad sino incluso del favor de las leyes y de la protección de los poderes públicos».

⁵³ En 1987: 230.000 matrimonios y 113.000 divorcios.

lo mismo y creemos en Jesucristo; todo lo que pensáis, también lo pensamos nosotros; tenéis el mismo bautismo que nosotros y tenemos los mismos sacramentos. Todo es igual. Hagamos un culto juntos, que el pastor venga a predicarnos y nosotros iremos a predicaros». Los protestantes no están de acuerdo. Saben muy bien que la Iglesia católica no es así y por eso nos aprecian; pero tienen miedo, porque saben que somos intolerantes: «Sois intolerantes», nos dicen, pero ¿qué le vamos a hacer?

¡Somos intolerantes! Bueno, expliquemos las cosas: toleramos el error que no se puede suprimir, pero la verdad no puede tolerar el error, ya que por el mismo hecho es la verdad, expulsa el error. La luz expulsa las tinieblas, sin que podamos hacer nada para evitarlo. La verdad no tolera al error; el bien no tolera al vicio. Eso no quiere decir que, en la práctica, no se tolere lo que no se puede cambiar y lo que no se puede convertir. Pero tenemos que hacer todo lo posible para que no haya tinieblas, que no haya vicios y que no haya errores, intentando para ello convertir a la gente con la gracia de Dios.

En esto consiste todo el espíritu misionero de la Iglesia. Admitir que cada persona puede tener su religión y que ese es un derecho de la persona humana es algo muy grave. En primer lugar, porque no es verdad. Nadie tiene derecho a estar en el error, no se trata de un derecho sino de una tolerancia. En el mundo, por supuesto, existe el error, lo mismo que el pecado. Nuestro Señor ha dicho también que existen malas hierbas que crecen junto con la buena semilla y que tendremos que esperar al fin de los tiempos para separarlos. Unas irán al fuego y las otras serán recogidas en el granero, en el cielo.

Sabemos perfectamente que no se puede suprimir por completo el pecado; no podemos suprimirnos a nosotros mismos. Se tolera, desde luego; nos toleramos. Pero esto no significa que equiparamos nuestras virtudes con nuestros vicios, diciendo: unos y otros son igual de buenos; no. Hacemos lo que podemos para luchar contra nuestros vicios pero sabemos perfectamente que hasta el fin de nuestra vida tendremos miserias; nos toleramos, está claro, y lo mismo vale para los demás, los toleramos. Pero tenemos que luchar contra el error y hacer todo lo posible para que desaparezca. La sociedad, desde este punto de vista, tiene una influencia enorme y tenemos que hacer todo lo posible para que se haga o vuelva a ser cristiana, porque tal es la voluntad de Dios.

Las instituciones ejercen una enorme influencia sobre la inteligencia, y si son laicistas y ateas provocan un daño considerable. Es el mayor escándalo del mundo, porque es el error organizado, querido por el Estado y por la sociedad y difunden el error con todos los medios que tienen a su disposición. El error es tan poderoso en los espíritus que ya no se ven periódicos importantes, de audiencia nacional, que defiendan realmente a la Iglesia Católica y a todos sus principios, que, en pocas palabras, defiendan íntegramente el pensamiento y la fe católica.

Ya no existen prácticamente en Europa, porque toda la prensa está en manos de los grandes grupos liberales, anticatólicos, anticristianos, en manos de la francmasonería. Es lo que vimos en Francia, por ejemplo, en el cambio que tuvo lugar de la noche a la mañana después de la guerra, cuando el mariscal Petain subió al poder. Inmediatamente, la supresión de la masonería; se acabó la libertad de prensa, se reglamentó lo referente a la pornografía; todo eso fue inmediatamente prohibido, de la noche a la mañana. Si Francia hubiese seguido así, no cabe duda de que la sociedad se hubiese transformado por completo. Este fue el pecado grave, el pecado capital y el pecado mortal del general De Gaulle, que volvió a traer a Francia toda la francmasonería, el comunismo y todo lo que el Mariscal había suprimido.

CAPITULO XV: JESUS, EL VERBO ENVIADO POR EL PADRE

El Evangelio emplea diversos términos para referirse a la misión que Nuestro Señor Jesucristo vino a cumplir en la tierra. Nuestro Señor dice que El es el enviado de su Padre: «*El me ha enviado*» (S. Juan 12, 49). Nuestro Señor dice también que El ha salido de su Padre: «*Yo he salido y vengo de Dios*» (S. Juan 8, 42). Estas palabras: venido, salido y enviado significan la misma misión que, como explica Santo Tomás de Aquino⁵⁴, supone una procesión eterna en Dios. El Verbo puede ser enviado por el Padre porque procede de El. Su misión temporal está enraizada en su procesión eterna.

Al afirmar su misión y la del Espíritu Santo, Nuestro Señor nos da al mismo tiempo una afirmación de su divinidad y de que es engendrado por su Padre. Admitir la misión de Jesús en sentido pleno es

⁵⁴ *Suma Teológica*, I^a, cuest. 43, art. 4: «La noción de misión supone la procesión a partir de otro; y en Dios se trata de una procesión según el origen. Como el Padre no proviene de otro, de ningún modo le conviene ser enviado, sino sólo al Hijo y al Espíritu Santo, a quienes pertenece proceder de otro».

creer en el misterio de su Persona, su filiación divina, su Encarnación y su ministerio salvador. Así comprendemos que Jesús reduzca la fe cristiana a este artículo central ⁵⁵.

En cierto modo, Nuestro Señor resume la fe cristiana en esto, cuando dice en san Juan: «*Vosotros habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo*» (S. Juan 16, 27-28) y: «*Conocieron verdaderamente que yo salí de Ti y creyeron que Tú me has enviado*» (S. Juan 17, 8).

Así pues, el Verbo que procede del Padre desde toda eternidad, ha venido al mundo, ha sido enviado ⁵⁶. El mérito principal de los apóstoles es el de haber visto esto, lo cual les asegura que sus oraciones serán escuchadas y que el Padre los guardará.

Por último, el Hijo le suplica a su Padre que le conceda a su Iglesia la unidad, signo de su divinidad: «*Para que el mundo crea que Tú me has enviado*» (S. Juan 17, 21).

De este modo, creer en la misión de Nuestro Señor es creer en su divinidad y creer en la Santísima Trinidad, y esto resume, en cierto modo, toda nuestra fe. Así, a partir de la misión de Cristo, entramos más en el misterio de su Persona y comprendemos mejor cómo representa sus relaciones con su Padre ⁵⁷.

Referente a esto, hay que señalar, dice el P. Bonsirven, un fenómeno filológico significativo: los verbos que expresan las relaciones del Hijo con su Padre a veces están en presente y a veces en pasado. ¿Por qué? Parece que la regla general es que los verbos en presente indican las relaciones inmanentes del Padre y del Hijo, es decir, su procesión eterna, mientras que los verbos en pasado se refieren al origen de esta inmanencia o evocan la Encarnación y sus efectos ⁵⁸.

Pero, puesto que para Dios no hay tiempo, parece que Nuestro Señor emplea a veces tiempos en pasado y a veces en presente para significar las relaciones entre El y su Padre, para hacerse comprender mejor por las personas a las que se dirige y que viven en el tiempo. Nos cuesta mucho comprender cómo concuerda este presente con la creación del tiempo y cómo tiene relaciones en el tiempo.

De este modo, leemos en san Juan:

«Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo» (S. Juan 3, 13).

Nadie, pues, puede hablar de Dios si no lo ha visto, lo que supone una ascensión al cielo. Solamente el Hijo del hombre conoce a Dios porque El ha bajado del cielo y continúa estando en el cielo, al formar una sola Persona con el Hijo eterno, que no deja al Padre. Por esto se puede decir: «*Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula: Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos*» (Heb. 13, 8), porque en efecto, resume todo el tiempo por su Persona, que es divina.

San Juan dice también:

«No que alguno haya visto al Padre, sino sólo el que está en Dios, ese ha visto al Padre» (S. Juan 6, 46).

Los judíos comprendieron muy bien la divinidad de Nuestro Señor cuando dijo: «*Antes que Abraham naciese, Yo soy*» (S. Juan 8, 58).

Son frases que no se pueden inventar, que sólo Dios puede expresar. Y en su Evangelio, san Juan dice que los judíos tomaron piedras para lapidarlo porque se hacía Dios. Los judíos comprendieron en seguida lo que significaba este presente. Moisés preguntó cuál era el nombre de Dios: «*A los hijos de Israel que me pregunten cuál es el nombre de Dios, ¿qué voy a responderles? Les dirás: “Yo soy el que soy”*» (Ex. 3, 13-14). Dios que existe siempre. Los judíos, como no se atrevían a pronunciar el nombre de Yahvéh, escribían “Jehová” y pronunciaban siempre “Adonai”, porque el nombre de Yahvéh era demasiado santo. El nombre de este ser que es y permanece eternamente les parecía demasiado elevado

⁵⁵ Cf. P. Bonsirven, *op. cit.*

⁵⁶ «Hay una comunicación esencial en Dios por la cual el Padre comunica toda su divinidad infinita e indivisible al Hijo al producirlo, y el Padre y el Hijo juntos producen al Espíritu Santo, comunicándole también su propia divinidad. De modo semejante, esta soberana dulzura se comunicó con tanta perfección fuera de sí misma a una criatura que, sin perder sus propiedades ni la naturaleza creada y ni la divinidad, quedaron unidas de tal modo que no forman sino una sola persona» (S. Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*, L. II, cap. IV).

⁵⁷ Cf. P. Bonsirven, *op. cit.*, pág. 412.

⁵⁸ Cf. P. Bonsirven, *loc. cit.*

para poder pronunciarlo. Por este motivo, cuando Nuestro Señor dijo que El mismo era Jehová, que era el que es ⁵⁹, tomaron piedras para lapidarle. Por supuesto, habían comprendido muy bien.

La unidad perfecta del Padre y del Hijo es igualmente una realidad actual, que pertenece al presente. San Juan la expresa así: «Yo y el Padre somos una misma cosa» (S. Juan 10, 30). «Ego et Pater unum sumus». Uno, en neutro, que expresa la unidad no de las Personas sino la naturaleza divina indivisible.

Es lo mismo que dice Nuestro Señor en una de sus afirmaciones, en la que se complace, y que ninguna otra alma, aunque gozase de los mayores favores divinos, se atrevería a decir: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (S. Juan 10, 38). Solamente el Hijo, siempre inmanente en el Padre, puede hablar así y decir: «Yo no estoy solo, sino Yo y quien me ha enviado» (S. Juan 16, 32).

Todo esto, evidentemente, hace que nos situemos en un inmenso misterio. Cuando más estudiamos a Nuestro Señor y sus atributos, más entramos en las profundidades de un misterio insondable.

CAPITULO XVI: SIN DEJAR LA DIESTRA DEL PADRE

¿Cómo pudo Nuestro Señor sufrir su Pasión? ¿Cómo, el que es Dios, pudo asumir nuestra carne y sufrir realmente sufrimientos humanos, cuando al mismo tiempo tenía la visión beatífica y, por eso mismo, se halla en una felicidad inefable? ¿Cómo pudo al mismo tiempo gozar de la visión beatífica en su humanidad y sufrir el martirio, sentir dolores tales que le hacían sudar gotas de sangre y que le hacían pedir a su Padre que si era posible alejase ese cáliz? (Cf. S. Luc. 22, 42 y 44).

Se trata de dos cosas que a la vez son sublimes, pero que siguen siendo un gran misterio para nosotros. En definitiva, es el misterio del amor de Nuestro Señor Jesucristo por nosotros, ya que todo esto ha sido hecho por amor. Ha dado su vida por nuestro amor. Se trata, evidentemente, de un acto absolutamente único.

«El Hijo ha recibido del Padre, Principio único, esta compenetración mutua y esta comunidad integral de naturaleza y de bienes» ⁶⁰.

En su Pasión, la humanidad de Nuestro Señor se manifestó de una manera aún más tangible, si así se puede decir, que por ejemplo su divinidad en el momento de la Transfiguración, puesto que de todos modos continúa estando ahí con su cuerpo.

Los apóstoles, que vivían con El, percibían mejor su humanidad que su divinidad. Tardaron en comprender su divinidad, y a nosotros nos ocurre lo mismo. Al leer el Evangelio y la vida de Jesús, y lo mismo los comentarios del Evangelio, nos damos más cuenta de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo que de su divinidad. Hay que ser muy prudente y evitar cuidadosamente considerar en Nuestro Señor solamente su humanidad.

Tenemos que pensar constantemente que Nuestro Señor Jesucristo es realmente Dios y que hay tres Personas en Dios, distintas pero no separadas. Sería una ilusión y un error grave creer que mientras el Padre se quedó en el cielo, el Hijo bajó a la tierra y que el Padre y el Hijo estuvieron completamente separados; que al encarnarse se dividió completamente del Padre ⁶¹.

Las acciones de Nuestro Señor se atribuyen al Verbo, pero son las tres Personas divinas las que las llevan a cabo ⁶². Se le atribuyen a Dios y Dios hay uno solo. No hay tres dioses. Aquí también entramos en un misterio extraordinario.

¿Cómo puede ser que se atribuya a una sola Persona las acciones que hace Nuestro Señor Jesucristo cuando en realidad es Dios quien las hace y no el Verbo separado de Dios? El Verbo no está separado de Dios, el Verbo es Dios y por consiguiente siempre es consubstancial con el Padre y el Espíritu Santo. La solución es esta: todas las acciones producidas por la naturaleza divina las lleva también a cabo la Santísima Trinidad sin dejar de atribuirse al Verbo de una manera particular, por ejemplo la virtud de realizar la Encarnación, de hacer milagros, etc. Pero estas acciones producidas o padecidas

⁵⁹ «Antes que Abraham naciese, yo soy: *ego sum*» (S. Juan 8, 58)

⁶⁰ Cf. P. Bonsirven, *op. Cit.*

⁶¹ «Ha venido entre nosotros sin dejar a su Padre, era alimentado por su madre y sostenía el mundo. Estaba acostado en un pesebre y al mismo tiempo era el alimento de los ángeles. Dios y hombre al mismo tiempo; en El, el que es Dios es hombre y el que es hombre es Dios» (S. Agustín, *Sermón 123, n° 3*).

⁶² «El Padre que mora en mí, hace sus obras. Creedme, que Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí». (S. Juan 14, 10-11).

por la humanidad se le atribuyen sólo al Verbo, y no al Padre ni al Espíritu Santo. Por ejemplo, sólo el Verbo se encarna, sufre la Pasión, resucita, etc. Pero no hay que caer en lo opuesto, que consistiría en dar la impresión de que Nuestro Señor puede estar separado del Padre y del Espíritu Santo ⁶³.

Evidentemente, las apariciones en las que Dios se quiso mostrar a sí mismo, nos muestran cierta división y cierta separación. Por ejemplo, cuando Nuestro Señor fue bautizado, se escuchó la voz del Padre, el Espíritu Santo se apareció con el aspecto de una paloma y Nuestro Señor estaba presente encarnado ⁶⁴. La voz es el Padre, la paloma es el Espíritu Santo y Nuestro Señor es el que está encarnado ⁶⁵. Nosotros tendríamos la tendencia a considerar las tres Personas como divididas, alejadas y separadas una de otra. No puede haber ninguna separación; lo que hay es una distinción, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no es lo mismo.

Esto es algo muy hermoso, porque tenemos que pensar que todas las acciones llevadas a cabo por Nuestro Señor son verdaderamente divinas ⁶⁶ y que fueron hechas por el Verbo, por Dios mismo y no sólo por alguien que viene de Dios. Es Dios mismo el que ha intervenido. Todas las acciones llevadas a cabo de este modo, son realmente divinas. Como ya he dicho, tenemos demasiada tendencia a ver en Nuestro Señor Jesucristo sólo el hombre, porque esto nos resulta más fácil. «*Omnis cognitio venit a sensu: Nuestro conocimiento viene de los sentidos*», dice Santo Tomás. Tenemos la tendencia a ver en Nuestro Señor Jesucristo sólo su naturaleza humana. Por eso, tenemos que insistir en su naturaleza divina y en la Persona divina de Nuestro Señor, ya que en El hay una sola Persona: la Persona del Verbo encarnado. En El no hay más Persona que la del Verbo encarnado ⁶⁷, y puesto que todos los actos se le atribuyen a la Persona, todos los actos que hizo Nuestro Señor son divinos ⁶⁸.

CAPITULO XVII: NO ESTA LEJOS DE CADA UNO DE NOSOTROS

Nuestro Señor, que es Dios, es para nosotros el camino que nos conduce al Cielo. Por el mismo hecho de ser el Verbo Encarnado, es omnipresente, como Dios y como Verbo ⁶⁹. Está presente en todas partes, como Dios y como Verbo. Al mismo tiempo es el Creador y, por consiguiente, El nos mantiene en la existencia.

¿Cuál es la diferencia entre los que no creen y los que creen, entre los demonios y nosotros, que somos criaturas bautizadas? La diferencia no es tan sólo una lejanía de Nuestro Señor Jesucristo, una cierta lejanía física: Dios está evidentemente lejos de los demonios, que lo rechazan, y sin embargo eso no es lisa y llanamente cierto. Nuestro Señor Jesucristo no está lejos de los demonios pues, al ser el Verbo es el Creador y, como tal, ha creado a los demonios y los mantiene en la existencia.

Es lo que dice san Pablo hablando a los paganos griegos en el Areópago: «*Quamvis nos longe sit ab unoquoque nostrum*»: «Aunque no está lejos de cada uno de nosotros» (Act. 17, 27). Y añade: «*In ipso*

⁶³ «*Verbum supernum prodiens, nec Patris linquens dexteram, ad opus suum exiens, venit ad vesperam*», nos hace cantar el himno de Laudes del día de Corpus: «El Verbo que viene de lo alto, sin dejar la diestra del Padre, saliendo para cumplir su obra, vino en la tarde de la vida».

⁶⁴ Cf. S. Mat. 3, 16-17.

⁶⁵ Con una diferencia, evidentemente: «Desde luego -dice san Agustín-, la criatura en la que se manifestó el Espíritu Santo no fue asumida como esta carne y esta humanidad en el seno de la Virgen María» (*De Trinitate*, Lib. II, cap. 6, n° 11).

⁶⁶ «*Actiones sunt suppositorum*» dice el axioma de la *filosofía perenne*. Las acciones son producto de los supuestos (es decir, de las personas). Así, pues, las acciones de Nuestro Señor, las producidas por su naturaleza divina y las que provienen de su naturaleza humana, son divinas, ya que su único sujeto de atribución es la Persona divina.

⁶⁷ «Decimos que... habiendo unido consigo el Verbo, según hipóstasis o persona, la carne animada de alma racional, se hizo hombre de modo inefable e incomprensible (...) La divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa en la unidad» (2ª carta de san Cirilo Alejandrino a Nestorio, leída y aprobada por el Concilio de Efeso en el año 431, Dz. 111a).

⁶⁸ El hereje Nestorio quería anatematizar a «quien quisiera atribuir al Verbo de Dios sentimientos» (los sentimientos humanos de Cristo). Por eso san Cirilo anatematizó a quienes, en lo referente a Cristo, «creen atribuir (unas acciones) al hombre y otras al Verbo» (Sto. Tomás, *Suma Teológica*, IIIª, cuest. 16, art. 4). En efecto, lo que se dice de Cristo según su naturaleza humana y lo que se dice de El según su naturaleza divina, se tiene que atribuir a la única Persona del Verbo encarnado.

⁶⁹ La Santa Humanidad no es omnipresente, el cuerpo de Cristo está en un lugar en el cielo y lo mismo en la Sagrada Eucaristía. Pero en cierto modo, su Humanidad se nos presenta, por su virtud operante, en cuanto obra nuestra santificación como instrumento de su Divinidad, ya sea escuchando nuestras oraciones, ya sea intercediendo por nosotros, o difundiendo sus gracias (Cf. *Suma Teológica*, Iª, cuest. 19, art. 1).

enim vivimus, et movemur et sumus»: «Porque en El vivimos y nos movemos y existimos» (Act. 17, 28).

Hay dos maneras de estar cerca. Nuestro Señor puede estar cerca como Creador y puede estar cerca por el amor, por la caridad y por la unión de las almas. En este caso, es evidente que está lejos de los demonios⁷⁰.

En definitiva, nos cuesta mucho (en la medida en que podemos hacerlo) pensar en lo que será nuestra vida espiritual después de la muerte, y las relaciones entre Dios y nosotros, y entre todos los espíritus y nosotros. Y sin embargo es lo más importante para nosotros y lo más real que puede haber. El espíritu es mucho más real que el cuerpo, puesto que la materia proviene del espíritu y, por consiguiente, el espíritu es infinitamente más verdadero y más real⁷¹.

Así que Dios está presente aquí. Nuestro Señor está en medio de nosotros. No sólo nos escucha sino que nos da la palabra para hablar y nos da los ojos para ver y los oídos para escuchar. Si Nuestro Señor no estuviese presente, si el Verbo, Dios, el Creador en quien todo subsiste, no estuviese aquí, no seríamos nada, volveríamos inmediatamente a la nada. Si Nuestro Señor está aquí, presente, ¿cuál es la diferencia que hay entre nosotros, y los que no creen y los demonios, ya que está en todas partes?⁷² Es que, en cierto modo, la mirada de Nuestro Señor y la nuestra se cruzan.

Recordemos la vida de Nuestro Señor en Palestina, el encuentro con los pecadores, los enfermos y los apóstoles; recordemos lo que Nuestro Señor le dijo a Natanael: «*Cuando estabas debajo de la higuera, te vi*» (S. Juan 1, 48). ¿Pero cómo? ¿Me viste? ¿Nuestro Señor estaba escondido?⁷³

Nuestro Señor está aquí, con nosotros. Cruza nuestra mirada y nos pregunta. ¿Os interesáis por mí? ¿Me amáis o no me amáis? ¿Queréis seguirme o no queréis seguirme? ¿Estáis conmigo o estáis contra mí? Su mirada lo dice todo.

Acordaos de la mirada que Nuestro Señor le dirigió a san Pedro cuando éste acababa de negarlo por tres veces. El Evangelio dice que Nuestro Señor Jesucristo y san Pedro se vieron y se encontraron. La mirada de Nuestro Señor dio con la de san Pedro (S. Luc. 22, 62). Pensad en todo lo que hay en la mirada de Nuestro Señor⁷⁴.

Nuestro Señor no está lejos de nosotros. Está con nosotros, está en nosotros. En definitiva, todo depende de la actitud que tengamos con Nuestro Señor. Por supuesto, todo depende de la gracia de Dios, pero todo depende también de nuestra disposición a recibir a Nuestro Señor en nosotros. ¿Estamos dispuestos a recibirlo o hay una parte de nosotros mismos (un área reservada) en la que quisiéramos que Nuestro Señor no entre y que no penetre su mirada?

Estamos dispuestos a recibirlo hasta cierto punto: sí, en nuestro espíritu: «Que Dios me ilumine, que Nuestro Señor me ilumine en mi voluntad, que ayude a mi voluntad, sí»⁷⁵.

¿Pero en mi corazón? Hay cosas que me gustan y que yo sé que no le agradan a Nuestro Señor. Preferiría que no venga; preferiría que mi corazón no sea iluminado por su mirada. Podría ver en mí cosas que no puedo guardar, incompatibles con Nuestro Señor⁷⁶.

¡Qué diferentes pueden ser las disposiciones de las almas con Nuestro Señor! Nuestro Señor quiere adentrarse en nosotros, quiere amarnos a todos entera, totalmente y sin reticencias. De parte suya, no hay límites. Su amor por nosotros es total, completo y perfecto. Pero nosotros tenemos una tendencia a la restricción.

⁷⁰ «Lejos de los impíos está el Señor, mas oye la oración del justo» (Prov. 15, 29). «Este pueblo me honra sólo con los labios -decía Dios a Isaías-, mientras que su corazón está lejos de mí» (Is. 29, 13; S. Mat. 15, 8).

⁷¹ «Nos hallamos en un mundo de espíritus no sólo en un mundo de cuerpos que vemos; y de estos dos mundos, el que tiene mayor realidad no es segundo sino el primero. Y como en realidad sólo éste cuenta, san Pablo nos invita a considerarlo solamente a él: “No viváis en la tierra sino en el cielo”: *Nostra conversatio in coelis est*» (Raúl Plus S.J., *Dios en nosotros*).

⁷² Cf. nota 69.

⁷³ «Natanael se acordaba de que había estado bajo esa higuera en la que Cristo no estaba con su presencia corporal sino por su ciencia espiritual» (San Agustín, *De Verbis Domini*, Sermón 40).

⁷⁴ «Para El, mirar es tener compasión: porque la misericordia de Dios es necesaria no sólo cuando se hace penitencia sino también para que se haga penitencia» (S. Beda el Venerable).

⁷⁵ Cf. Sal. 17, 29: «Pues Tú haces lucir mi lámpara, Señor; Tú, mi Dios, que iluminas mis tinieblas»

⁷⁶ Al revés, el salmista dice: «¿Quién será capaz de conocer los deslices? (Señor) límpiame de los que se me ocultan, retrae también a tu siervo de los movimientos de la soberbia, no se adueñen de mí. Entonces seré irreprochable y purificado del gran pecado» (Sal. 18, 13-14).

Como dice san Pablo: «*Dilatamini cor vestrum*»: «Ensanchad vuestro corazón» (Cf. 2 Cor. 6, 13). No lo reduzcáis, no lo estrechéis, empequeñeciéndolo, de modo que Nuestro Señor no pueda entrar. No, dilatad vuestros corazones y abridlos a la luz de Nuestro Señor y a su amor ⁷⁷.

Todo el tiempo que Nuestro Señor está aquí, llama a nuestra puerta, como dice san Juan en el Apocalipsis: «*Ecce sto ad ostium et pulso*»: «Mira que estoy a la puerta y llamo» (Apoc. 3, 20), llama a la puerta de nuestros corazones para pedir que se lo reciba, pero ¿se lo recibe? Esto no son imaginaciones, ni poesía, ni literatura, es la verdad.

Es un hecho; mirad ¿quiénes han sido, las almas privilegiadas que han recibido realmente las gracias extraordinarias de Nuestro Señor, de Dios? Son las almas más sencillas e incluso diría, las almas más ignorantes.

Nuestro Señor mismo se lo dijo a los apóstoles. Escogió unos pescadores que encontró en su camino, gente buena, poco instruidos. Los escogió porque en estos hombres había almas sencillas, almas rectas, que no se planteaban problemas complicados y que se fueron abriendo poco a poco a Nuestro Señor. Abrieron completamente su corazón a Nuestro Señor ⁷⁸.

Mirad los santos en general. Podemos decir que Nuestro Señor tiene realmente una preferencia por las almas sencillas y pobres, y por los niños. La mayor parte de las apariciones han sido a los niños. Pensad en santa Juana de Arco, por ejemplo. Nuestro Señor no escogió a una persona competente, muy inteligente ni de alta sociedad, que tuviese dones naturales extraordinarios. No: un alma sencilla ⁷⁹.

Es lo que hace, felizmente, que las almas que no tienen una ciencia particular puedan ser tan santas como las personas muy versadas en teología, en Sagrada Escritura y en todas las ciencias de la Iglesia. Por otra parte, es un gran consuelo saber que el amor de Nuestro Señor por nosotros depende de lo dispuestas que estén nuestras almas a recibirlo, eso es todo.

De esto es de lo que tenemos que preguntarnos: «¿Hay rincones en mí que no quiero que Nuestro Señor vea ni que entre en ellos, porque si entra su luz tendré que darme cuenta de que no están sanos y no los quiero curar ⁸⁰? Los hombres son así. Cuántos católicos lo son sólo a medias. Dicen: «Sí, creo en Dios, creo en Nuestro Señor Jesucristo», cumplen con su deber, lo estrictamente necesario del deber que tienen que cumplir. Pero pedidles que hagan un retiro, entrar en el silencio y estar a solas con Nuestro Señor, con quien los mantiene en la existencia, a solas con quien les da la vida y les da todo y que será su juez. Huyen. Tienen miedo de que los secretos de su corazón sean descubiertos, siendo que esto les haría mucho bien ⁸¹.

Por este motivo, en los retiros, las confesiones suelen ser un consuelo extraordinario para las almas que quieren seguir bien su retiro de manera verdaderamente sincera y humilde. «Tengo que darme de una vez a Dios». Entonces la luz de Dios penetra en sus almas y la gracia de Dios viene en su ayuda. Helas aquí libres ⁸². Esto es Nuestro Señor Jesucristo.

Tenemos que meditar y pensar que nuestra santificación es algo muy sencillo. No hay que buscar a Nuestro Señor con consideraciones metafísicas y teológicas y decirse: «No puedo santificarme si no entiendo bien la teología». Claro que no, por supuesto.

Normalmente, cuanto más estudiamos el misterio de Nuestro Señor, tendríamos que amarlo más y tendríamos que ser más de El. Por desgracia, no es eso lo que suele suceder. Nos complacemos en la ciencia y en los dones naturales que Dios nos ha dado, y nos olvidamos de someternos humildemente a la luz de Nuestro Señor y a su amor, y seguirlo con toda sencillez y hacer su voluntad.

A menudo tenemos que recordar y meditar esta palabra de san Pablo: «*Non est longe*»: «No está lejos, está aquí». «En El vivimos y nos movemos y existimos». Tendríamos que poder decir: «Dios

⁷⁷ Cf. Prov. 23, 26: «Dame, hijo mío, tu corazón y pon tus ojos en mis caminos».

⁷⁸ «¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién se mantendrá de pie en su santo lugar? El de limpias manos y de puro corazón. (...) Ese alcanzará del Señor bendición y justicia de Dios, su Salvador» (Sal. 23, 3-5).

⁷⁹ Entre la gente humilde, de corazón puro, se realiza literalmente ya en este mundo la promesa del Señor: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (S. Mat. 5, 8).

⁸⁰ Cf. S. Juan 3, 19-20: «Los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas porque todo el que obra el mal aborrece la luz y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas».

⁸¹ «*Revela oculos meos, ne unquam obdormiam in morte*»: «Saca el velo de mis ojos, no me duerma en la muerte» (Sal. 12, 4).

⁸² Dicen como el salmista: «Escapó nuestra alma como avecilla del lazo del cazador; rompióse el lazo y fuimos liberados» (Sal. 123, 7).

mío, aquí estás, yo te amo. Dios mío, sólo te quiero a Ti. No quiero vivir sino para Ti. Tú eres mi todo». Como lo expresaba santa Teresa de Jesús: «*Dios es todo, yo no soy nada*». Esta debe ser la exclamación de nuestro corazón y de nuestra alma ⁸³.

Vivamos con Nuestro Señor de un modo constante, en todas nuestras dificultades, nuestras pruebas y nuestros deseos, y que todo esté sometido a Nuestro Señor. No estemos nunca desprovistos ni solos cuando podemos hallar el socorro de quien nos ha creado y ha muerto por nosotros en la Cruz, y que, cada vez que lo recibimos, viene a nosotros con su Cuerpo, su Sangre, su alma humana y su divinidad.

CAPITULO XVIII: POR QUIEN TODO FUE HECHO

Hemos hablado de lo que se puede llamar “misión eterna” del Verbo, como Hijo de Dios, en el interior mismo de la Santísima Trinidad, es decir, de su procesión del Padre. Pero además, como Verbo de Dios, Nuestro Señor, en la creación, ha sido aquel por quien todo fue hecho. Así se puede decir que Dios Padre lo ha enviado en la creación de todas las cosas. Es cierto que la creación es la obra de toda la Trinidad y no es particular al Verbo. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han obrado en la creación ⁸⁴. Pero el Verbo, al ser el ejemplar perfecto del Padre, es también el ejemplar de todas las criaturas. En El estaban, desde toda eternidad, todas las posibilidades de la creación, en toda su unidad y diversidad ⁸⁵.

Finalmente, la misión particular de Nuestro Señor, la misión del Verbo, en el misterio de la Encarnación y en el misterio de la Redención, se continúa y persevera en la Iglesia, en el sacerdocio de los sacerdotes, en el desarrollo de su Cuerpo místico y en el combate que este Cuerpo místico (que en cierto modo recibe su forma de Nuestro Señor, del Verbo de Dios) lleva a cabo contra las potencias del infierno y contra el poder del demonio.

Pero Nuestro Señor, como Verbo, no es sólo la causa eficiente y ejemplar de todas las cosas, sino también la causa final, puesto que todo ha sido hecho para El ⁸⁶. San Pablo nos dice que todo fue creado para El, no sólo por El, sino para El. Nuestro Señor es el centro y el fin de todas las cosas y de todas las criaturas.

En la epístola a los Hebreos (2, 10-11) san Pablo dice: «*Convenía que aquel para quien y por quien son todas las cosas...*». Esta frasecita tiene una gran importancia. «*...que se proponía llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por las tribulaciones al Autor de la Salud de ellos. Porque todos, así el que santifica como los santificados, de uno solo vienen*». Así pues, no sólo el mundo fue creado por el Verbo y por Nuestro Señor sino que además fue creado para El.

Ved lo que escribió san Francisco de Sales en su *Tratado del amor a Dios*:

«La santa Providencia determinó producir las demás cosas, tanto naturales como sobrenaturales, en favor del Salvador, para que los ángeles y los hombres puedan participar a su gloria sirviéndole» ⁸⁷.

El santo doctor insiste:

«Siendo que toda voluntad bien dispuesta que se determina a querer varios objetos igualmente presentes, prefiere a los demás aquel que es más digno de amor, la soberana Providencia al formar su proyecto y plan eterno de todo lo que iba a producir, quiso primeramente y amó con una preferencia de excelencia al objeto más digno de su amor que es nuestro Salvador; y luego, por orden, a las demás

⁸³ Como la exclamación del salmista: «¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti, en nada me complazco sobre la tierra. Desfallece mi carne y mi corazón y mi porción es Dios por siempre» (Sal. 72, 25-26).

⁸⁴ «De corazón creemos y con la boca confesamos que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, el solo Dios de que hablamos, es el creador, el hacedor, gobernador y disponedor de todas las cosas, espirituales y corporales, visibles e invisibles» (Profesión de fe propuesta a los Valdenses, año 1208; Dz. 421).

⁸⁵ Cf. Col. 1, 16: «En El (en el Hijo de Dios) fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra». Así lo comenta Santo Tomás:

«Los platónicos ponían ideas (eternas) y decían que todo lo que existe como tal participaba de una idea... En lugar de las ideas, nosotros tenemos una sola realidad: el Hijo, el Verbo de Dios... y así como decimos que el arquitecto construye la casa según la forma que concibe en sí, también decimos que Dios ha hecho todas las cosas en su sabiduría... Y esta forma y esta sabiduría eterna es el Verbo; de este modo todas las cosas fueron hechas en El, como un ejemplar o modelo. “Dixit et facta sunt”: “Dijo El y fue hecho” (Sal. 32, 9), porque en su palabra, en su Verbo eterno, Dios ha creado todas las cosas, de manera que ellas existan» (*Comentario a las epístolas de San Pablo*).

⁸⁶ «Todo fue creado por El y para El» (Col. 1, 16).

⁸⁷ Libro II, cap. 4.

criaturas según que se relacionan más o menos al servicio, honor y gloria de aquel. Así, todo fue hecho para este hombre divino, que por esto se le llama primogénito de toda criatura⁸⁸, poseído por la divina majestad al principio de sus caminos antes de hacer ninguna cosa».

San Francisco de Sales parafrasea la epístola de san Pablo a los Colosenses:

«Creado al inicio, antes de los siglos, puesto que en El todas las cosas fueron hechas, es antes que todo y todas las cosas están establecidas en El y El es la cabeza de toda la Iglesia, teniendo en todo y en todas partes la primacía»⁸⁹.

Es algo extraordinario y digno casi de contemplarse, pensar que todas las cosas fueron hechas para el Verbo encarnado. Todo lo que Dios ha hecho, toda la creación, todas las criaturas, los arcángeles, los ángeles, toda la historia de la humanidad, todo ha sido hecho para Nuestro Señor y pensando en Nuestro Señor Jesucristo. Es normal, porque todo es para Dios y todo vuelve a Dios por Nuestro Señor Jesucristo⁹⁰.

Al venir Nuestro Señor Jesucristo entre nosotros, como es Dios, todo tiene que estar hecho para El y nosotros mismos no valemos nada sino en la medida en que nos dirigimos a El o somos suyos⁹¹.

Nos quedamos asombrados al comprobar que el mundo, en su mayor parte, vive alejado de Nuestro Señor e ignorando a Nuestro Señor.

¡Ah, si los hombres hubiesen obedecido las órdenes de Nuestro Señor Jesucristo, según lo que dijo a los Apóstoles: «*Id, enseñad a todas las naciones*»! Los Apóstoles hicieron lo que pudieron, puesto que derramaron su sangre para que todo el mundo conociese a Nuestro Señor y que el mundo fuese evangelizado. Pero por culpa de quienes traicionaron a Nuestro Señor y que renegaron de El, naciones enteras se hallan actualmente y se han hallado durante siglos sin el conocimiento de Nuestro Señor.

Si todas las cosas fueron hechas para El, todas las cosas tienen que orientarse hacia El y depender de El.

Por el mismo hecho de su unión hipostática, Nuestro Señor tiene tres atributos esenciales: es el Salvador, el Sacerdote y el Rey. Estos tres atributos, que le pertenecen a Nuestro Señor como hombre, le son propios por naturaleza, es decir, por su constitución de Hombre Dios.

En Nuestro Señor Jesucristo sólo hay una Persona, la Persona del Verbo divino. Por el mismo hecho de que la Sagrada Humanidad de Nuestro Salvador, es decir su cuerpo y su alma, ha sido asumida por esta Persona divina, este hombre Jesucristo es el Salvador, el Sacerdote y el Rey. Es normal. Proviene lógicamente de su existencia, de su ser y de la voluntad de Dios⁹². Por consiguiente, el mundo tendría que someterse completamente. No tendría que existir ninguna criatura ni nación que no se sometieran a Nuestro Señor. Así tendrían que ser las cosas.

Tenemos que estar convencidos de esto, de modo que trabajemos por el reinado de Nuestro Señor Jesucristo y para que realmente se continúe su sacerdocio.

Por último, El es el Salvador. Todos los pueblos y todas las naciones tendrían que saber que no hay salvación posible fuera de Nuestro Señor Jesucristo, porque sólo hay un Salvador.

Tenemos que estar absolutamente convencidos, de modo que rechazemos todas las formas de esa especie de falso ecumenismo que inventa caminos de salvación fuera de Nuestro Señor y que inventa un sacerdocio fuera de Nuestro Señor y un rey fuera de El, es decir, el reino del hombre y el reino del pueblo, esa falsa democracia que pone al pueblo en el lugar de Dios y en el lugar de Nuestro Señor.

⁸⁸ «*Primogenitus omnis creaturae*» (Col. 1, 15).

⁸⁹ Cf. Col. 1, 16-18.

⁹⁰ «Cristo, en cuanto hombre, es para nosotros el camino para llegar a Dios» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I^a, cuest. 2, introduc.).

«Nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, nos ha mostrado en sí mismo el camino de la verdad por el que podemos llegar, al resucitar, a la bienaventuranza de la vida inmortal» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III^a, prólogo)

⁹¹ Es decir, en el orden de la gracia, en el que los miembros de su Cuerpo místico están unidos con su Cabeza, «sea por la fe, por la caridad o por la fruición en la Patria» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III^a, cuest. 8, art. 3).

⁹² «El oficio propio del sacerdote es el de ser mediador entre Dios y el pueblo (...) y esto le conviene eminentemente a Cristo... El reconcilió al género humano con Dios, conforme a lo que dice san Pablo (Col. 1, 19-20): «En El, es decir, en Cristo, le plugo al Padre que habitase toda la plenitud y por El reconciliar consigo todas las cosas», por lo que a Cristo le conviene en sumo grado ser sacerdote» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III^a, cuest. 22, art. 1).

Se trata realmente de la herejía moderna, que se puede denominar con un nuevo término, puesto que parece que hay una nueva herejía además del modernismo, del liberalismo y de todos los errores antiguos.

Me parece que podemos definir este error moderno como el ecumenismo, ese falso ecumenismo. Si pudiese haber un verdadero ecumenismo, sería conveniente definirlo antes que nada ⁹³.

Este falso ecumenismo es el que hace que la Iglesia católica ya no sea la única verdadera religión. Los hombres de Iglesia se han inventado esta nueva Iglesia ecuménica que se pone en plan de igualdad con las otras religiones, que acepta todos los errores y, por eso mismo, laiciza todos los estados. Se disuelve y ya no existe el reinado de Nuestro Señor Jesucristo.

Así, Nuestro Señor ya no puede reinar. No reina entre los musulmanes ni entre los budistas; ni reina entre los protestantes, que creen más o menos en su divinidad ⁹⁴ y que, sobre todo, no creen que la Iglesia católica sea la verdadera religión.

Por esto, tenemos que volver a las verdades fundamentales y esenciales: ¿qué es Nuestro Señor? El gran problema de la humanidad y nuestro gran problema es este: ¿qué es Nuestro Señor Jesucristo?

Es muy consolador, confortante y tonificante pensar que Nuestro Señor es aquel para quien todas las cosas fueron hechas.

CAPITULO XIX: EL DOBLE MISTERIO DE UNIDAD

Antes de evocar la psicología de Nuestro Señor y en particular de su alma humana, de hablar también de sus relaciones con los santos ángeles y con los elegidos del cielo, en la medida en que nos es posible y en la que Dios nos lo ha dado a conocer, vamos a intentar adentrarnos aún más en la vida íntima de Nuestro Señor.

La vida íntima de Nuestro Señor, su vida espiritual y su vida interior humana, cuenta más que su vida corporal. Sin duda, el sacrificio de la Cruz requería necesariamente que el Verbo encarnado asumiese un cuerpo que pudiese ofrecer, que pudiese sufrir y que pudiese derramar su sangre. Pero Nuestro Señor no hubiera podido hacer esa oblación de su cuerpo sin su inteligencia, su voluntad y su alma ⁹⁵.

Uno de los puntos más apreciados por el magisterio de la Iglesia a lo largo de su historia ha sido la defensa de lo que es Nuestro Señor Jesucristo.

Todos los errores cristológicos (y bien sabe Dios que fueron muchos en el transcurso de los primeros siglos) fueron combatidos por los teólogos y por los obispos que vivían en esa misma época.

Ellos defendieron la verdadera naturaleza de Nuestro Señor Jesucristo y en particular la existencia de su alma humana, la de su inteligencia humana y la de su voluntad humana, contra el monotelismo ⁹⁶,

⁹³ Hablemos mejor del verdadero celo por la unidad de los cristianos, según el principio dado por Pío XI: «La unión de los cristianos no se puede fomentar de otro modo que procurando el retorno de los disidentes a la única y verdadera Iglesia de Cristo, de la cual un día desdichadamente se alejaron» (Encíclica *Mortalium animos*, 6 de enero de 1928, *Encíclicas Pontificias*, ed. Guadalupe, tomo I, pág. 1119). El ecumenismo supone el falso principio de la “Iglesias hermanas” que tendrían que reconciliarse arrepintiéndose de sus culpas, reconciliando sus divergencias y reconociendo el valor de las otras como tales en el misterio de la salvación (cf. Concilio Vaticano II, *Unitatis redintegratio*, n° 3-4).

⁹⁴ No admiten las consecuencias individuales (la gracia santificante) ni sociales (el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo).

⁹⁵ El sacrificio visible de su cuerpo suponía el sacrificio invisible de su alma: «Todo sacrificio visible -escribe san Agustín- es el sacramento, es decir, el signo sagrado de un sacrificio invisible. El sacrificio del espíritu que el hombre ofrece a Dios es un sacrificio invisible: según la palabra del Salmo (Sal. 50, 19): “Mi sacrificio, oh Dios, es un corazón contrito”» (*De civitate Dei*, Lib. X, cap. 5; Cf. *Suma Teológica*, III^a, cuest. 22, art. 2).

⁹⁶ Herejía del siglo VII, que negaba la dualidad de voluntades y de operaciones en Cristo: voluntad divina y voluntad humana distintas. El papa Honorio I favoreció esta herejía y fue anatematizado después de su muerte por el III concilio de Constantinopla (Dz. 291; Denzinger Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum*, Herder 1986, n° 552 y 556; abrev. DS.).

contra el monofisismo ⁹⁷ y contra todos los errores que intentaban destruir a Nuestro Señor Jesucristo ⁹⁸.

La Iglesia ha querido definir con tanta firmeza lo que era Nuestro Señor que luego (aunque siempre hubo quien negara a Nuestro Señor Jesucristo y en particular su divinidad, como cierto número de protestantes) podemos decir que en el interior de su Iglesia y en su enseñanza ya no hubo desviaciones profundas sobre lo que era Nuestro Señor Jesucristo.

Una de las cosas que afirmó más Nuestro Señor es su unidad con el Padre, y para nosotros es una fuente de gran consuelo ver esta unidad tan profunda y hermosa entre el Padre y el Hijo.

Pensar que el Hijo eterno de Dios estuvo presente ante los ojos de los apóstoles, recorrió esas sendas de Palestina, esos caminos y que vivió en ese país, es un hecho absolutamente consolador y estimulante para quienes creen en Nuestro Señor Jesucristo ⁹⁹.

Tenemos que recordar las palabras que Nuestro Señor pronunció sobre su unidad con el Padre, para estar perfectamente convencidos de esta realidad.

Ya hemos evocado la “misión eterna” de Nuestro Señor, que es la procesión del Verbo encarnado en el interior mismo de la Trinidad. Esta “misión” del Verbo es eterna y se continúa, por así decirlo, y se prolonga en el tiempo de la Encarnación ¹⁰⁰. Esta misión temporal nos informa sobre la unidad eterna entre el Padre y el Verbo.

En su obra *Las enseñanzas de Jesucristo*, el Padre Bonsirven escribe, como ya hemos visto:

«A partir de la misión de Cristo, entramos más en el misterio de su Persona: “Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo” dice Nuestro Señor (S. Juan 3, 13)».

Esta es una frase que arroja una luz extraordinaria sobre lo que es Nuestro Señor.

¿Qué es el cielo? El cielo es el Padre, el cielo es Dios. No es un lugar en el que reside el Padre. Es el mismo Padre. Es cielo es Dios. Así es precisamente en el Apocalipsis ¹⁰¹, no habrá ningún lugar ¹⁰². Dios estará en todos y por eso Dios será el cielo.

«Sino el que bajó del cielo».

¿Quién bajó, pues, del cielo? El Hijo del Hombre. El que está ahí, ante los apóstoles, vive en su Padre y está en el cielo.

⁹⁷ Herejía de Eutiques, condenado en el concilio de Calcedonia en el año 451, que profesó solemnemente «que ha de reconocerse a uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación» (Dz. 148, DS. 302). Los monofisitas pretendían que la divinidad y la humanidad se fusionan en Jesucristo en una nueva naturaleza.

⁹⁸ Porque negaban su divinidad (arrianismo), su humanidad (docetismo, monotelismo, apolinarismo), la distinción de las dos naturalezas (monofisismo), su unión real (adopcionismo) o la unidad personal de Jesucristo.

⁹⁹ «Está acostado en un pesebre, pero lleva el mundo; toma el pecho, pero alimenta a los ángeles; está envuelto en pañales, pero nos reviste de la inmortalidad; su madre lo amamanta, pero al mismo tiempo recibe la adoración de los magos; no halla lugar en las posadas, pero se prepara un templo en el corazón de los fieles; la fuerza se redujo a este estado de debilidad para comunicar a la debilidad una fuerza enteramente divina» (San Agustín, *Sermón* 190).

¹⁰⁰ San Agustín canta el doble nacimiento de Cristo, su procesión eterna y su misión temporal: «El es el revelador de su Padre y el creador de su madre, el Hijo de Dios nacido del Padre, sin madre; y el Hijo del hombre nacido de una madre, sin padre. Es el gran día de los ángeles y se ha hecho pequeño en el día de los hombres; el Verbo Dios antes de todos los tiempos, el Verbo hecho carne en el tiempo oportuno: el Creador del sol y creado El mismo bajo el sol. El regula el curso de los siglos en el seno de su Padre, y consagra el día presente saliendo hoy del seno de su madre; permanece siempre en el seno del Padre y sale del seno de su madre; Creador del cielo y de la tierra, nace bajo el cielo y sobre la tierra; Sabiduría inefable y sabiamente reducida al silencio de la niñez. Llena el mundo y está acostado en un pesebre; gobierna los astros y se amamanta en el seno materno, El tan grande por su naturaleza divina y tan pequeño en la naturaleza de servidor, pero sin que la pequeñez disminuya su grandeza ni la grandeza suprima su pequeñez. Pues al tomar un cuerpo humano no ha dejado de cumplir sus operaciones divinas ni de alcanzar con fuerza de un extremo a otro y disponer todas las cosas con dulzura (Sab. 8, 1)» (*Sermón* 187, n° 3).

¹⁰¹ San Juan vio un “cielo nuevo y una tierra nueva” (Apoc. 21, 1) y luego la “ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo” (v. 2). Luego oyó una voz fuerte desde el trono que le decía: «He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres y erigirá su tabernáculo entre ellos» (v. 3). Después, en esta ciudad san Juan confiesa: «Templo no vi en ella, pues el Señor, Dios todopoderoso, con el Cordero, era su templo» (v. 22).

¹⁰² Salvo para los cuerpos resucitados.

Nuestro Señor puede también decir:

«Nadie ha visto al Padre, sino sólo el que está en Dios, ése ha visto al Padre».

Parece que no son palabras tan semejantes pero, sin embargo, expresan la misma realidad. «Nadie ha subido al cielo», «Nadie ha visto al Padre», es la misma realidad. «*Sólo el que está en Dios, ése ha visto al Padre*» (S. Juan 6, 46). El que está en Dios es su Hijo. También lo escribe san Juan: el Hijo de Dios encarnado puede decir: «*Yo soy de arriba*», es decir, de Dios (S. Juan 8, 23), mientras que sus oyentes son de la tierra, “de abajo”. Y dice también:

«Antes que Abraham naciese, Yo soy» (S. Juan 8, 58).

Un presente, un presente de eternidad. En ese momento los judíos se precipitaron sobre El queriéndolo lapidar. Evidentemente, era una afirmación clara de su divinidad. «La unidad perfecta del Hijo y del Padre es al mismo tiempo una realidad actual, del presente» dice el Padre Bonsirven. Y luego esa frase que deja estupefacto:

“Yo y el Padre, somos una sola cosa” (S. Juan 10, 30) ¹⁰³.

¿Podía afirmar de modo más claro y más perfecto su unidad con el Padre?

Esto tiene que ayudarnos en nuestras meditaciones y en nuestras oraciones, cuando estamos ante el Santísimo Sacramento. Tenemos que tener esta conciencia, esta convicción y esta fe profunda de que Nuestro Señor es realmente Dios, y de que Nuestro Señor está en Dios y es uno solo con su Padre, y evidentemente, uno con el Espíritu Santo. Forma parte de la Santísima Trinidad.

Si consideramos a Nuestro Señor, podemos decir que, en cierto sentido, Nuestro Señor es más Dios que hombre. Desde luego, Nuestro Señor es hombre en toda su realidad y en toda su plenitud. Es un hombre perfecto, con un cuerpo y un alma como los nuestros ¹⁰⁴ e incluso es el hombre más perfecto de todos aunque, sin embargo, lo que le da la subsistencia a su humanidad es Dios. Es el Verbo de Dios el que asume esta humanidad ¹⁰⁵.

Como Dios es muchísimo mayor, muchísimo más infinito y más sabio que el hombre, es evidente que la realidad de Dios en Nuestro Señor es infinitamente mayor, infinitamente más hermosa y profunda que su realidad humana.

Sin embargo, por un misterio de la gracia de Dios y por un misterio de amor de Dios, vemos esta unidad entre esta criatura humana, este alma humana, este cuerpo humano, y Dios mismo. No forman sino una sola Persona en las dos naturalezas. También aquí hay una unidad perfecta.

Hubo errores y herejes que dijeron que las dos naturalezas estaban separadas pero formaban una sola cosa ¹⁰⁶. En Nuestro Señor Jesucristo, entre la naturaleza humana y la naturaleza divina, hay una unidad

¹⁰³ San Agustín lo comenta así: «Para que todavía no dudes un poco, escucha lo que sigue: “Yo y el Padre, somos una sola cosa”. Hasta entonces los judíos podían soportarlo; al escuchar: “Yo y el Padre somos una sola cosa” ya no lo soportaron y, duros como eran, corrieron a las piedras. “Trajeron piedras para apedrearle”. El Señor, que no sufrió lo que no quiso sufrir y que no sufrió más que lo que quiso sufrir, les habló de nuevo aunque ellos querían lapidarle. “Los judíos, pues, trajeron piedras para apedrearle. Jesús les dijo: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondieron los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios”. Era la respuesta a su afirmación: “Yo y el Padre, somos una sola cosa”. Mira: los judíos habían comprendido lo que los arrianos no comprenden. Por qué, en efecto, se habían irritado, sino porque se daban cuenta de que no se puede decir “Yo y el Padre, somos una sola cosa” sino donde hay realmente una igualdad entre el Padre y el Hijo» (*Sobre el Evangelio según san Juan*, Tratado 28, nº 8).

¹⁰⁴ El error de Apolinar fue pretender que en Jesucristo la divinidad hacía las veces de alma humana. El papa san Dámaso lo condenó en el año 375 con estas palabras: «Hay que confesar (...) que El mismo, la Sabiduría, el Verbo Hijo de Dios, recibió un cuerpo, alma y sentido, es decir, el Adán íntegro, y para expresarlo mejor, todo nuestro viejo hombre sin el pecado» (*Carta a Paulino, obispo de Antioquía*, DS 148)

¹⁰⁵ «Mas aun cuando sea Dios y hombre, no son dos, sino un solo Cristo, y uno solo no por la conversión de la divinidad en la carne, sino por la asunción de la humanidad en Dios» (Símbolo *Quicumque*, también llamado de San Atanasio, Dz. 40, DS 76).

¹⁰⁶ El P. Gervais Dumeige explica: «La doctrina de Cristo verdadero Dios (contra los judíos) y verdadero hombre (contra la gnosis pagana) son los dos pilares de base de la cristología, que se edifica sobre ellos desplegando la verdad de la unión hipostática: en Cristo la naturaleza divina y la naturaleza humana están unidas en una sola persona divina. Una sustancia o una personalidad puramente humana en Cristo sería incompatible con esta unidad (contra Nestorio). Además, Cristo no añade una adopción de hijo por la gracia a su cualidad de Hijo de Dios (contra el adopcionismo)» (*La Foi Catholique*, París 1982, pág. 179).

profunda y perfecta, pero evidentemente misteriosa. Esta unidad consiste en la Persona única de Nuestro Señor, verdaderamente divina, la Persona del Verbo ¹⁰⁷.

Es evidente que esto tuvo consecuencias considerables en la psicología humana de Nuestro Señor y en la vida de su alma. Este alma unida a Dios mismo estaba asumida por Dios. No había otra Persona. Todos los actos de este alma, lo mismo que todos los actos del cuerpo de Nuestro Señor, eran actos de Dios. Eran actos divinos, pues en Nuestro Señor no había dos Personas, sino una sola ¹⁰⁸.

La persona es el sujeto de atribución de todos nuestros actos y, por consiguiente, todos los actos que hizo Nuestro Señor deben ser llamados actos divinos.

CAPITULO XX: «YO Y EL PADRE SOMOS UNA SOLA COSA»

Entre Nuestro Señor y su Padre una unidad perfecta, como hemos visto, que no puede ser más perfecta, ya que Nuestro Señor es consustancial con su Padre.

Quizás una de las cosas más conmovedoras es ver la manera con la que Nuestro Señor afirma su unidad con su Padre.

«*Yo y el Padre somos una sola cosa*» dice Nuestro Señor, según san Juan (10, 30). Esta unidad, por supuesto, no se refiere a la unidad de Persona, puesto que hay tres Personas y que la Persona del Hijo es muy distinta a la del Padre, sino a la unidad de naturaleza (divina) de Nuestro Señor con su Padre, o más exactamente, a la consustancialidad del Hijo con su Padre.

Evidentemente, estos calificativos que atribuimos a Nuestro Señor son siempre delicados y tenemos que procurar no equivocarnos. Desde que hablamos de algo que se le atribuye, que se dice de la Persona (o del supuesto, como dicen los filósofos, o de la hipóstasis, como dicen los Griegos) se trata de algo divino. Todo eso se atribuye a Dios mismo.

Esta unión de la naturaleza humana y de la naturaleza divina en Nuestro Señor y la distinción entre las Personas de la Santísima Trinidad es un gran misterio. Todo esto se halla intrincado: la actividad del Padre, la actividad del Hijo, el ser del Padre, el ser del Hijo, el ser del Espíritu Santo, el ser de la Persona de Nuestro Señor Jesucristo y la actividad de su naturaleza humana... Todo esto nos pone en un ambiente que es, evidentemente, bastante difícil de definir.

Son dos grandes misterios. En Nuestro Señor se reúnen al mismo tiempo el misterio de la Trinidad y el misterio de la Encarnación; de ahí proviene cierta dificultad de comprensión y nuestra imaginación está siempre preparada para engañarnos. Por más que procuremos ver las cosas de modo puramente intelectual y objetivo, nuestra imaginación nos hace ver a Nuestro Señor como si fuese sólo una persona humana. No cabe duda de que es hombre, pero no es una persona humana. Sólo hay una Persona en Nuestro Señor, la Persona divina, y por consiguiente todo lo que se dice de El se le atribuye a Dios y es divino.

Así, cuando Nuestro Señor le dice a su Padre: «*Glorifícame cerca de Ti con la gloria que tuve cerca de Ti antes que el mundo existiese*» (S. Juan 17, 5), ¿cómo puede ser? El cuerpo de Nuestro Señor empezó en el seno de la Virgen María, es cierto, pero de Cristo podemos decir con verdad, con todas las potencialidades de su Persona: «*Christus heri, hodie et in saecula*» (Heb. 13, 8): «Cristo ayer y hoy y por todos los siglos» ¹⁰⁹.

¹⁰⁷ El término de unión hipostática denomina la unión de dos naturalezas en una sola hipóstasis o en una sola persona: la persona del Verbo divino.

¹⁰⁸ Todos los actos humanos de Nuestro Señor son metafísicamente actos de Dios, por el hecho de la unión hipostática. Pero psicológicamente Nuestro Señor Jesucristo no hubiese podido tener conocimiento de esto sin la gracia santificante, la ciencia infusa y la ciencia bienaventurada que iluminaba su inteligencia. Lleno de gracia y de verdad, Nuestro Señor tiene plena conciencia humana de su personalidad divina y de que sus actos humanos son actos de una persona divina. Así vemos como convenía que la gracia de unión hipostática estuviese acompañada, en el alma de Cristo, de una plenitud de la gracia santificante.

¹⁰⁹ San Agustín expresa la permanencia del Verbo y el progreso de la santa humanidad asumida: «El que salió como el esposo de su lecho nupcial (Sal. 18, 6), es decir del seno de una virgen, en el que el Verbo y la carne celebraron sus bodas enteramente divinas, hizo, lo repito, un milagro en el tiempo, pero existe desde toda la eternidad; es coeterno con el Padre, es el Verbo que era desde el principio, el Verbo que estaba en Dios, el Verbo que era Dios (S. Juan 1, 1)» (*Sermón* 126, n° 6).

San Pablo dice esto de Nuestro Señor mismo. Es eterno. Al hablar de Nuestro Señor, se habla de su Persona divina, unida a su naturaleza humana, y se trata de Nuestro Señor, que es eterno. Aquí hallamos una dificultad para expresarnos, pero tenemos que volver a las verdades fundamentales del ser de Nuestro Señor Jesucristo: su Persona divina. La Persona divina de Nuestro Señor es eterna: era, es y será. El hecho de nacer en el seno de la Virgen María no le afecta a su Persona ¹¹⁰, del mismo modo que la creación no supone ningún cambio en Dios, que no sería perfecto si la creación le añadiese algo.

En Dios no puede haber cambio, ni mutación, ni aumento, ni disminución ¹¹¹. Dios es perfecto para siempre y desde toda la eternidad. Tiene un ser infinito y la creación no le afecta para nada.

Evidentemente, para nosotros es un gran misterio. Sin embargo, es así, pues si no caeríamos en conclusiones absurdas que harían que Dios no fuese Dios.

Puesto que la Persona de Nuestro Señor es Dios, tiene todos los atributos de Dios: es eterna, no entra en el tiempo y no le afecta la mutación de las cosas temporales. ¡Ved qué gran misterio es la Encarnación!

Es muy importante que reflexionemos sobre todas estas cosas y las meditemos. Nos hallamos en pleno misterio, precisamente el gran misterio, que nos ha revelado Nuestro Señor y que debe colmarnos de alegría y de esperanza.

Este Dios eterno se unió realmente a una naturaleza humana y física en el seno de la Santísima Virgen, pero hay que darse cuenta de que el cuerpo y el alma humana de Nuestro Señor no existirían sin la Persona divina.

Todo lo que hay en nosotros existe sólo por medio y por estar soportado por la persona que Dios nos ha dado y que es realmente responsable de todo nuestro ser.

Del mismo modo, en Nuestro Señor, la Persona divina es la que tomó y que asumió realmente esta naturaleza humana de una manera perfecta. Por eso es verdad que Nuestro Señor puede decir que hay una unidad perfecta entre El y el Padre, pero no podemos decir que haya una unidad y una igualdad perfectas entre la naturaleza humana de Nuestro Señor y Dios Padre. No, pues en ese caso estaríamos extrayendo la Persona, atribuiríamos a la naturaleza humana los atributos de Dios y esto, evidentemente, es imposible.

Que Nuestro Señor pueda decir ante sus apóstoles, con toda verdad y sin engañarlos: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” y que “Yo y el Padre somos una sola cosa” (S. Juan 10, 38 y 30) es algo inaudito; ¡que una Persona que se presenta bajo las apariencias humanas pueda decir semejante cosa, es extraordinario!

Por lo mismo, Nuestro Señor afirma de sí mismo todos los atributos divinos. Afirma su eternidad. Puede decir: «Yo no he tenido principio ni tendré fin». Es verdad, Nuestro Señor puede decir esto porque se refiere a su Persona y no a su naturaleza humana, que no existe por sí misma y que no puede separarse de la Persona.

Siempre tenemos la tendencia a dividir a Nuestro Señor y decir: sí, tenemos la Persona de Dios y la persona del hombre. ¡Pero este es un punto de vista herético! ¹¹², ya que sólo hay una Persona en Nuestro Señor; volvemos siempre a lo mismo. Los fariseos y los escribas le dijeron: «Tú te haces Dios, siendo que tú eres sólo un hombre» y quisieron lapidarlo. Se comprenden sus sentimientos: no tenían la fe ¹¹³.

¹¹⁰ El nacimiento temporal del Verbo no afecta realmente a la Persona del Verbo, salvo según nuestro modo de concebir las cosas, como cuando decimos “el Verbo se hizo carne”. En realidad no le afecta a la misma naturaleza asumida: «la naturaleza humana asumida se ennoblece, pero el Verbo mismo de Dios no cambia» enseña santo Tomás (III^a, cuest. 2, art. 6, ad 1) citando a san Agustín en su *Libro de 83 cuestiones*, cuest. 73.

¹¹¹ Dios es inmutable: «Yo soy Dios y no cambio» (Mal. 3, 6). Al ser Dios perfecto, no puede crecer ni disminuir en perfección (Cf. *Suma Teológica*, I^a, cuest. 9, art. 1). E incluso «sólo Dios es inmutable, mientras que las cosas que El ha hecho, al ser sacadas de la nada, son cambiantes» (san Agustín, *De natura boni*, cap. 1, citado por santo Tomás, *Suma Teológica*, I^a, cuest. 9, art. 2, sed contra).

¹¹² Es la herejía de Nestorio o de los adopcionistas.

¹¹³ Y los judíos piadosos actuales desgraciadamente piensan igual, como la madre de Edith Stein, que le decía a su hija cuando iba a entrar en el Carmelo de Colonia: «No tengo nada contra él... Puede que haya sido un hombre muy bueno. Pero ¿por qué se hizo semejante a Dios?» (Edith Stein, por una monja francesa, Seuil, París 1953, pág. 134).

Nos hace bien meditar estas pequeñas frases que Nuestro Señor le dijo a sus apóstoles. Son capitales, pues constituyen el fundamento de toda nuestra religión. La religión católica está fundada sobre la Persona de Nuestro Señor Jesucristo.

De este modo, si comenzásemos a disminuir la Persona de Nuestro Señor Jesucristo como lo hicieron los Arrianos, por ejemplo, que decía que Nuestro Señor era una persona muy elevada pero por debajo del Padre, lo convertiríamos en una persona creada y ya no increada. Eso es muy peligroso y por esto, por el mismo hecho de esta aserción, los Arrianos dejaban de ser católicos; habían perdido la fe.

No se puede dividir a Nuestro Señor, no podemos “disolverlo”. San Juan lo repite hasta la saciedad, sobre todo en sus cartas ¹¹⁴.

«Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre» (1 Juan 2, 23).

Y «Carísimos, no creáis a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios, porque muchos seudoprofetos han salido en este mundo. Podéis conocer el espíritu de Dios por esto: todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ése no es de Dios, es del anticristo, de quien habéis oído que está para llegar y que al presente se halla ya en este mundo» (1 Juan 4, 1-3).

Toda nuestra fe y nuestra fuerza consiste en la afirmación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

En todas las encíclicas, los papas sólo repetían esto. Y por esto, en la encíclica *Humanum genus*, León XIII condenó y excomulgó a los francmasones, a los que los reciben y a los que los ayudan. La razón es precisamente este indiferentismo con todas las religiones, que en estas sectas se admiten en pie de igualdad. Los papas, como todos los que tienen la fe, no pueden admitir esto.

Creemos en la divinidad de Nuestro Señor y este indiferentismo la cuestiona y la ataca directamente. Creemos realmente que la Persona de Nuestro Señor es igual a su Padre, que El es realmente el Hijo de Dios eterno, al poseer todos sus atributos, la omnipotencia, la omnipresencia y toda la ciencia de Dios. Nuestro Señor no es un semidiós o un hombre muy sobrenatural y muy perfecto. No: El es Dios. Si Nuestro Señor es Dios, sólo hay una religión posible en este mundo y en el cielo: la de Nuestro Señor Jesucristo. No puede haber otra.

Los que tienen fe (y los que, como los Papas, tienen la misión de defenderla) son muy sensibles a esta definición.

Esto no significa que no tengamos que amar a los que están en el error y extraviados en las falsas religiones, para intentar convertirlos; pero algo muy distinto sería darles la impresión de que nuestra religión es igual que la suya o que la suya es igual que la nuestra. Eso jamás, no se puede aprobar por nada en el mundo, pues sería una mentira y una traición a Nuestro Señor. La religión católica ha sido fundada por Nuestro Señor Jesucristo. Es, en definitiva, su Cuerpo místico, la prolongación de Nuestro Señor, que es Dios. No hay otros dioses. Es de una lógica implacable y no se permite ninguna duda sobre el tema.

Actualmente vivimos en un clima falso, con un falso ecumenismo que deteriora nuestra santa religión, que la empequeñece al intentar hacer compromisos. Todas esas reuniones con los judíos, los protestantes, los budistas o los musulmanes, dan la impresión que se discute de igual a igual. No, no es posible y eso no depende de nosotros. Existe, por supuesto, una cierta igualdad, puesto que son criaturas como nosotros, pero nosotros poseemos la verdad.

La verdad es que Nuestro Señor Jesucristo es Dios y que todo el mundo le está sujeto. Sólo hay un Dios, al que tenemos que someternos, Nuestro Señor Jesucristo. No tenemos derecho a disminuir esta verdad. No tenemos derecho, por ejemplo, a darle a un musulmán la impresión de que su religión vale tanto como la nuestra. Eso sería una traición. Ni Judas hizo algo peor. Y de él se dijo:

¹¹⁴ San Juan, que vivía en el siglo I, evidentemente no conoció a los herejes posteriores, a Arrio, Nestorio y otros; pero conoció la herejía de Cerinto. Este enseñaba -según san Ireneo- que «Jesús era el hijo de José y de María, que Cristo había venido en él en el bautismo bajo la forma de la paloma y, finalmente, que Cristo se fue de Jesús, dejándolo soportar la Pasión y resucitar, mientras que Cristo, ser eterno, no dejó de ser impasible» (Cf. *Ad. Haereses*, I, 26). Pero si Jesús no es Dios, su Pasión no nos salva. Disolviendo a Cristo, este hereje suprimía la Redención. Al denunciar a Cerinto, el apóstol san Juan se hacía el precursor de todos los santos obispos, concilios y papas que, durante los 4 siglos siguientes, también condenaron a los herejes que “disolvían” a Cristo.

«Mejor le fuera a ése no haber nacido» (S. Mat. 26, 24).

Si nosotros también traicionamos a Nuestro Señor Jesucristo, nos arriesgamos a irnos al infierno; no tenemos derecho a traicionar a Nuestro Señor. Se trata de algo absolutamente capital y fundamental. Las relaciones entre el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo (la Santísima Trinidad) son realmente esenciales en nuestra santa religión. Tienen que ser el objeto de nuestras meditaciones profundas y de nuestras oraciones: adorar a la Trinidad Santa y adorar a Nuestro Señor Jesucristo, que es Dios ¹¹⁵. Volvamos a leer una vez más al apóstol san Juan, que en su Evangelio, refiriendo las palabras de Nuestro Señor, escribió:

«Soy Hijo de Dios. Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya no me creáis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre» (S. Juan 10, 36-38).

Una vez más, Nuestro Señor afirma su divinidad con gran precisión y es evidente que ninguna criatura puede pretender nada semejante. Afirma su igualdad con Dios. Y como ya he dicho, los judíos no se equivocaron, sino que comprendieron bien.

San Juan refiere también la respuesta que Nuestro Señor le hizo a Felipe, que le preguntaba: «*Muéstranos al Padre*» (S. Juan 14, 8). «*¿No crees —le respondió Jesús— que Yo estoy en el Padre y el Padre en mí?*» (S. Juan 14, 10). Y en el versículo 20, san Juan añade estas palabras de Nuestro Señor: «*En aquel día conoceréis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y Yo en vosotros*».

Hay que tener, pues, esta profunda convicción y comunicarla, de lo que dijo Nuestro Señor: «Yo y el Padre somos una sola cosa», es la verdad, que todos tenemos que creer y amar.

CAPITULO XXI: HEMOS VISTO SU GLORIA

Las reflexiones a las que nos hemos entregado hasta aquí, nos han permitido salir del mundo de las contingencias para elevarnos al mundo eterno que, por lo menos, es permanente.

Como hemos visto, Nuestro Señor afirma claramente su unidad con el Padre, esta compenetración del Padre y del Hijo, esta comunicación integral de naturaleza y de bienes que el Hijo ha recibido del Padre, Principio único. Lo afirma claramente, sobre todo en su magnífica oración sacerdotal, que tenemos que leer con frecuencia: es tan rica, tan consoladora y tan hermosa.

El primer párrafo, sin duda el más precioso, es como una mirada sobre la Santísima Trinidad misma.

«Esto dijo Jesús, y levantando sus ojos al cielo, añadió: Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que Tú le diste les dé El la vida eterna» (S. Juan 17, 1-2).

Nuestro Señor pide, pues, a su Padre que le dé esta gloria, gloria que El mismo le dio a su Padre mientras estuvo en este mundo y gloria que El comunicó también a los que el Padre le dio. Es decir, a todos los que son sus fieles discípulos, y por consiguiente, esto se aplica también a nosotros.

Son realmente palabras de eternidad, palabras admirables, que revelan perfectamente lo que realmente es Nuestro Señor, el Hijo eterno del Padre. Esta palabra “gloria” la encontramos frecuentemente en los labios de Nuestro Señor. Es la palabra que resume lo que la Iglesia siempre ha creído y enseñado sobre la Eternidad, el cielo y la Santísima Trinidad. En todo momento, en nuestras oraciones, repetimos el “*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*”, “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”. Acabamos la lectura de todos los salmos con este “*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*”, la recitación se hace más solemne y más lenta, porque esta oración realmente es lo mejor que le podemos decir a Dios: *gloria a Ti*.

¿Qué significa esta gloria? Es difícil de definir, porque es algo eterno que es propio de Dios y la divinidad para nosotros sigue siendo un gran misterio.

¹¹⁵ Un sermón más de san Agustín nos ayudará a esta adoración: «¿Cómo podía dejar de ser Dios al hacerse hombre, si hizo que su madre permaneciese virgen incluso después de dar a luz? Cuando el Verbo se hizo carne, no se anonadó transformándose en carne, sino que la carne, para no perecer, fue elevada hasta la unión con el Verbo. El hombre es cuerpo y alma, y Jesucristo es Dios y hombre. El mismo, siendo hombre, es Dios; y el mismo, siendo Dios, es hombre; no hay confusión de naturalezas sino unidad de persona. Una vez más, digamos que el Hijo de Dios, coeterno con el Padre que lo ha engendrado, quiso tener un comienzo, naciendo de una virgen, como Hijo del hombre. De este modo, la humanidad vino a unirse a la divinidad del Hijo, sin hacer, sin embargo, una cuarta persona: la Trinidad permanece» (Sermón 186, nº 1).

Creo que podemos pensar que esta gloria, ese esplendor y honor que se le debe a Dios, proviene de la riqueza del Ser divino que lo contiene todo, que es el autor de todo, que tiene la omnipotencia, que es eterno y que es una inteligencia infinita y un espíritu infinito.

Esta irradiación espiritual tiene también consecuencias en los cuerpos. Nuestro Señor lo mostró en su propio cuerpo ¹¹⁶. Pero es evidente que se trata sobre todo de la gloria espiritual.

Nuestro Señor mismo dijo:

«Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (S. Juan 17, 3).

No se trata de que nos representemos en la imaginación un fulgor espléndido o una luz como la que los apóstoles vieron en la Transfiguración, sino de una luz espiritual, mucho más profunda, mucho más íntima y mucho más rica que la luz puramente corporal y puramente física. Nuestro Señor pide que le sea restituida la gloria que tuvo antes de que el mundo existiese.

Pero de hecho, durante su vida en este mundo Nuestro Señor nunca perdió esta gloria sino que, sencillamente, no permitió que transparentase de un modo habitual a través de su cuerpo ¹¹⁷.

Al tener la visión beatífica y ser el Hijo de Dios, Nuestro Señor no dejaba de estar en el seno de la Trinidad, de estar en el gozo más perfecto en su alma, en su espíritu, en su inteligencia, en su voluntad y en su corazón. Es imposible pensar que hubiese un instante en el que el Hijo no le diese gloria a su Padre y en el que el Padre no le comunicase su gloria a su Hijo ¹¹⁸.

Pero a los apóstoles, Nuestro Señor no se les aparecía ni estaba ante ellos con esta gloria de un modo constante ¹¹⁹. Pide que su Padre le vuelva a dar con la Resurrección esta gloria corporal.

De esto mismo habla santo Tomás cuando se pregunta por qué se dice que Nuestro Señor está a la diestra del Padre.

«¿Le conviene a Cristo sentarse a la diestra de Dios Padre?

¿Le conviene según su naturaleza divina?

¿Le conviene según su naturaleza humana?

¿Le conviene como algo propio?» (IIIª, cuest. 58)

Para santo Tomás y según san Juan Damasceno, por la palabra diestra se puede comprender la gloria de la divinidad:

«Sentarse a la diestra del Padre no es sino poseer junto con el Padre la gloria de la divinidad, la beatitud y la potestad de juzgar, y esto de modo inmutable y real. Esto es algo que le conviene al Hijo por ser Dios...» (IIIª, cuest. 58, art. 2).

También se puede comprender esta posición de Cristo a la derecha del Padre como la dignidad comunicada a la naturaleza humana de Jesús por la gracia de unión personal; o mejor aún, como

«la gracia habitual que es más abundante en Cristo que en las otras criaturas, en cuanto la misma naturaleza humana es más bienaventurada en Cristo que en las demás criaturas y tiene sobre las demás criaturas un poder real y de juez» (IIIª, cuest. 58, art. 3).

Y santo Tomás resume y concluye:

«Se dice que Cristo está sentado a la diestra del Padre, en cuanto que según la naturaleza divina es igual al Padre y según la naturaleza humana posee los bienes divinos de un modo más excelente que las

¹¹⁶ En su Transfiguración. Cf. S. Mat. 17, 1-9.

¹¹⁷ La gloria es no sólo la de la divinidad de Cristo sino también la de su alma humana constantemente beatificada por la visión beatífica de la divinidad. Es la gloria humana de su alma, que tendría que haberse reflejado normalmente sobre su cuerpo haciéndolo luminoso, ágil, impasible e inmortal, como los cuerpos gloriosos. (Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, IIIª, cuest. 45, art. 2).

¹¹⁸ «Al estar -dice san Agustín- asociado a nuestras miserias por un cuerpo perecedero, tiene que poseer una santidad inmortal en su alma; y por este glorioso parecido, independientemente de la distancia de los lugares, tiene que permanecer unido a las glorias de la divinidad y que de este modo, le dé a nuestra purificación y a nuestra liberación una ayuda realmente divina» (*La ciudad de Dios*, Lib. IX, cap. 17, nº 2).

¹¹⁹ Si la gloria de la divinidad y la de su alma no se reflejaban sobre el cuerpo, era como consecuencia de una disposición divina, explica santo Tomás, «para que llevase a cabo los misterios de nuestra redención en un cuerpo capaz de sufrir» (IIIª, cuest. 45, art. 2); y también para que Nuestro Señor pudiese «vivir familiarmente con los hombres y les diese así la confianza necesaria para que se acercasen a El» (IIIª, cuest. 40, art. 1).

demás criaturas. Ambas cosas sólo le convienen a Cristo, por lo que a nadie más, ni ángel ni hombre, le conviene estar sentado a la diestra del Padre» (*IIIª, cuest. 58, art. 4*).

Y añade una consideración:

«Al ser Cristo nuestra cabeza, se nos ha otorgado a nosotros todo lo que se le ha otorgado a El. Y por eso, dice el Apóstol que al haber resucitado El, en cierto modo Dios nos ha resucitado a nosotros, porque todavía no hemos resucitado en nosotros mismos sino que tenemos que resucitar, según aquello de la epístola a los Romanos: “El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, vivificará también nuestros cuerpos mortales” (Rom. 8, 11)» (*IIIª, cuest. 58, art. 4, ad. 1*).

Siguiendo el mismo modo de expresarse, el Apóstol escribe también: «Nos ha hecho sentarnos con El en el cielo» (Efes. 2, 6),

«es decir, que nuestra cabeza, que es Cristo, está sentado allí» (*ibid.*).

Así pues, si no podemos pretender estar sentados a la diestra del Padre, porque somos pobres criaturas, sin embargo, a través de Cristo, que es la cabeza del Cuerpo místico, podemos tener este privilegio.

«El que medita sencillamente estas elevaciones de la oración sacerdotal, dice el P. Bonsirven, puede ver el sentimiento de esta unidad profunda con su Padre, de la que Cristo era consciente; esta comunión total, que se expresa en el don del nombre divino y de la gloria divina, tiene como fuente el amor que está en Dios, el cual se difunde primeramente en el Hijo único para que por El se extienda sobre los demás hijos de Dios.

Así comprendemos la importancia de los títulos que se le dan a este Hijo: el muy amado, el unigénito y el único engendrado, expresiones que dicen más que el Hijo único»¹²⁰.

La palabra consustancialidad puede parecernos demasiado técnica y filosófica y sin embargo es la única que conviene. A causa de su consustancialidad con el Padre, al Hijo se le da toda gloria y participa realmente de todos los atributos del Padre.

Hablando de la gloria de Nuestro Señor, el Padre Sauvé escribe en su obra *Jesús íntimo*:

«El cielo sólo será el desarrollo completo, el florecimiento perfecto de la gloria de Jesús. Si queremos empaparnos bien de esta verdad tan importante, cuya finalidad es la de darnos una idea real de Nuestro Señor y también de nuestra unión eterna con El, y de nuestra eterna dependencia hacia El, tenemos que considerarlo con fe y con amor bajo sus diferentes aspectos».

Y el P. Sauvé repasa todos los títulos por los que Nuestro Señor tiene esta gloria y nos la comunica, precisamente porque como hombre es la cabeza de la Iglesia triunfante al igual e incluso más perfectamente que de la Iglesia de la tierra y del purgatorio.

«Así como la divinidad y el alma santa de Nuestro Señor iban desarrollando durante su infancia y juventud, con una perfección admirable, el cuerpo de Jesús que glorificaban por su influencia eterna, la santa humanidad va desarrollando en el transcurso de los tiempos su Cuerpo místico y lo va vivificando y santificando en la tierra, purificándolo en este mundo y en el purgatorio, esperando que en la eternidad lo animará más perfectamente y lo glorificará y lo beatificará por siempre.

El cielo no será más que Jesús colmando a todos los santos con su vida, su gozo y su gloria. Será todo en todos» (*I Cor. 15, 28*).

Estas páginas son muy hermosas y nos muestran cómo, Nuestro Señor, en su humanidad gloriosa, nos comunica la gloria que ha recibido de su Padre.

«Cómo me alegra este papel de vuestra humanidad, oh Jesús; después de haber sido mi alimento en este mundo, será bajo vuestra divinidad mi gloria en la eternidad (...) Cuál sería mi locura si desde ahora no bebiese yo de esta fuente inagotable de la gracia, la caridad, todos los días, a cada hora y sobre todo a la hora tan fecunda de los sacramentos, de la comunión y de la absolución para beber un día en el cielo con más abundancia la gloria y el amor eternos. Jesús objeto de admiración eterna para todos santos. Jesús ejemplo y fuente de gloria será al mismo tiempo, por su Sacrificio, el alma de sus adoraciones, de sus alabanzas y de sus agradecimientos».

Esto es lo que podemos decir de la gloria de Nuestro Señor y de la comunicación de la que gozaremos (esperémoslo) en el Cielo.

¹²⁰ *Les enseignements de Jésus-Christ*, pág. 414-415.

CAPITULO XXII: EL ESPIRITU SANTO, ESPIRITU DEL HIJO

Después de haber reflexionado sobre las relaciones de Nuestro Señor con su Padre y sobre las relaciones del Padre con el Hijo, y de haber estudiado en qué consiste la gloria del Padre y la comunicación de esta gloria del Padre al Hijo, pasemos ahora a las relaciones del Hijo con el Espíritu Santo y a la unidad del Hijo con el Espíritu Santo.

Estas consideraciones son, evidentemente, muy difíciles y algunas veces pueden parecernos muy abstractas durante nuestras meditaciones u oraciones. Puede parecernos casi inaccesible elevarnos a esta esfera de la Santísima Trinidad, colocarnos en su presencia y darnos cuenta de los lazos que unen a Nuestro Señor (que era al mismo tiempo hombre y Dios) con su Padre y el Espíritu Santo.

Sin embargo, en la Sagrada Escritura están las palabras mismas que pronunció Nuestro Señor, que son claras y que no podemos descuidar.

El Espíritu Santo tiene una parte muy importante en la realización de la Encarnación. La Encarnación es la obra de la Santísima Trinidad y no solamente del Verbo que se encarnó ¹²¹. Por esto mismo, el Padre, el Espíritu Santo y el Hijo se mostraron visiblemente unidos en el bautismo de Nuestro Señor.

Sobre todo en el Evangelio de san Lucas destaca la mención de la acción del Espíritu Santo. Todos conocemos, por supuesto, esta intervención del Espíritu Santo ante la Santísima Virgen. El ángel Gabriel le contesta:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios» (*S. Luc. 1, 35*).

Es la primera mención del Espíritu Santo en la realización de la Encarnación ¹²².

Un poco más adelante leemos:

«Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Movido del Espíritu, vino al templo» (*S. Luc. 2, 25-27*).

Parece que el Espíritu Santo fue sobre todo el que manifestó la Encarnación; la realizó en la Santísima Virgen María y la manifestó por el anciano Simeón.

Es también san Lucas el que hace la narración del bautismo de Nuestro Señor, de este modo:

«Aconteció, pues, cuando todo el pueblo se bautizaba, que bautizado Jesús y orando, se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre El, y se dejó oír del cielo una voz: “Tú eres mi Hijo amado, en Ti me complazco”» (*S. Luc. 3, 21-22*).

Y en el capítulo cuarto, el evangelista añade:

«Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto» (*S. Luc. 4, 1*).

Estas frases del Evangelio son realmente reveladoras de lo que Dios ha hecho por nosotros. Es admirable pensar que Dios ha querido precisamente manifestar esta presencia del Espíritu Santo en la concepción de Jesús, después en la manifestación que proclamó el anciano Simeón, y luego aún en el bautismo de Nuestro Señor, de un modo corporal, y con la palabra del Padre que también se manifiesta.

No se puede, pues, decir, que la divinidad de Nuestro Señor sólo se manifestó en el Evangelio al final de su vida y, menos aún, que Nuestro Señor mismo sólo conoció su divinidad al fin de su vida. ¡Es inconcebible! Y sin embargo es lo que con frecuencia pretenden los teólogos modernistas.

Es interesante leer atentamente todos estos pasajes de los evangelios para apreciar bien la unión de Nuestro Señor con el Espíritu Santo, como lo escribe san Lucas:

«Jesús, impulsado por el Espíritu, se volvió a Galilea» (*S. Luc. 4, 14*).

¹²¹ El sujeto o, más bien, el término de la Encarnación es la persona del Hijo de Dios, pero la causa o, más bien, el principio de la Encarnación es la *naturaleza divina* común a las tres personas, «porque la asunción de la naturaleza humana de Cristo se hizo por su virtud» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III^a, cuest. 3, art. 2).

¹²² Aunque es común a las tres personas divinas, el Arcángel san Gabriel le apropia la virtud de la Encarnación a la persona del Espíritu Santo, sin duda por la semejanza especial de la virtud de la Encarnación con la persona del Espíritu Santo (cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I^a, cuest. 39, art. 8).

Aquí hay, si así se puede decir, una gran inmanencia del Espíritu Santo en Nuestro Señor, mucho más que por la gracia santificante.

La presencia simultánea de las tres Personas en la Santísima Trinidad manifiesta la igualdad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y la consustancialidad de las tres Personas.

Nuestro Señor mismo lo afirma en el Evangelio de san Juan. Ahí, sus afirmaciones relativas al Espíritu Santo son mucho más explícitas:

«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni le conoce; vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos» (S. Juan 14, 15-18).

Un poco más adelante, en los versículos 25 y 26, el apóstol que Jesús amaba continúa:

«Os he dicho estas cosas mientras permanezco entre vosotros; pero el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que Yo os he dicho».

Y en el capítulo 16, Nuestro Señor insiste más:

«Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquel, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo» (S. Juan 16, 12-13).

Las frases que siguen son las más características sobre el Espíritu Santo y manifiestan precisamente las relaciones con el Espíritu Santo en el seno de la Santísima Trinidad.

«Porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer» (S. Juan 16, 13-14).

Anteriormente, Nuestro Señor hablaba sobre todo del Padre: «Mi Padre os lo enviará; mi Padre os lo comunicará», pero aquí no.

Luego siguen unas frases realmente misteriosas y al mismo tiempo profundas:

«Todo cuanto tiene el Padre es mío; por esto os he dicho que tomará de lo mío y os lo hará conocer» (S. Juan 16, 15).

Nuestro Señor está aquí en igualdad con el Padre: «Todo cuanto tiene el Padre es mío» y, por consiguiente, lo que el Padre le hace decir al Espíritu Santo, todo esto también viene de mí. El Espíritu Santo recibirá de lo mío. Es la unión íntima del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La Santísima Trinidad es el gran misterio. Es la afirmación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y de la indisolubilidad de la Santísima Trinidad¹²³.

No podemos dejar de profesar nuestra fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ni podemos separar a una Persona de otra (por ejemplo, profesar únicamente al Padre), porque las tres Personas son consustanciales. San Juan dice también muy bien en sus epístolas: «*El que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre*»¹²⁴. En nuestra fe no se puede separar a las Personas de la Santísima Trinidad.

Por eso no se puede decir, como ahora se oye a menudo, que tenemos el mismo Dios que los judíos y musulmanes. Con frecuencia se habla de las “tres grandes religiones monoteístas”, poniéndolas en pie de igualdad, ¡como si adorásemos al mismo Dios!

Por el hecho mismo de que los judíos rechazan a Nuestro Señor, por el hecho mismo de que los musulmanes no reconocen la divinidad de Nuestro Señor, ni unos ni otros adoran al mismo Dios que nosotros. De ninguna manera se puede decir que tienen el mismo Dios que nosotros, pues no es cierto. Desde el momento en que se rechaza a la Santísima Trinidad, se rechaza a Dios. Nuestro Señor no está separado del Padre: son consustanciales, hay un solo Dios. Al negar a Jesucristo ya no se adora al verdadero Dios.

¹²³ No confundimos los dos misterios, el de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación, sino que los consideramos simultáneamente en su cohesión, lo que hace que algunos herejes, con el pretexto de no dividir a la persona única de Cristo, dividan a la Trinidad al rebajar la persona del Hijo (Arrio); y otros, con el pretexto de no dividir a la Trinidad en la igualdad de Personas, dividan a Cristo separando en El a Dios y al hombre (Nestorio).

¹²⁴ Cf. 1 Juan 2, 23; 4, 3.

No es posible. Hoy en día son errores corrientes en la pluma y en los discursos de cualquier sacerdote, de cualquier teólogo y de cualquier obispo. ¡E incluso las autoridades más elevadas de la Iglesia hablan de las “tres grandes religiones monoteístas”!

CAPITULO XXIII: EL PADRE QUE MORA EN MI HACE SUS OBRAS

No sólo existe esta unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, esta comunicación entre ellos, sino que se puede decir también que el Padre y el Espíritu Santo obraban también en el Hijo y que la acción del Padre y del Espíritu Santo se manifestó en Nuestro Señor. El Padre es el Principio de todas las operaciones del Hijo. En esto no hay que minimizar el sentido de las palabras. El Padre Bonsirven explica, como observa san Cirilo de Alejandría:

«Las operaciones que el Hijo recibe del Padre, son operaciones divinas, que no podría llevar a cabo una naturaleza humana. No han sido, pues, confiadas a un hombre ni es un hombre quien las reclama: el Verbo recibe otra vez sus prerrogativas eternas, no recibe algo como si aún no lo tuviese; si parece que pide como si no poseyese es para manifestar que el Padre es el único principio por quien el Hijo recibe todo lo que es. Esta acción especial del Padre sobre las operaciones del Hijo se halla definida en dos textos que hay que unir: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre: ¿Cómo me dices tú: Muéstranos al Padre? No crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que Yo os digo no las hablo de mí mismo; el Padre, que mora en mí, hace sus obras» (S. Juan 14, 9-10).

Cuando se justificaba porque hacía milagros en el día de sábado, decía reivindicando el poder creador:

«Mi Padre sigue obrando todavía y por eso obro Yo también» (S. Juan 5, 17).

Se trata de la misma acción ¹²⁵.

Y cuando los judíos le reprocharon que se hacía igual a Dios, les dijo de nuevo:

«En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que El hace, y le mostrará aún mayores obras que éstas, de suerte que vosotros quedéis maravillados. Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere les da la vida» (S. Juan 5, 19-21).

Esta comunicación de la vida del Padre se le da completamente al Hijo, se pone a su disposición, pero el Hijo no hace nada sin el Padre, puesto que todo lo recibe del Padre. Todas las acciones de Nuestro Señor son, pues, verdaderamente divinas. Comentando las frases de Nuestro Señor, el Padre Bonsirven explica:

«Estas frases sólo alcanzan su pleno significado cuando se entienden del Hijo inmanente al Padre. Encontramos dos ideas.

En primer lugar, *Dios le muestra a su Hijo todo lo que hace*: sus operaciones divinas, lo cual no puede entenderse de la humanidad de Cristo. Como explica san Cirilo, “mostrar” no significa hacer ver como en un dibujo, sino imprimirse enteramente en el Hijo por la comunicación de su naturaleza divina y sus operaciones; el Hijo ejerce estas operaciones divinas porque las posee por naturaleza, juntamente con el Padre, pero recibiendo de El esta actividad; además, el Hijo encarnado en el tiempo las ejerce sucesivamente: de ahí las determinaciones temporales y el empleo del futuro, que provienen de la Encarnación.

En segundo lugar, en virtud de la inmanencia del Padre en el Hijo, del Padre primer principio, *El es el que lleva a cabo estas operaciones divinas en Jesucristo*; y no se contenta con darle unos poderes que ejercería como a solas, como una causa separada» ¹²⁶.

Así pues, el Hijo ve en el Padre todas sus acciones y el Padre lleva a cabo sus acciones en el Hijo, y el mismo Hijo las lleva a cabo consubstancialmente unido al Padre. Las cosas no se pueden decir de otra manera, ya que no se trata de una orden que el Padre le da a su inferior ni de una impulsión que se le da a un agente secundario. No. La operación se lleva a cabo en la unidad del Padre y del Hijo.

¹²⁵ Común al Padre y al Hijo.

¹²⁶ P. Bonsirven, op. cit. pág. 415-416, resumen.

Evidentemente, nos cuesta mucho comprender estas cosas porque no encontramos ningún ejemplo semejante de esta unidad y de esta consustancialidad de naturaleza del Padre y del Hijo en las naturalezas creadas ni en la creación. El Padre Bonsirven concluye:

«Todas las acciones del Hijo: milagros, parábolas, juicios y vivificación, son ante todo la obra del Padre. El que sabe comprender y mirar, reconocerá esta acción como proveniente del Padre, porque es el producto de la naturaleza divina; descubrirá, pues, a Dios Padre presente en el Hijo, no de un modo local, sino como el arquetipo consustancial al Hijo y obrando en El»¹²⁷.

CAPITULO XXIV: LA PSICOLOGIA DE CRISTO: SUS CONTRASTES

Vamos a tratar ahora el tema de la psicología de Nuestro Señor, pero cuando nos acercamos a este santuario extraordinario que es el alma de Nuestro Señor hay que tener mucho cuidado. Cuando empleamos el término psicología, es evidente que se trata sobre todo del estudio del alma de Nuestro Señor, de sus sentimientos interiores, de sus disposiciones, de sus actitudes interiores y de su vida interior. De este modo entramos en un mundo que es preciso meditar.

No basta meditar sobre la divinidad de Nuestro Señor, como ya hemos hecho, o sobre su unión con su Padre y con el Espíritu Santo, sino que tenemos que encontrar una lección y un ejemplo en esta aproximación al alma humana de Nuestro Señor.

La realidad es que Nuestro Señor es realmente el modelo y el ejemplar de todos los hombres¹²⁸. Sin temor a equivocarnos, podemos decir que todos hemos sido creados¹²⁹ a imagen de Nuestro Señor Jesucristo y a imagen de su santa alma y de su cuerpo.

Cuando Dios decidió en el plan eterno (no se trata del tiempo sino de la eternidad) crear a la humanidad, ¿cuál fue el modelo? Evidentemente, fue la humanidad de Nuestro Señor. Todos hemos sido creados en función de Nuestro Señor Jesucristo, para Nuestro Señor Jesucristo y para ser miembros de su Cuerpo místico. Es, pues, el modelo de nuestra humanidad.

Evidentemente, cuando tratamos el problema de Nuestro Señor, nos sentimos inclinados a decir: sí, Nuestro Señor es un caso extraordinario y un caso único, de modo que hay que estudiarlo como un caso que no es normal. Pues no, precisamente eso sería una ilusión. No sólo no es un caso anormal sino que es *el* caso normal, porque es el modelo de toda criatura, el primogénito de toda criatura y el ejemplar de toda criatura¹³⁰. No se trata pues de un caso anormal, sino de todo lo contrario.

El alma de Nuestro Señor, no por haber sido asumida directamente por Dios deja de ser un alma humana. Quizás no ha habido nunca un alma tan humana como la de Nuestro Señor Jesucristo, porque por su divinidad, por su omnipotencia y por toda la influencia que Dios tuvo sobre este alma extraordinaria, la hizo la más humana que pueda existir, la más hermosa, la más profunda y la más luminosa, y esto en todas las posibilidades del alma humana.

Dios le dio, pues, a este alma posibilidades que ningún alma humana poseerá jamás. Nunca habrá un alma tan privilegiada como la de Nuestro Señor, ni en la inteligencia, ni en la voluntad, ni en su corazón, ni en todas sus disposiciones interiores¹³¹. Sin embargo, este alma es, por supuesto, un alma humana.

¹²⁷ Cf. San Cirilo, In Jo., P.G. 74, col. 216 y 222, resumido por el P. Bonsirven, op. cit. págs. 416-417.

¹²⁸ Cf. capítulo XVIII.

¹²⁹ Y recreados en la gracia, por lo menos los que han recibido la gracia del bautismo.

¹³⁰ San Francisco de Sales explica de una manera muy profunda este misterio. Como Dios ha resuelto comunicarse fuera de sí mismo a alguna naturaleza criada para no formar con ella mas que una persona, «la suma omnipotencia... tuvo a bien elegir la misma humanidad que después fue en efecto unida a la persona de Dios Hijo, humanidad a la que le destinó este honor incomparable de la unión personal con su divina majestad, para que eternamente goce por excelencia de los tesoros de su gloria infinita».

Además, el mismo santo doctor explica de un modo igualmente admirable como según su santa humanidad, Nuestro Señor es el «primogénito de toda criatura, porque en El fueron creadas todas las cosas» (Col. 1, 15-16): «la suprema providencia -dice- dispuso que no retendría su bondad en la sola persona de su Hijo muy amado, sino que la difundiría en su favor sobre muchas otras criaturas; y entre el conjunto de la innumerable cantidad de cosas que podía hacer, decidió crear a los hombres y a los ángeles como para hacer compañía a su Hijo, participar a sus gracias y a su gloria y adorarlo eternamente» (*Tratado del Amor a Dios*, Lib. II, cap. 4).

¹³¹ El R. P. Ceslas Picq, O.P., habla de un modo excelente del alma de Jesús:

Por eso vale la pena que intentemos conocer ese santuario, que es el alma humana de Nuestro Señor, para procurar descubrir que Dios al crearla quiso que fuese nuestro modelo y nuestro ejemplar. Nuestra alma será tal como Dios la concibió y la quiso en la medida en que se parezca a la de Nuestro Señor.

Estudiar el problema de la psicología de Nuestro Señor es estudiar igualmente sus contrastes, y polos tan distantes entre sí que nos podemos preguntar cómo pudo haber tal unidad en la Persona de Nuestro Señor Jesucristo. Este alma reunía elementos casi incompatibles: lo increado y lo creado, lo eterno y lo mortal, la omnipotencia y la debilidad de la criatura, y la sabiduría infinita de Dios y la ciencia y la sabiduría limitada del alma humana. ¿Cómo pudo Dios reunir en un solo ser humano cosas tan extraordinarias: al mismo tiempo la alegría perfecta y continua y el sufrimiento más espantoso; la paz más serena y la tristeza más profunda? Estos extremos nos parecen incompatibles y sin embargo es lo que se ha realizado en el alma de Nuestro Señor.

Por supuesto, cuando nos acercamos a este alma tenemos la impresión de que no hay nada que estudiar ni aprender, pues jamás podremos alcanzar esta perfección. A veces nos vemos inclinados a pensar que sería mejor meditar el alma de la Santísima Virgen, de san José y de los santos que están mucho más cerca de nosotros, porque son criaturas semejantes a nosotros, pero que el alma de Nuestro Señor está muy por encima de nosotros, porque está iluminada por la divinidad. Desde luego, el alma de Nuestro Señor tenía la visión beatífica desde el momento de su concepción: desde que la Santísima Virgen pronunció su *Fiat*, el alma de Nuestro Señor Jesucristo fue creada y se halló inmediatamente en posesión de la visión beatífica ¹³².

¿Como explicar, pues, que esta Persona, que tenía la visión beatífica, viviese al mismo tiempo como nosotros? ¹³³ Los que conocieron a Nuestro Señor en Palestina, lo veían como cualquier otro viajero, como cualquier otro compañero de camino y como cualquier otro comensal; y la mejor prueba de esto es la sencillez de sus discusiones y de las entrevistas que relata el Evangelio. Este alma tenía la visión beatífica, pero en definitiva, la Persona era Dios mismo, con todo el poder y la infinitud de Dios. Son cosas extraordinarias. Sin embargo, si reflexionamos aunque sólo sea un poco, eso es precisamente lo que Dios quiere que realicemos.

«La sensibilidad, la delicadeza de corazón y el poder de la emoción son cosas que todo hijo sabe que ha recibido de su madre. Jesús recibió de la Santísima Virgen esta inmensa facultad de compasión que expresó a lo largo de toda su vida. Al tener una sensibilidad tan viva sintió, de un modo más profundo que ninguna persona lo hubiese podido sentir, las pruebas que sufrió... Sin embargo, es dueño de sí... quizás es aquí donde mejor se capta lo que Cristo le debe a su Madre: una fuerza de voluntad inflexible y una libertad suprema... Su voluntad, heroica, fue la más fuerte que jamás hombre alguno haya puesto en obra. Dominó, sin doblegarse, las torturas del Calvario... su alma se enseñoreaba sobre todo su ser y, desde su nacimiento, gozaba de una libertad absoluta. Lo que pensaba y quería nunca se veía contradicho por el egoísmo o alguna pasión desordenada, y menos aún por las presiones exteriores. Nadie fue tan “independiente” de los hombres y de las cosas como Él... Todavía tendríamos que hablar de la inteligencia de Cristo... Cuanto más se escrutan los Evangelios, mayor es la estupefacción ante la oportunidad, la prontitud, la fineza y la profundidad de las respuestas de Jesús a sus adversarios... Jesús, al tener una poderosa intuición y un raciocinio extraordinario (Santo Tomás, III^a, cuest. 12, arts. 1-2), descubría en un abrir y cerrar de ojos toda la verdad que se oculta bajo el fenómeno. Su ciencia adquirida se desarrolló con una facilidad y rapidez inauditas (*Ibid.*, cuest. 9, art. 4, ad 1)». Y el mismo autor explica que, al nacer de una madre perfecta sin mancha original y al nacer virginalmente sin padre humano, Cristo recibió un cuerpo perfecto y, por consiguiente, también un alma perfecta en sus disposiciones naturales: «Del cuerpo de la Santísima Virgen se formó un cuerpo muy perfecto según la naturaleza: pues si de tal madre tal hijo, de una madre tan así, un hijo tan así» (*Mariale*, cuest. 14, §2, 5). Como el alma humana es la forma del cuerpo, las facultades de Cristo son excelentes porque se sirven de una complexión corporal más fina y perfecta» (cf. C. Spicq, O.P., *Ce que Jésus doit à sa Mère*, Vrin, París, 1959).

¹³² «Aquel amorosísimo conocimiento que desde el primer momento de la Encarnación tuvo de nosotros el Redentor divino, está por encima de todo el alcance escrutador de la mente humana; toda vez que, en virtud de aquella visión beatífica de que gozó apenas acogido en el seno de la Madre divina, tiene siempre y continuamente presentes a todos los miembros del Cuerpo místico y los abraza con su amor salvífico» (Pío XII, Encíclica *Mystici corporis*, 29 de junio de 1943, Dz. 2289; cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III^a, cuest. 34, art. 4).

¹³³ «Cristo era al mismo tiempo *comprehensor*, en cuanto tenía la visión beatífica en su propia alma; y al mismo tiempo *viador*, en cuanto tendía hacia la bienaventuranza en lo que le faltaba de bienaventuranza, pues su alma era pasible y su cuerpo pasible y mortal» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III^a, cuest. 15, art. 10).

Nuestro Señor Jesucristo era a la vez *viador* y *comprehensor*: viajero a la eternidad al mismo tiempo que ya poseía la vida eterna. Como *comprehensor* no podía crecer en gracia ni en gloria, pero como *viador* podía adquirir nuevos méritos, no para aumentar su gloria, sino para merecer ésta y comunicarnos aquellos (cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III^a, cuest. 34, art. 3, ad 3).

Nuestro Señor tomó ese alma y ese cuerpo para darle gloria a su Padre y para que toda la creación le dé gloria ¹³⁴, y para unir en Sí mismo, siendo Dios, la eternidad y todas las criaturas espirituales y materiales. Todo se reúne en este microcosmos que es Nuestro Señor Jesucristo.

De este modo, toda la creación, por Nuestro Señor, le daba gloria a su Padre. Y es también por nosotros que se encarnó Nuestro Señor, vino a la tierra y quiso ser nuestro modelo. Quiso, pues, que seamos como El.

Quiso que también nosotros participásemos a todas estas cosas que pueden parecer casi imposibles de asimilar, que nosotros nos hagamos dioses. El mismo lo dijo ¹³⁵. Esto, evidentemente, en una medida muy pequeña, pero sin embargo, por una participación a la gracia santificante que animaba este alma de Nuestro Señor, para que también nosotros tengamos por anticipado la visión beatífica a través de la fe. La fe está totalmente orientada a la visión beatífica, es una etapa y un medio temporal, que en cierto modo es ya una visión ¹³⁶.

Las almas santas, cuanto más poseen la fe más cerca están de esta visión. Dios les da a veces un rayito de la visión beatífica para elevarlas aún más. Ese fue el caso de san Pablo cuando dice que fue levantado hasta el tercer cielo. ¿Cómo? No lo sabe. ¿Fue en su espíritu? ¿Fue en el cuerpo? No lo sabe. Lo único que sabe es que comprendió y vio cosas que la palabra humana es absolutamente incapaz de traducir ¹³⁷. Sin duda, vio un rayito de esta visión beatífica que Nuestro Señor tenía en toda su plenitud.

Tenemos que procurar encaminarnos hacia ese fin, pues para esto nos ha querido hacer participar Nuestro Señor a su gracia y, por el mismo hecho, a todas sus virtudes.

La meditación sobre el alma de Nuestro Señor tendría que darnos el deseo inmenso de que cada día vaya poseyendo más la nuestra; que podamos ser, en cierto modo, humanidades complementarias ¹³⁸ para Nuestro Señor. Dios quiso al crearnos que seamos realmente almas y cuerpos que Nuestro Señor pueda, en cierto modo, invadir, asumir su dirección y cantar la gloria de su Padre Dios y llenarlas del Espíritu Santo. Dios nos ha creado para que Nuestro Señor tome realmente posesión de nuestras almas y que sea El quien mande y quien tome realmente la dirección. Es lo que hace y lo que ha querido por el bautismo.

Cuando a un alma se le da el bautismo, el Espíritu Santo, el Espíritu de Nuestro Señor, toma realmente posesión de ella.

«Retírate *de este niño*, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo» ¹³⁹.

Realmente es el Espíritu de Nuestro Señor.

Es todo un programa de vida y un programa de espiritualidad muy enriquecedor, desde luego, y al mismo tiempo muy consolador para nosotros.

Dios nos ha dado realmente todo lo necesario para que nuestra psicología se convierta en otra psicología de Nuestro Señor, para que nuestra alma se convierta en otra alma de Nuestro Señor, para que nuestro cuerpo se convierta en otro cuerpo de Nuestro Señor y para que el Verbo se encarne, en cierto modo, de nuevo en nosotros para llevarnos a nuestro fin. Nuestro fin es la gloria de Dios, la visión beatífica, el gozo eterno.

Por esto nos gusta pedirle a la Santísima Virgen que nos adentre un poco en este sagrario que es el alma de Nuestro Señor. Nos resulta realmente difícil imaginar lo que eso puede ser, pero ahí están las

¹³⁴ El motivo o fin “próximo” de la Encarnación fue la Redención del género humano: «*propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis*», como profesamos en el *Credo*. Pero el fin “último” de la Encarnación no podía ser sino la gloria de Dios, por la recapitulación de todas las cosas en Cristo: Dios quiso «por El reconciliar consigo todas las cosas en El, pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col. 1, 20). «... Conforme a su beneplácito que se propuso en El... recapitulando todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra» (Efes. 1, 9-10).

¹³⁵ S. Juan 10, 34.

¹³⁶ La gracia santificante es el inicio de la vida eterna (S. Juan 1, 14; 17, 3) y un gusto anticipado de la visión beatífica.

¹³⁷ 2 Cor. 12, 2-4.

¹³⁸ Cf. Beata Isabel de la Trinidad, *Elevación a la Santísima Trinidad*: «Oh mi amado Jesús... os suplico que os dignéis revestirme de Vos mismo, que identifiquéis mi alma con todos los movimientos de la vuestra, que me sumerjáis en Vos, que os dignéis invadir todo mi ser, que me suplantéis, a fin de que mi vida no sea sino una irradiación de la vuestra (...).

«¡Oh, Fuego abrasador, Espíritu de Amor!, descendad a mí para que se realice en mi alma una especie de Encarnación del Verbo. *Que yo sea para El una especie de humanidad complementaria* en la cual pueda El renovar su Misterio» (21 nov. 1904, en «Obras Completas», Madrid, 1964, págs. 797-798).

¹³⁹ Ritual del Bautismo.

palabras de Nuestro Señor y manifiestan en primer lugar la realidad primordial que se halla en Nuestro Señor: su unidad.

CAPITULO XXV: LA PSICOLOGIA DE CRISTO: SU UNIDAD

Nuestro Señor es realmente uno.

Con nuestro espíritu, que es parcial, y con nuestra inteligencia, que necesita dividir para poder sintetizar, nos vemos inclinados a ver en Nuestro Señor a la Persona divina y sus actos divinos, y a la naturaleza humana y sus actos humanos, pensando que Nuestro Señor a veces obra como hombre y a veces como Dios. Eso sería engañarse mucho.

No cabe duda de que los actos de Nuestro Señor son diferentes, pues a veces manifiestan más su divinidad y a veces manifiestan más su humanidad ¹⁴⁰. Lleva a cabo actos divino-humanos, si así podemos decir. Pero hay que respetar la unidad de Nuestro Señor, que es profunda y perfecta. En El no hay divisiones. En El no hay el hombre y el Dios que en cierta manera se opondrían, nada de eso.

Para eso la mejor prueba es que Nuestro Señor cuando habla de sí mismo, dice “Yo”. El “Yo” que usa Nuestro Señor muestra claramente que en El no hay más que un solo sujeto de atribución. Todos sus actos, todos sus pensamientos, todos los actos de amor que hace y todas sus actitudes se reúnen muy bien en este “Yo”, que significa que se trata realmente de la única Persona divina, puesto que sólo hay una Persona en Nuestro Señor: todo se le atribuye a la Persona divina de Nuestro Señor. El menor acto humano, incluso la menor respiración de Nuestro Señor es, a decir verdad, una respiración divina, atribuida a la Persona. No hay, pues, ninguna división en Nuestro Señor.

Es lo que dice el Padre Bonsirven:

«Consideremos en primer lugar a Jesús mismo. Al que vemos hablar y actuar parece un hombre, en todo exteriormente igual a sus hermanos; pero actúa y habla con la autoridad de un Dios. En su persona no podemos ver ninguna fisura, es una unidad perfecta. ¿Tenemos que decir que es un Dios y un hombre? La conjunción copulativa “y” podría romper esta unidad. Digamos, pues, según el uso ya establecido, que es un Hombre Dios.

Esta unidad perfecta se manifiesta cuando descubrimos en Jesús un solo “Yo”, una sola subsistencia, como dirían los teólogos, un solo sujeto de atribución. Este “Yo” único es el del Hijo eterno de Dios.

Hablando en términos propios, no advertimos en El un “Yo” humano según la tesis dogmática que dice que la humanidad de Jesús no goza de lo que normalmente la corona, que es la persona, sino que esta función la asume la Persona del Verbo. Sin embargo la naturaleza humana de Cristo ejerce las operaciones que le corresponden y así podemos comprender mejor la relación exacta entre las dos naturalezas, la divina y la humana. El modo corriente de pensar se inclina a ponerlas en pie de igualdad, como dos factores iguales, y distribuye las actividades entre las dos naturalezas, como si fueran sujeto una tras otra, pero los evangelios nunca nos sugieren esta atribución o repartición.

Por otra parte, manteniéndose en la economía trinitaria, hablando como el Hijo que no posee nada que no haya recibido del Padre, Jesús atribuye sus operaciones divinas al Padre que obra en El ¹⁴¹, que no cesa de comunicarle la divinidad en su amor eterno.

De hecho, la expresión que empleaba santo Tomás y que decía copiar de san Juan Damasceno es muy luminosa: La humanidad de Cristo *es el instrumentum conjunctum divinitatis* ¹⁴², el instrumento

¹⁴⁰ En Nuestro Señor hay *dos principios* de operaciones distintos: la naturaleza divina y la naturaleza humana, pero *un solo sujeto* de operación, la Persona divina. En sí mismos, los actos que provienen de la naturaleza divina son enteramente divinos, mientras que los que provienen de la naturaleza humana son divino-humanos o “teándricos”. Pero, de hecho, las dos naturalezas no son herméticas entre sí sino que se comunican en sus operaciones: «Dionisio pone en Cristo una operación teándrica, es decir, divino-viril o divino-humana -explica santo Tomás-, no por una confusión de las operaciones o virtudes de las dos naturalezas, sino porque su operación divina hace uso de la humana y porque su operación humana *participa* de la virtud de la operación divina» (*Suma Teológica*, III^a, cuest. 19, art. 1, ad 1).

¹⁴¹ «El Padre que mora en Mí hace sus obras» (S. Juan 14, 10).

¹⁴² «La carne de Cristo constituye el instrumento de la divinidad» dice san Juan Damasceno (*De fide orthodoxa*, cap. 15). Pero santo Tomás explica que no se trata de un instrumento separado «como el hacha o la espada» sino de un instrumento «asumido a la unidad de la hipóstasis», como lo es el cuerpo y sus miembros para el hombre (*Suma Teológica*, III^a, cuest. 2, art. 6, ad 4); o un «instrumento unido al Verbo de Dios en la persona» (III^a, cuest. 13, art. 3).

perfectamente dócil porque esta unido íntimamente y del cual se sirve la Divinidad» (*Op. cit. págs. 418-419*).

NOTA: *Aquí se acaba la conferencia sobre este tema. Quizás al lector le guste leer la conclusión que al editor le ha parecido prudente incluir en este capítulo, en la misma línea de Monseñor Lefebvre, en la escuela de san Cirilo de Alejandría, de santo Tomás y del Padre Bonsirven.*

Hay que afirmar una triple unidad de operación en Nuestro Señor:

En primer lugar, la unidad que atribuye al Padre y al Hijo de un modo indisociable todos los actos que provienen de su naturaleza divina, en el orden de esta naturaleza divina y de la consustancialidad de las Personas.

Después, la unidad que atribuye a la única persona de Jesús, la Persona del Verbo, todos los actos que provienen de su naturaleza divina o de su naturaleza humana, en el orden de la subsistencia y en el orden del sujeto de atribución.

Finalmente, y como consecuencia de esta segunda unidad, una tercera unidad que vincula a la naturaleza divina de Nuestro Señor todos los actos que provienen de su naturaleza humana, no por una especie de mezcla de las dos operaciones, la humana y la divina, sino por su necesaria implicación y su conexión íntima, según enseña santo Tomás siguiendo a san Cirilo:

«*(Para Cristo) ser concebido, lo mismo que caminar, son cosas que pertenecen a la naturaleza humana; pero ambas estuvieron en Cristo sobrenaturalmente (divinamente, porque fue concebido por una Virgen y caminó sobre las aguas). Y a su vez, hacía humanamente cosas divinas, como cuando curó (acto del poder divino) al leproso tocándolo (acto del poder humano) (S. Mat. 8, 3)*»¹⁴³.

El Padre Bonsirven escribe lo siguiente:

«Esta unidad perfecta y *sinergia* de las dos naturalezas excluye la pregunta que suele hacerse ante las propiedades y actividades del Hombre Dios: ¿a cuál de las dos naturalezas hay que atribuir las?, lo que significa separar en la práctica ambas naturalezas. No hay una sola de estas operaciones¹⁴⁴, incluso la más pequeña y material, que no sea asumida por la divinidad»¹⁴⁵.

Dice «asumida por la divinidad», es decir, no sólo por la *Persona* divina, sino también por la *naturaleza* divina, en cuanto la sagrada humanidad de Nuestro Señor es el instrumento de elección, y el instrumento inseparable y consubstancial en manos del agente principal, el Verbo divino, según su inteligencia y voluntad divinas.

CAPITULO XXVI: HUMILDAD DIVINO-HUMANA

En medio de todas las preocupaciones, de todas los cuidados y de todas las dificultades que podemos encontrarnos, sobre todo en estos tiempos dolorosos que atraviesa la Iglesia, nos es un gran consuelo apoyarnos sobre el único fundamento que vale la pena: Nuestro Señor Jesucristo. No hay ningún otro.

Al estudiar la psicología de Nuestro Señor y más particularmente el carácter de la unidad en su Persona, nos damos cuenta de que une en Sí cosas que en apariencia no se parecen. Hubiese sido muy sencillo comprender a Nuestro Señor si hubiese asumido sólo un cuerpo y no un alma: en ese caso, se hubiera podido decir que Dios animaba directamente el cuerpo que se presentaba a los habitantes de Palestina y a los Apóstoles y que era Dios en un cuerpo humano¹⁴⁶.

Pero no se trata sólo de un cuerpo: Nuestro Señor tenía un alma humana. Se trataba de la presencia de Dios en un alma humana¹⁴⁷.

¿Existía una división entre ese alma humana y la Persona de Nuestro Señor Jesucristo?

¹⁴³ *Suma Teológica*, III^a, cuest. 19, art. 1, ad 1. Las palabras entre paréntesis son para precisar el texto del Doctor angélico.

¹⁴⁴ Se trata de las acciones del *Hombre Dios*, como, por ejemplo, las que refieren los evangelios, y no de las operaciones del Verbo, como la creación *ex nihilo*, a partir de la nada.

¹⁴⁵ *Op. cit.* págs. 419-420.

¹⁴⁶ Es la herejía de Apolinar, obispo de Laodicea, que fue condenado, como ya vimos, por el papa san Dámaso, hacia el año 374 (DS. 146).

¹⁴⁷ Es lo que expresan las *Letanías del Sagrado Corazón*: «Corazón de Jesús, templo santo de Dios», «Corazón de Jesús, morada del Altísimo».

Más bien es en nosotros en quienes puede haber una división, porque somos criaturas animadas por una persona humana y por eso mismo, enteramente distintas de Dios. En Nuestro Señor no cabía esta distinción porque la Persona que lo hacía subsistir era divina. En Nuestro Señor había, pues, una unidad mucho más profunda que entre Dios y nosotros.

Nosotros tampoco podemos separarnos de Dios, porque es nuestro Creador y el que nos sostiene y nos mueve en todos los instantes de nuestra existencia, aunque El no es el responsable de nuestros actos. Entre Dios y nuestros actos está la persona humana, que Dios mismo ha creado, y que es la responsable, mientras que en Nuestro Señor, Dios mismo se convertía en el responsable de todos los actos de Nuestro Señor.

Entre el alma de Nuestro Señor y Dios hay una unidad infinitamente superior a la que hay entre nuestra persona y Dios mismo.

Otro aspecto interesante en el estudio de Nuestro Señor, para comprender mejor su psicología interior, es el de su humildad.

Entre los evangelistas, san Juan es el que estudió mejor la psicología de Nuestro Señor y el que narra las palabras que la esclarecen.

En el evangelio de san Juan, hay lugares que nos sorprenden. Si Nuestro Señor es Dios, ¿cómo pudo dar la impresión de humillarse ante su Padre? Nosotros nos inclinaríamos a pensar que esta humildad nace de su humanidad y del sentimiento vivo de ser sólo una criatura. Su cuerpo era una criatura y su alma también: ¿Nuestro Señor habla desde el punto de vista de su alma y de su cuerpo cuando se humilla ante Dios Padre? Pero ¿acaso el origen de esta humanidad no está ya en la vida trinitaria, en la Trinidad misma?¹⁴⁸

Desde luego no se puede hablar de humildad en el interior de la Santísima Trinidad, aunque si la humildad se define y no es más que la virtud de veracidad y la conciencia de haber recibido todo lo que somos y tenemos, ¿en quién puede ser más viva esta conciencia que en el Verbo, que oye constantemente: *Ego hodie genui te*, “Hoy te he engendrado” (Sal. 2, 7)?

Este *hodie* es la eternidad. Nuestro Señor es engendrado siempre por el Padre. Nuestro Señor, el Hijo, se siente deudor eterno de todo su ser a su Padre. El nunca ha tenido principio y es igual al Padre, pero el hecho de ser Hijo y, por lo tanto, engendrado por su Padre, le hace reconocer que todo le viene del Padre, y eso es verdad.

No es una humildad forzada ni un sentimiento incorrecto, y Nuestro Señor lo dice de un modo muy explícito, no sólo por tener un alma humana y un cuerpo humano sino también porque recibe de su Padre toda su naturaleza divina, y porque recibe de su Padre toda su misión y toda su ciencia divina.

¿Cómo podría ser que este Hijo, que es Dios, no le rindiese homenaje a su Padre reconociendo su filiación? Eso es algo muy hermoso y que se extiende sobre la humanidad de Nuestro Señor.

Es, pues, muy normal que Nuestro Señor se humille ante su Padre porque su alma y su cuerpo humanos están, evidentemente, a un nivel infinitamente inferior a su Persona divina.

Nadie ha hablado tan bien de esta “humildad del Hijo encarnado” como el Padre Lebreton, en *Los orígenes del dogma de la Trinidad*:

«Desde que abrimos el Evangelio, nos llaman la atención esos sentimientos de humildad tan nuevos en el judaísmo y tan poderosos en todos los que se acercan a Cristo y son movidos por su Espíritu.

Pero si contemplamos a Cristo mismo, nos damos cuenta de que hay en El una dependencia y un aniquilamiento ante su Padre del que nada nos puede dar una idea en este mundo. Ni su doctrina es suya, ni sus obras, ni su vida; el Padre le muestra lo que debe hacer, y Jesucristo habla, actúa y muere con los ojos fijos en esta regla suprema y queridísima. Esta dependencia natural se ve acompañada en

¹⁴⁸ «Se dice que va al Padre según su naturaleza humana. Pues cuando dice, “es mayor que Yo”, no lo dice como Hijo de Dios sino como Hijo del hombre, pues como tal no sólo es más pequeño que el Padre y que el Espíritu Santo sino incluso más que los mismos ángeles (...).

«Pero también se puede decir que, según san Hilario, incluso según la divinidad, el Padre es mayor que el Hijo, sin que por eso el Hijo sea menor que El sino igual, pues el Padre no es mayor que el Hijo en poder, eternidad o grandeza sino por la autoridad del que da o de principio. En efecto, el Padre no recibe nada de otro mientras que el Hijo recibe, por decirlo de algún modo, su naturaleza del Padre por la generación eterna. De modo que el Padre es mayor porque da, pero el Hijo no es menor sino igual porque todo lo que tiene el Padre lo recibe El» (Santo Tomás de Aquino, *Comentario sobre el Evangelio de san Juan*, Jn. 14, 28).

el Hijo de Dios por una complacencia infinita: así como el Padre derrama en El con un amor indecible, el Hijo halla su gozo en recibir y en depender»¹⁴⁹.

Me parece que es un sentimiento muy hermoso que debe hacernos meditar. Si Nuestro Señor ha expresado este sentimiento de homenaje y de reconocimiento de que todo se lo debe a su Padre, nosotros que somos tan inferiores, cómo no tendremos que estar en este sentimiento continuo de que todo se lo debemos a Dios.

Y si cada uno de nosotros tenemos una persona que Dios quiso crear y que es responsable de nuestros actos, eso no quiere decir que tengamos un deber menor de dar homenaje a Dios por lo que somos, sino al contrario.

Tenemos que someternos a Dios, por nuestra inteligencia y nuestra voluntad, como lo hizo Nuestro Señor, pero evidentemente de un modo más humilde, porque nuestra persona es creada; y de una manera más humilde, por lo pequeños e insignificantes que somos en relación a Dios y a Nuestro Señor.

Aunque Nuestro Señor no podía querer sino lo que Dios quería, tenía, sin embargo, dos voluntades distintas. El monofisismo y el monotelismo¹⁵⁰ son herejías. En Nuestro Señor hay dos voluntades: la voluntad divina y la voluntad humana.

Es evidente que no podía haber la menor oposición entre ambas voluntades. Eso no puede imaginarse, pues había una sola Persona y por consiguiente la voluntad humana de Nuestro Señor siempre estuvo plenamente sumisa a la voluntad de Dios¹⁵¹.

A ejemplo de Nuestro Señor, nosotros, que también tenemos una voluntad humana, tenemos que someterla a la voluntad divina. Por desgracia, nuestra voluntad, por un defecto de nuestra libertad, puede separarse e incluso oponerse a la voluntad de Dios. Es algo que parece increíble pero que, desgraciadamente, es así.

Al meditar sobre esta actitud de Nuestro Señor con su Padre, tenemos que procurar ver en ella el modelo de nuestras obras y de nuestra actividad:

«Eso es lo más íntimo de Nuestro Señor; y cuanto más nos adentramos en el secreto de su vida, comprendemos mejor esas palabras de humilde dependencia que invitan a los discípulos a elevarse hasta la fuente de la vida, de la bondad y de la ciencia: Dios Padre. Este rasgo, destacado con tanta nitidez en el Evangelio de san Juan, no sólo no compromete la filiación sino que es un elemento esencial; no debe velarla a nuestros ojos sino revelárnosla.

Los textos joánicos se podrían dividir en dos series; establecer por una parte la *dependencia* del Hijo, y por otra su *unidad* con el Padre, y fácilmente se concluiría en la incoherencia (entre esa dependencia de Nuestro Señor y su divinidad que lo hace igual a Dios).

Sin embargo, tenemos que esforzarnos por entrar con el evangelista en la corriente profunda del cristianismo para unirnos con Cristo, para contemplar su vida y penetrarnos de su pensamiento, y así sentiremos la unidad de la verdad.

¹⁴⁹ *Op. cit.* Tomo 1, pág. 312; cf. S. Jn. 5, 19-20; 7, 16; 14, 10.

¹⁵⁰ El monofisismo, que profesa que en Cristo sólo hay una naturaleza, es la herejía de Eutiques, sacerdote de Constantinopla, condenado por el papa san León I (DS. 290 y ss.) y por el concilio de Calcedonia en el año 451 (Dz. 148).

El monotelismo, que profesa que en Cristo sólo hay una voluntad, es la herejía que, por desgracia, favoreció el papa Honorio I, respondiendo a Sergio, patriarca de Constantinopla: «confesamos una sola voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, pues ciertamente fue asumida por la divinidad nuestra naturaleza, no nuestra culpa» (Dz. 251). Como explicó el papa Juan IV en su «Apología de Honorio» (Dz. 253), Honorio quiso decir que en Nuestro Señor «nunca hubo dos voluntades contrarias», lo cual no quita que profesar una sola voluntad en Cristo era una herejía y eso mereció que el III Concilio de Constantinopla en el año 681 anatematizase a Honorio después de la muerte de éste (DS. 552).

¹⁵¹ «*Ego quae placita sunt ei, facio semper*: Yo hago siempre lo que es de su agrado» (S. Juan 8, 29), dice Nuestro Señor hablando de su Padre. En la Agonía, Jesús dejó que su naturaleza y su sensibilidad expresasen libremente su repugnancia a la Pasión, pero en perfecta sumisión a su voluntad razonable: «Padre, si quieres, aparta de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (S. Luc. 22, 42).

La voluntad razonable de Nuestro Señor no podía tener repugnancia por la voluntad divina porque era impecable por ser la voluntad humana del Verbo encarnado; y, por otra parte, era sumamente libre por estar llena de gracia y así siempre recibía una gracia actual muy fuerte y dulce que, sin violentar la libertad, la reducía al acto y la ponía en obra de modo conveniente a un acto libre» (Cf. Garrigou-Lagrange, *El Salvador y su amor por nosotros*, Ed. du Cèdre, París 1952, págs. 185-186).

Más tarde, sobre todo a partir del s. IV, algunos teólogos mostraron que esas relaciones de origen y de dependencia son las únicas que pueden distinguir entre sí a las Personas cuya naturaleza es común y que, por consiguiente, esta dependencia del Hijo hacia el Padre, que a primera vista parece atentar contra la unidad e incluso contra la igualdad de ambas Personas, es la que la consagra y la que nos permite concebirla»¹⁵².

Es necesaria una distinción, ya que si no hay distinción en Dios, no hay Trinidad. Al haber tres Personas, tiene que haber relaciones de filiación por parte del Hijo, y de procesión por parte del Espíritu Santo y, por consiguiente, relaciones de dependencia total. El Hijo depende del Padre en su ser, pero nunca ha tenido principio, sino que ha existido siempre en la eternidad. Dios es eterno y, una vez más, esta generación es el *hodie* eterno, lo que hace que el Hijo sea completamente igual al Padre.

CAPITULO XXVII: OBEDIENCIA DIVINO-HUMANA

Si la psicología interior de Nuestro Señor, como ya hemos visto, plantea problemas misteriosos que son aparentemente contradictorios, en realidad no puede haber contradicciones en la obra de Dios y menos aún en Nuestro Señor mismo.

La coexistencia en la misma Persona de la voluntad divina y de la voluntad humana plantea al mismo tiempo un problema: ¿hay alguna contradicción entre la debilidad y limitación de la voluntad humana y la trascendencia de la voluntad divina?

Este misterio tendría que ser un gran modelo y un gran consuelo para nosotros. Queda claro, como ya hemos dicho, que no puede haber la menor oposición entre ambas voluntades, pues es la misma Persona, la Persona divina, la que asume esa voluntad humana del alma de Nuestro Señor.

Como ya hemos señalado, al hablar de Nuestro Señor es peligroso separar su humanidad de su divinidad y tratar las cosas como si en Él hubiera dos personas. No hay que olvidar nunca que sólo hay una Persona, la Persona divina, que asume el alma de Nuestro Señor. Sin embargo, está la realidad de su alma humana y, por consiguiente, de las facultades humanas de Nuestro Señor, de su voluntad y de su inteligencia.

A veces hallamos en las palabras de Nuestro Señor cosas que pueden resultarnos difíciles de comprender. Por ejemplo, Nuestro Señor afirma con mucha frecuencia que obedece. ¿Puede decirse que Nuestro Señor es “obediente”? Sí, El mismo lo dijo¹⁵³ y se hizo obediente hasta la muerte en la Cruz¹⁵⁴. ¿Lo único que explica esta obediencia es que Nuestro Señor había recibido un alma humana? ¿O se puede decir que la voluntad humana estaba enteramente sujeta a la voluntad divina, por tratarse de la voluntad humana de la Persona divina de Nuestro Señor, que procede del Padre? Hay que unir ambas voluntades y no separarlas nunca. ¿O, en último término, a causa de la Misión que el Padre le da a su Hijo? Al ser enviado, en Nuestro Señor la obediencia se lleva a cabo bajo la influencia de esta orden de su misión divina y temporal.

Esta obediencia de Nuestro Señor puede explicarse, pues, por la Misión que recibió y que llevó a cabo, evidentemente, bajo la influencia de la voluntad divina. Y esta obediencia la manifestó cuando dijo:

«Por esto el Padre me ama, porque Yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy Yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido» (S. Juan 10, 17-18).

Nuestro Señor dijo que recibía órdenes de su Padre. Parece difícil pensar que en el interior de la Santísima Trinidad una Persona le dé órdenes a otra, pero si no, ¿cómo explicar la orden dada a la Persona de Nuestro Señor, que al mismo tiempo es la Persona divina? Precisamente, no se puede explicar mas que por esta Misión. Es al mismo tiempo una Misión eterna y una Misión temporal¹⁵⁵, porque se realiza en el tiempo, en la Encarnación de Nuestro Señor y en su Redención.

¹⁵² Lebreton, *op. cit.*, págs. 312ss. y 527ss, citado por el P. Bonsirven, *op. cit.*, págs. 421-422.

¹⁵³ S. Juan 14, 31: «Según el mandato que me dio el Padre, así hago».

¹⁵⁴ Filip. 2, 8 y Heb. 5, 8.

¹⁵⁵ Es eterna en el plan de la divina Sabiduría; en la comunicación que el Padre le hace de ella al Hijo, desde toda la eternidad; pero también se realiza en el tiempo «al llegar la plenitud de los tiempos» (Gal. 4, 4).

La voluntad humana de Nuestro Señor, si así podemos decir, toma el relevo y saca su energía, en cierto modo, de esta Misión que la Persona del Hijo recibe de su Padre y que, por supuesto, realiza con una perfección sin falla ¹⁵⁶. Este es el sentido en el que obedece y en el que hay que comprender la obediencia de Nuestro Señor, obediencia que no se opone a su personalidad divina. Es una obediencia al mismo tiempo divina y humana.

Nuestro Señor dice también:

«Porque Yo no he hablado de mí mismo; el Padre mismo, que me ha enviado, es quien me mandó lo que he de decir y hablar» (S. Juan 12, 49).

Es, pues, el Padre quien le manda lo que debe decir, dándole, en cierto modo, una orden, que Nuestro Señor vincula a su Misión divina y a su cumplimiento divino-humano. En este doble sentido, hay una orden y Nuestro Señor dice que siempre cumple los mandatos de su Padre (S. Juan 8, 29).

Sin embargo, Nuestro Señor al mismo tiempo que se muestra obediente, afirma que tiene todo poder. Hay palabras de Nuestro Señor que manifiestan este poder, como por ejemplo cuando dijo a sus discípulos:

«Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas, y Yo os preparo un reino» (S. Luc. 22, 28-29).

Realmente es El quien prepara el reino. En eso muestra su omnipotencia, muestra que puede obrar por su voluntad, no independientemente de su Padre sino como su igual, y que dispone del reino de su Padre.

Lo mismo dice en la maravillosa oración sacerdotal a la que ya hemos aludido, cuando se dirige a su Padre:

«Padre... quiero que donde esté Yo estén ellos también conmigo» (S. Juan 17, 24).

Casi parece que así le impusiera su voluntad al Padre: pero sabemos que si dice eso es porque también esa es precisamente la voluntad de su Padre y que ambas voluntades no pueden oponerse, porque reina una unidad perfecta: unidad en la Trinidad y unidad en Nuestro Señor mismo ¹⁵⁷. Esta unidad es la que tenemos que procurar alcanzar. Para estar unidos a Dios y unidos a Nuestro Señor nuestras voluntades tendrían que ser siempre semejantes y estar unidas a la de Nuestro Señor; ahí se nos ofrece un hermoso ejemplo.

Por supuesto, nuestra voluntad no ha sido asumida por Dios mismo, como lo estaba la voluntad humana de Jesús. Sin embargo, nosotros también hemos sido enviados, tenemos una vocación y tenemos que ser fieles a la voluntad de Dios. Nuestro Señor es para nosotros un modelo en esto. Deseemos que ponga en nuestra voluntad las disposiciones que El mismo tendría en su voluntad humana.

Otra cita de lo que escribe el Padre Bonsirven:

«Si nos elevamos hasta la vida trinitaria, comprenderemos la unidad de voluntad que hay entre el Hijo y el Padre, de modo tal que Este le muestra y le comunica a Aquél todo lo que hace, y por su parte el Hijo no quiere ni puede sino lo que le muestra el Padre. ¿Qué obediencia puede haber tan perfecta como esta comunión integral y esta uniformidad de voluntad? Como explica san Cirilo, *del Padre al Hijo no hay verdaderas órdenes*, del mismo modo que el sol no le manda a los rayos de luz, que reciben todo de él (la imagen es bastante hermosa). Y el mismo doctor añade que si consideramos al *Hijo encarnado*, el mandamiento no es una orden de un Superior, sino únicamente *la expresión de la Misión del Hijo*».

¹⁵⁶ Cristo manifestó especialmente en su Pasión la obediencia que, impulsada por el amor, le tiene a su Padre: «Para que el mundo conozca que Yo amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago. Levantaos, vámonos de aquí», es decir, hacia el lugar de su Pasión (S. Juan 14, 31). Santo Tomás lo comenta así: «Cristo sufrió voluntariamente por obediencia a su Padre. Por lo que se puede decir (...) que el Padre entregó a Cristo a su Pasión (...) en cuanto le inspiró la voluntad de sufrir por nosotros, infundiendo en El la caridad» (IIIª, cuest. 47, art. 3). Se trata de la voluntad humana de Cristo. Por consiguiente, la fuente de la obediencia de Nuestro Señor es la plenitud de gracia en su alma, la cual a su vez procede de la Misión del Hijo de Dios, puesto que por la Encarnación el Verbo divino derramó sobre el alma santa de Cristo la plenitud de gracia y de caridad.

¹⁵⁷ El Padre y el Hijo tienen la misma voluntad; y en lo que a Cristo se refiere, su voluntad humana siempre está conforme con su voluntad divina, que es también la del Padre.

Digamos, quizás con más precisión, que del *Padre al Hijo* no hay verdadero mandato, sino Misión de la Persona del Hijo; y que si consideramos al *Hijo encarnado*, el mandato y la obediencia expresan al mismo tiempo esta Misión eterna y su cumplimiento temporal, especialmente por la voluntad y la operación humanas.

«Esta actitud de libre dependencia, *dice el Padre Bonsirven*, aparece en un conocido episodio. Los dos hijos de Zebedeo se acercaron a Cristo y le pidieron “sentarse en su reino en los dos primeros lugares, a su derecha y a su izquierda”. Jesús les respondió: “No sabéis lo que pedís. ¿Podréis beber el cáliz que Yo tengo que beber?”. Y ellos le dijeron: “Podemos”. Jesús les replicó: “Beberéis mi cáliz, pero sentarse a mi diestra o a mi siniestra no me toca a mí otorgarlo: es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre”¹⁵⁸.

«Con esta respuesta, Cristo no quiso eludir una pretensión inoportuna y menos aún negar lo que afirmó en otros lugares, que El tiene derecho a decidir sobre el reino y que de hecho dispone de él para los suyos, sino que quiso recordarles a sus discípulos presuntuosos que todas las gracias emanan del Padre como de su fuente primera y que es a El a quien hay que pedírselas humildemente»¹⁵⁹.

Aquí tampoco se contradicen las palabras de Nuestro Señor, sino que quiere llevar a los hijos de Zebedeo a la humildad, y recordarles que todo viene en primer lugar del Padre y que El lo recibe todo del Padre y se somete a su Padre.

CAPITULO XXVIII: VARON DE DOLORES

Aunque hay una dificultad aparente en los textos del Evangelio sobre las dos voluntades de Nuestro Señor, hay otra aún mucho más misteriosa: la de la posibilidad de que Nuestro Señor pudiese sufrir en su voluntad y en su alma humana, siendo que está en unión, unidad consubstancial con Dios. ¿Cómo se puede explicar eso?

«Esta resolución constitucional de obediencia amorosa, indestructible e inalterable, aunque asegura en Jesucristo la santidad substancial y la unión moral estrecha de sus voluntades, no suprime en su humanidad los sufrimientos interiores ni las pruebas»¹⁶⁰.

La Pasión del Salvador es un gran misterio.

¿Cómo pudo Nuestro Señor sufrir —y todos los autores espirituales y todos los teólogos dicen que nadie pudo sufrir tanto como Nuestro Señor Jesucristo— y al mismo tiempo ser el más feliz, puesto que poseía la visión beatífica en su alma humana? Santo Tomás contesta a esta pregunta en las cuestiones 46 a 49 de la IIIª parte de la *Suma Teológica*, y también en su *Compendio de Teología*:

«En Cristo hubo tristeza, y por ello tuvo las demás pasiones que se derivan de la tristeza, como el temor, la ira, etc. El temor se produce por la consideración de las cosas que inspiran tristeza, cuando se contemplan como males futuros; y, además, cuando nos entristecemos porque alguno nos ofende, nos irritamos contra él. Cristo tuvo estas tres pasiones pero de modo distinto que nosotros, pues en nosotros ordinariamente anteceden al juicio de la razón (...) En Cristo, en cambio, jamás (...) traspasaron los límites de la razón, sino que el apetito inferior, que estaba sujeto a la razón, nunca se agitó más que en la medida permitida por la razón. Podía suceder, por consiguiente, que, según la parte inferior, el Alma de Cristo rehusara aquello que deseaba según la parte superior,...»¹⁶¹.

Santo Tomás hace una distinción entre la razón inferior que domina los sentidos y que domina el cuerpo, y la razón superior que alcanza a Dios y que vive con Dios y que vive en Dios:

«...sin que por esto hubiera en El contrariedad de apetitos, ni rebelión de la carne contra el espíritu. Esta rebelión se verifica en nosotros porque el apetito inferior traspasa el juicio o la medida de la razón. En Cristo era la razón la que movía el apetito inferior, pero dejando que cada una de las fuerzas inferiores lo hiciera con el propio movimiento y del modo más conveniente.

¹⁵⁸ S. Mat. 20, 22-23.

¹⁵⁹ *Op. cit.*, pág. 424, citado por el P. Lebreton, *op. cit.*, pág. 311.

¹⁶⁰ P. Bonsirven, *op. cit.*, pág. 425. Aún más, como enseña el Padre Reginaldo Garrigou-Lagrange, «la plenitud de gracia causaba en Nuestro Señor un deseo ardiente de la Cruz para el cumplimiento perfecto de su misión redentora» (*El amor de Dios y la Cruz de Jesús*, pág. 208 ss.).

¹⁶¹ *Compendio de Teología*, cap. 232, Ediciones Rialp, Madrid 1980.

De todo lo dicho se deduce que la razón superior de Cristo gozaba por completo, si se compara a su objeto, porque, por parte de éste, nada podía acontecerle que fuese causa de tristeza. Pero también sufría por completo con respecto al sujeto (...) El goce no disminuía la Pasión, ni la Pasión era impedimento para el goce, puesto que no había redundancia de una potencia en otra, sino que cada potencia podía actuar lo que le era propio».

Nuestro Señor sufría, pues, en su apetito inferior, y eso es lo que expresa en las palabras que pronunció: “Pase de Mí este cáliz”, y que el Padre Synave comenta así:

«A lo que dice santo Tomás sobre la coexistencia en el alma de Cristo de la Pasión y de la visión beatífica, se pueden objetar dos dificultades de la Sagrada Escritura. La primera se refiere a la oración de la agonía en el Huerto de los Olivos (S. Mat. 26, 39): “Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz: sin embargo, no se haga como Yo quiero sino como Tú”. Y la segunda se refiere al abandono que Cristo sufrió en la Cruz (S. Mat. 27, 46): “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”»^{162 bis}.

Es muy interesante ver cómo responde santo Tomás. A la primera dificultad sobre la oración de Nuestro Señor que pide que el cáliz se aleje de él, pero que sin embargo se haga la voluntad de Dios, explica:

«Si la oración es la exposición de un deseo, Cristo oró, inmediatamente antes de su Pasión, porque tenía varios deseos. “Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz; pero no obstante, no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú”. Estas palabras “no me hagas beber este cáliz” aluden al movimiento del apetito inferior y al deseo natural por el cual cada uno rechaza naturalmente la muerte y desea la vida»¹⁶².

Así pues, se trata de ese deseo natural que Nuestro Señor tenía en sí mismo y que todos nosotros tenemos, como ya hemos visto, de no morir, de no sufrir y de no perder la vida. Era el apetito inferior. Deja que se exprese libremente para mostrar que es perfectamente hombre y además para manifestar y darnos un ejemplo del imperio que el apetito superior (la voluntad racional) tiene que tener sobre el apetito natural y sensible:

«Las palabras “no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú” expresan el movimiento de la razón superior, que considera todas las cosas según el orden dispuesto por la sabiduría divina».

Así pues, el apetito superior acepta la Pasión, porque dice que se siente movido por la divina Sabiduría.

En relación a las palabras del Salvador en Cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», santo Tomás en su comentario sobre san Mateo, explica que son palabras del salmo 21, que se aplica por entero a la Pasión de Cristo, y es que el salmo 21 no es un salmo de abatimiento sino que tiene sentimientos de firme esperanza (versículo 25). No cabe duda de que el Señor se haya apropiado también los sentimientos del salmista. Y santo Tomás añade:

«Si Cristo dice: “¿por qué me has abandonado?” es por analogía; todo lo que tenemos lo recibimos de Dios; cuando alguien se siente expuesto a una desgracia, dice que está abandonado; de este modo, cuando Dios deja caer al hombre en el mal de la culpa o de la pena, se habla de abandono; por esto, Cristo dijo estar abandonado, refiriéndose no a la unión hipostática o a la gracia, sino a la Pasión»¹⁶³.

El P. Garrigou-Lagrange, siguiendo a santo Tomás¹⁶⁴, explica muy bien este abandono de Cristo en Cruz:

«Durante la Pasión, sólo la cima de la inteligencia y de la voluntad humana de Jesús estaban beatificadas por la visión de la esencia divina, mientras la parte menos elevada de estas facultades superiores y todas las facultades sensibles estaban sumergidas en el dolor al ver los pecados de los hombres y a causa de los tormentos de la Pasión. (...) La humanidad del Salvador era también como una montaña cuya cima está iluminada por el sol y que destaca sobre el azul de un cielo muy tranquilo,

^{162 bis} *Suma Teológica*, edición francesa de la *Revue des jeunes*, “Notas técnicas” del P. Synave a la IIIª, cuest. 46-49, pág. 227.

¹⁶² *Compendio de Teología*, cap. 233.

¹⁶³ Cf. nota 162 bis.

¹⁶⁴ *Suma Teológica*, IIIª, cuest. 46, arts. 7 y 8.

mientras que en la parte menos elevada se desencadena una tempestad que parece que va a arrasar con todo»¹⁶⁵.

Aprendamos, pues, en la escuela del Salvador, a soportar las pruebas sensibles y espirituales, manteniendo la cima de nuestra alma inexorablemente unida a Dios por la fe, la esperanza y la caridad.

CAPITULO XXIX: SINTESIS DE TODA SABIDURIA Y DE TODA CIENCIA

En la medida en que el liberalismo y el modernismo han penetrado en los medios más influyentes y elevados de la Iglesia, permanezcamos unidos a las cosas más seguras: nuestro catecismo y nuestra teología.

Vivimos en una época en la que, por su acción y sus palabras, los dignatarios más altos de la Iglesia limitan, de hecho, la omnipotencia de Nuestro Señor Jesucristo y su realeza. Es evidente que no se puede admitir que la salvación es posible sin Nuestro Señor Jesucristo y afirmar al mismo tiempo su omnipotencia. Si Nuestro Señor no es el único medio de salvación, si existen otros medios de salvación además de Nuestro Señor, es que, finalmente, Nuestro Señor no es Dios.

Por esto siempre es necesario volver a Nuestro Señor y afirmar su divinidad y deduciendo todas las conclusiones, sin exceptuar ninguna.

En el estudio de la psicología de Nuestro Señor tratamos un mundo en el que nunca acabaremos de admirar todo lo que contiene, puesto que la eternidad transcurrirá en la contemplación y la gozo de conocer a Nuestro Señor y su divinidad.

Hemos evocado precedentemente esta especie de antinomia en Nuestro Señor, entre su visión beatífica, la felicidad inconmensurable e infinita que sentía, y al mismo tiempo la posibilidad de sufrir en su cuerpo y en su alma.

Santo Tomás se plantea esta pregunta y responde con una afirmación:

«¿El alma de Cristo podía sufrir? Como el cuerpo de Cristo, como ya dijimos, era pasible y mortal, la consecuencia necesaria es que su alma también podía sufrir» (*IIIª, cuest. 15, art. 4*).

Santo Tomás siempre se basa en que la naturaleza humana que asumió Nuestro Señor era perfecta, y por consiguiente, su alma humana era perfecta y completa. No era un alma disminuida por el hecho de estar unida a la divinidad.

Lo mismo sucede para la ciencia de Nuestro Señor. Santo Tomás se pregunta: ¿Nuestro Señor era ignorante como nosotros, su alma era ignorante? Y contesta: no, porque como Nuestro Señor no estuvo sujeto al pecado, tampoco podía estarlo a la ignorancia que es su consecuencia. Por el contacto con la ciencia divina, la ciencia humana de Nuestro Señor era lo más perfecta y completa que puede existir y no podía disminuir.

También santo Tomás nos dice que había cuatro clases de ciencias en Nuestro Señor, y esto hay que saberlo, es muy importante.

Nuestro Señor tenía, en primer lugar, la *ciencia divina*, como Verbo de Dios que se contemplaba a sí mismo y que contemplaba al Padre en el Espíritu Santo. Por supuesto, esta ciencia es la más perfecta que puede existir, igual a su Ser divino y Nuestro Señor la poseía puesto que su Persona era divina.

También tenía, en su alma humana, la *ciencia de los bienaventurados*, es decir, la visión beatífica¹⁶⁶, en el grado más perfecto que puede existir, pues su alma tenía esa *gratia capitis*, que es la ciencia de la cabeza. Nuestro Señor es la cabeza de todos los elegidos, aquel por quien se nos da toda ciencia; Nuestro Señor es “El que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” como se lee al final de la misa en el Evangelio de san Juan. Es la fuente de esa visión beatífica que tienen los ángeles y todos los elegidos del cielo¹⁶⁷.

Se puede comprender que sea El quien tenga la visión beatífica más perfecta y más completa, visión que ya en este mundo lo hacía esencialmente bienaventurado. Visión que confirma ese misterio por el

¹⁶⁵ *El amor de Dios y la Cruz de Jesús*, Cerf. 1929, Tom. 1, págs. 244-245.

¹⁶⁶ *Suma Teológica*, IIIª, cuest. 9, art. 2.

¹⁶⁷ Es decir, la visión cara a cara de Dios Trinidad que reciben los elegidos del cielo desde su entrada en el paraíso y que los hace bienaventurados.

que Nuestro Señor, incluso en la Cruz e incluso en el momento en que sufría más en su Pasión, era feliz en su alma y en su inteligencia.

Gracias a la visión beatífica, Nuestro Señor, en su alma humana, tenía conciencia de su divinidad y de que subsistía en la Persona del Verbo.

Luego tiene la *ciencia infusa*, que es la ciencia natural para los ángeles. Los ángeles no conocen como nosotros, por medio de razonamientos, sino que tienen ideas y conceptos infusos que Dios les infunde y les da directamente.

Santo Tomás razona así: dada la perfección de su alma, Nuestro Señor podía recibir esas ideas y esos conceptos infusos, y no hay razón de que fuera privado de ellos ¹⁶⁸.

Finalmente, ¿tuvo Nuestro Señor una *ciencia adquirida* o experimental? Santo Tomás dice que también tuvo esta ciencia experimental. Podría parecer incomprensible que Nuestro Señor tuviese esa ciencia experimental si ya estaba inundado por la ciencia divina, la ciencia de los bienaventurados y la ciencia infusa. ¿Cómo podía tener además una ciencia experimental?

Santo Tomás dice: Nuestro Señor tenía un alma completa, por lo tanto tenía un “intelecto agente”, la potencia que abstrae las ideas a partir de las cosas sensibles, que abstrae a partir de las cosas que vemos y que nos da las ideas, que nos da los conceptos que tenemos. Nuestro Señor tenía esta ciencia adquirida: su inteligencia no hubiese sido perfecta si no hubiese tenido este intelecto agente que puede adquirir la ciencia a través de las cosas sensibles que vemos ¹⁶⁹ y conocer la esencia de las cosas. Evidentemente, ya conocía esas cosas de otro modo y eso no le representaba un conocimiento suplementario, sino un modo nuevo de conocer las mismas cosas y conocerlas de un modo muy concreto según se le iban presentando.

Tenía la actividad de la ciencia experimental, es decir, de la ciencia adquirida, y en este sentido, creo yo, se pueden explicar las palabras del Evangelio cuando san José y la Virgen María se fueron a buscar a Nuestro Señor en el templo y lo llevaron a Nazaret:

«Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (*S. Luc. 2, 52*).

¿Cómo podía crecer si era la perfección misma? Pues precisamente por el ejercicio de su intelecto agente, por el que Nuestro Señor podía, en cierta modo, crecer en la ciencia, es decir, en la ciencia adquirida.

También en este sentido de la ciencia experimental, san Pablo nos dice hablando de Nuestro Señor y de su Pasión: «Y aunque era Hijo de Dios, aprendió por sus padecimientos la obediencia» (*Heb. 5, 8*): *didicit, ex iis quae passus est, oboedientiam*. Santo Tomás dice acerca de esto:

«Aprendió la obediencia, lo cual explica lo difícil que es obedecer, porque El obedeció en cosas muy importantes y difíciles, es decir, hasta la muerte... Los que no han experimentado la obediencia no han aprendido lo que es en cosas difíciles, creen que obedecer es algo fácil; pero para saber lo que es obedecer hay que aprender a obedecer en cosas difíciles» (*Comentario a Heb. 5*).

Y san Pablo expone el mérito de esta experiencia dolorosa de Cristo:

«Y por ser consumado, vino a ser para todos los que obedecen causa de salud eterna, declarado por Dios Pontífice según el orden de Melquisedec» (*Heb. 5, 9-10*).

La idea de san Pablo es que la ciencia experimental del sufrimiento y de la obediencia heroica le confieren a Nuestro Señor una consumación, un cumplimiento particular y necesario al ejercicio de su Sacerdocio:

«La ciencia divina, dice el Padre Lebreton, alcanzaba sin duda nuestras miserias con una seguridad y una precisión que no iguala ninguna ciencia humana, pero ella las veía en la eterna serenidad de una contemplación que no podía asustarse con ningún sufrimiento; al Sacerdote y al Salvador de los hombres le hacía falta otro conocimiento de nuestros males, un conocimiento más humilde pero más emotivo, más imperfecto pero completamente empapado de compasión humana» ¹⁷⁰.

¹⁶⁸ *Suma Teológica*, III^a, cuest. 9, art. 3.

¹⁶⁹ *Suma Teológica*, III^a, cuest. 9, art. 4.

¹⁷⁰ J. Lebreton, *Histoire du dogme de la Trinité*, 7^a edición, Tom. 1, 1927, pág. 456, citado por el P. Médébielle, SCN., *Comentario a la epístola a los Hebreos* en la Sagrada Biblia, ed. francesa bajo la dirección de Louis Pirot, Tom. XII, pág. 312.

Son cosas admirables. Nuestro Señor es realmente la síntesis de toda la sabiduría y de toda la ciencia. Es la Sabiduría perfecta y tenemos que meditar a menudo sobre la sabiduría de Nuestro Señor y principalmente sobre su ciencia, y procurar, en la medida de lo posible, modelar nuestra ciencia con la suya.

Tenemos que buscar la verdad por la ciencia adquirida con los razonamientos, adquiriendo conocimientos nuevos con la experiencia y también con las dificultades y pruebas de la vida. Pero también por la fe, por la adhesión de nuestra inteligencia a las verdades reveladas; y también por el don de sabiduría que nos hace juzgar las cosas como las juzga Nuestro Señor, y entonces nos acercamos a la ciencia infusa que han recibido los ángeles, porque son luces e ideas dadas por Dios mismo. La fe no es sino una preparación a la visión beatífica del cielo, no es un fin sino una etapa hacia la visión beatífica y contiene ya en sí todas las verdades que nos hacen bienaventurados. Por eso es necesario pedirle a Dios conocer y vivir siempre cada vez más nuestra fe, para participar ya en cierto modo a la visión beatífica.

Se trata de consideraciones que son muy consoladoras y que tenemos que meditar a menudo. De este modo adquirimos cada vez más la unión con la verdad que es Nuestro Señor Jesucristo mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (S. Juan 14, 6).

Si nosotros también queremos permanecer en la verdad tenemos que tomar a Nuestro Señor Jesucristo como ejemplo y pedirle que nos mantenga en esta verdad.